



d

DONA

XII CONCURS LITERARI  
DE NARRATIVA PER A DONES

# Las mujeres cuentan



GENERALITAT  
VALENCIANA

CONSELLERIA DE JUSTÍCIA I BENESTAR SOCIAL





# LAS MUJERES CUENTAN

XII PREMI LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES



GENERALITAT VALENCIANA  
CONSELLERIA DE JUSTÍCIA I BENESTAR SOCIAL



Conselleria de Justícia i Benestar Social  
Direcció General de Família i Dona

Imprimeix: La Plaça, centre especial d'ocupació

Primera edició: abril 2012

© dels textos: les autores

© de la present edició: Generalitat Valenciana 2012

ISBN: 978-84-482-5732-3

Dipòsit legal: V-1237-2012

# Sumari

Introducció del Conseller .....	9
---------------------------------	---

## **Primer premi**

<i>Dorita de piel dorada</i> , de Andrea Díaz Barrón .....	13
--	----

## **Accèsit Associacions**

<i>La caja de madera</i> , de Isabel Torres Limiñana .....	31
--	----

## **Accèsit Lliure**

<i>Mare Magnum</i> , de Cristina Martínez Alarcón .....	41
---	----

## **Finalistes**

<i>Los tulipanes azules y el vestido negro</i> , de Susana Almazán Talavera .....	55
<i>Flores en mi ventana</i> , de Antonia Amores Vicente .....	65
<i>El plan Kristof</i> , de Eva Apaolaza Alm .....	75
<i>Miércoles cocina</i> , de M <sup>a</sup> Carmen Arbiol Agustí .....	89
<i>Ensueños</i> , de Ester Barberá Heredia .....	115
<i>Victòria</i> , de Rosana Calatayud Vila .....	131
<i>Efecto verano</i> , de Berta Chulvi Ferriols .....	151
<i>JoanaJuan</i> , de M <sup>a</sup> Pilar Doñate Vicen .....	169

<i>Relato casi anónimo</i> , de M <sup>a</sup> José Fabregat Mestre .....	175
<i>El próximo lunes</i> , de Charo García García .....	181
<i>Mater...</i> , de Berta Gil Alonso .....	189
<i>Formigues roges</i> , de Amparo Grafiá Hernández .....	195
<i>Els vells arbres</i> , de M <sup>a</sup> Isabel Marín Royo .....	203
<i>Algo que recordar</i> , de M <sup>a</sup> Paz Martínez Cervera .....	223
<i>Las 4 y 10</i> , de Susana Mefford Pritchard .....	237
<i>Carla María</i> , de Verónica Palomares Langa .....	247
<i>Sueños rotos</i> , de Paqui Pérez Gallego .....	257
<i>¿Vale la pena?</i> , de M <sup>a</sup> Dolores Tobarra Pérez .....	275
<i>Llámame payasa</i> , de Yolanda Toledo Villar .....	283
<i>Los mitos del amor ideal</i> , de Paloma Varea Milán .....	293





# *Introducción*

Presentamos la publicación en la colección *Las mujeres cuentan* de los relatos ganadores y finalistas de la XII edición del Premio literario de narrativa para mujeres correspondiente al pasado año 2011.

Se trata de una convocatoria que tiene como finalidad promover, incentivar y hacer visible la presencia de la mujer en la sociedad, a través del fomento de su creatividad literaria.

A esta XII edición de los premios que desde el año 2000 convoca la Conselleria de Justicia y Bienestar Social a través de la Dirección General de Familia y Mujer, concurrieron 287 obras, número muy superior al registrado en ediciones anteriores, lo que confirma la consideración de este concurso como una magnífica plataforma para la participación activa de la mujer valenciana en el mundo literario y cultural.

Es de destacar, año tras año, la participación de las mujeres que optan por el Accésit de Asociaciones, y es que, no hay que olvidar, que la Comunitat Valenciana cuenta con un importante tejido asociativo femenino a través del cual se

desarrollan numerosas actividades encaminadas a la difusión y al fomento de la lectura y la producción literaria.

La Generalitat Valenciana tiene como uno de sus objetivos primordiales promover la igualdad. Un compromiso que llevamos a cabo en la actualidad a través del *IV Plan de Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres (2011-2014)*.

A través de este concurso de narrativa pretendemos facilitar el acceso de las mujeres a todas las manifestaciones culturales y dar a sus obras la mayor difusión posible.

Con este fin, las mujeres *cuentan* con otro canal de difusión en el que compartir su talento: la edición digital en la web de la Conselleria de Justicia y Bienestar Social.

Desde esta Conselleria seguiremos apoyando esta iniciativa de la Dirección General de Familia y Mujer que conjuga la creatividad literaria con la defensa de los valores de la no discriminación, porque cuando *las mujeres cuentan* se hace más corto el camino que todavía queda por recorrer hacia la total y efectiva igualdad entre hombres y mujeres.

JORGE CABRÉ RICO

Conseller de Justicia y Bienestar Social

*Primer premi*



# *Dorita de piel dorada*

Andrea Díaz Barrón

**D**esde siempre quise un poeta a mi lado. Había tantas referencias en casa hacia la poesía que no podía por menos que asociarla a todos mis estados de ánimo. Fueron las *Elegías de Duino* las que mi madre lanzó a mi padre tras descubrir que la última de sus amantes era su alumna menos aventajada, Laura, la de los colmillos torcidos. Había acudido en más de una ocasión a casa para que mi padre la ayudase con los presocráticos. La pobre no entendía como alguien que vivía en un barril podía desenvolverse con total normalidad. “Es un espacio demasiado reducido” argumentaba. Ella creía que el estoicismo consistía en someter a su cuerpo a la acupuntura de la depilación láser, y en renunciar a los pasteles de boniato que mi madre le ofrecía durante las arduas tardes de reflexión.

¡Mi madre! La pobre. Había logrado labrarse su propio futuro ahorrando el dinero que obtenía encerando el suelo del antiguo Palacio de Justicia. Cuando construyeron otro más moderno con suelo de granito, mi madre perdió su puesto, pero ya tenía suficiente para abrir su propia peluquería. Así, se

apuntó a un cursillo a través de un anuncio de la radio que decía: *Aún no es tarde para progresar en la vida*, y acuciada por una inédita ambición, se hizo una experta en el manejo de cueros cabelludos. Al principio acudía como ayudante y observadora. Rápidamente aprendió a distinguir entre champú normal y champú multivitaminado (que además encarecía el servicio). Aprendió a utilizar las palabras *pelo con brío*, *pelo manejable*, *pelo con tendencia al encrespamiento*, y *pelo cardado*. Se servía de su imaginación para dar conversación a los clientes, e inventaba chismes sobre personas absolutamente inexistentes a las que ponía nombre y apellidos, y cuyas vidas enmarañaba como enmarañaba los cabellos en los rulos erizados.

Dado que el manejo de la tijera no se le daba demasiado bien y ella gustaba de sumergir sus manos en la argamasa filamentosa, se hizo una experta en la palpación de cueros cabelludos. Tanto es así, que se inscribió en clases de frenología.

Trataba de distinguir a algún asesino en serie entre los clientes, acariciando con el dedo índice el occipucio y calculando la distancia entre éste y el ápex coronal. Luego lo dividía mentalmente entre dos. Hilvanaba sus pesquisas con fábulas asombrosas que dejaban boquiabierto a más de uno. “Rosa Dobón es la amante del alcalde”. “Arturo Zambrano es

proxeneta y además, concejal”. Leía en las cabezas como en un mapa, repasando con delicadeza las cordilleras y valles que se dibujaban entre el hueso parietal y el temporal. Inventaba futuros fastuosos para muchachas que se marchitaban bajo tintes y lociones. Acallaba los espíritus raudos y azuzaba las miradas lánguidas.

Tanto éxito obtuvo en sus narraciones, que sus compañeros la animaron a matricularse en un curso de escritura llamado *El arte de inventar*.

Mi madre ya había ahorrado lo suficiente como para comprarse un modesto piso de sesenta metros cuadrados en la avenida Laceración. Vestía faldas de lana merina y jerséis de cachemir. Y jamás sometió a su pelo a la corrosión de las tinturas.

“Tu pelo tiene brío”. Oyó que le decía el profesor una tarde en la que se analizó la figura del asno en *Platero y yo*. “Sí, lo sé” contestó ella. Desde entonces a mi madre le latía el corazón con fuerza cada vez que la mirada de su maestro la acariciaba de arriba abajo. ¡Y vaya si la acariciaba! Cuando los alumnos permanecían cabizbajos, sometidos sus cuellos a la tortura del estudio sin atril, el profesor -mi padre- sobrevolaba por encima de su nuca, de la que manaba un pelo brillante y sin encrespamiento, y se imaginaba hundiendo la nariz en

aquellos juncos *escogidos en la vena del oro*. Pasaba luego al omóplato que se adivinaba a través de la tela transparente. Y mi madre iba sintiendo el recorrido de sus pupilas sobre su cuerpo: desde la nuca al omóplato. Como si una culebra infatigable se empeñara en recorrer el mundo de su espalda. Así una y otra vez durante los tres meses de verano. Finalmente, cuando el curso hubo finalizado, se obsequió al alumno capaz de hallar la palabra más representativa de la poesía de la generación *beat*, así como la palabra *fuelle* lo era de la poesía del 27 -según sostenía mi padre. El concurso lo ganó Alejandra Schelmann, y la palabra que utilizó fue *avituallamiento*, por la evocación de la batalla librada en el interior previa a una dosis de heroína, y la sensación de plenitud espiritual que tenía lugar segundos después. Más tarde, Alejandra moriría ahogada en su propio vómito, encerrada en una sucursal del BBVA, junto a un pedazo de limón y a una cucharilla de postre.

Ese mismo día, mi madre no se sentía demasiado dichosa. Había estudiado todas y cada una de las obras de Kerouac, buscando con ahínco la palabra exacta. Había recorrido el camino entero de la mano de su autor. Había bebido litros y litros de cerveza para sentirse más próxima a su meta, pero nada. Mi padre la invitó a ir al cine para contentarla. Vieron una película de *Jacques Tati* y se besaron por primera vez. Mi padre iba enredando los mechones de pelo en su dedo

mientras acariciaba la nuca vellosa. Se sentía feliz, al fin. Se sentían felices.

Pronto se mudaron al pisito de la calle Laceración porque mi padre era un simple becario y de ese modo no tendría que pagar arrendamiento. Estaba finalizando la tesis doctoral *Andalucía en los poetas: el influjo de las altas temperaturas en el imaginario de Machado*. Impartía clases en la facultad, además, dos veces por semana. Así, la mayor parte del tiempo la pasaba en casa. Mi madre regresaba al mediodía de la peluquería y comían juntos. Después de comer mi padre dormía la siesta durante dos horas. Era entonces cuando ella entraba en su despacho y acariciaba con deleite todos y cada uno de los libros que mi padre tenía amontonados de manera aparentemente aleatoria: Cernuda y Lorca se hallaban desparramados en orgiástica postura sobre la mesa, junto a las obras completas de Machado; Alberti y Neruda habían caído al suelo hacía tiempo, y la afanosa mano del estudioso nunca alcanzó a recogerlos; Juan Ramón Jiménez reposaba sobre una balda de ladrillos junto a Rilke, tal vez por azar o por evidente analogía; y en otras localizaciones Mallarmé corría parejo a Celan aunque los separase un siglo de por medio; y también Nicanor Parra, y Huidobro, y la Pizarnik; y Virgilio, y Dante, y los griegos... Conformaban todos ellos una nube tardía de algazara. Mi madre reposaba la cabeza en sus cubiertas, y podía oír el rumor de los versos como un río crecido que la

salpicara. Mientras, yo crecía dentro de ella, despacio, y podía oír también las voces de los poetas hablándome en sus diferentes lenguas...

Nací sin estrépito en la calina del verano. Tenía la piel amarilla y mi madre decía que el sol se había pegado a mi cuerpo. *Niña dorada*, me decían. Y Dorita fue mi nombre.

Crecía sin ansias, a mis anchas, ocupando todo el espacio circundante. Crecía hacia arriba y hacia los lados, en igual proporción. La mayúscula presencia de una niña de tres años.

Por aquel entonces, mi padre era un joven profesor en la facultad. Finalizada la tesis, le ofrecieron un puesto de trabajo en el departamento de *Ética sin estética*. Mi madre se había comprado un local más grande, y el antiguo funcionaba como *Centro de estética y bienestar*. Dedujeron, por tanto, que el destino los había conducido a idéntico lugar.

Yo pasaba las mañanas junto a mi madre. Recuerdo que correteaba entre los clientes y la laca me picaba en los ojos. Recuerdo el fuerte olor a acetona que lo impregnaba todo. Y los vapores de la cera derretida que se solidificaba al contacto con la carne, como la lava de un volcán. Las señoras me daban caramelos a escondidas, pues la ingente dimensión de mi figura contraindicaba todo endulzamiento adicional. Yo degustaba complaciente las golosinas que se pegaban en el

paladar y casi me atragantaban. Además, solía meter el dedito en la cera ambarina para llevármelo luego a la boca. Recuerdo que tenía un sabor dulce y amargo al mismo tiempo.

Por las tardes, mi padre me llevaba a jugar al parque, o eso pretendía. Al principio me arrastraba por la manga del jersey hasta que el sudor perlaba su frente por el esfuerzo realizado. Una vez en el parque, me portaba en volandas a los toboganes y allí me depositaba, como ofrenda a los dioses, bajo el sol inclemente. A mí me aterraba ese descenso incierto, y me agarraba con fuerza a los hierros de colores. Entonces, mi padre, interrumpía su conversación con una señorita cualquiera y trataba de empujarme hacia abajo. Mi crecimiento en todas direcciones impedía un deslizamiento vigoroso, por lo que mi padre debía propulsar a trompicones el mullido organismo. El trayecto entero le llevaba el tiempo suficiente como para que la señorita se hubiera cansado de esperar. Acabábamos los dos agotados, yo por el forcejeo constante y mi padre por no comprender esa transgresión hacia la fuerza de la gravedad que era mi figura sobre el tobogán.

Al volver a casa, corría a refugiarme bajo las faldas *denim* de mi madre. Ella me apretaba entre sus pechos y susurraba “No llores, Dori, no llores”. Entonces, me bañaba con jabones de fresa que yo devoraba con fruición, me ponía el pijama y, después de cenar, me leía *Las tres reinas magas*. Yo me dormía

con el regusto amargo del jabón y soñando con Melchora, Gaspara y Baltasara...

Empecé el colegio con seis años. Sabía ya leer, escribir y realizar fórmulas aritméticas sencillas. Allí debía aprender a relacionarme con gente de mi edad. Me proporcionaron dos pupitres y dos sillas para poder expandir mi figura sin miedo al atropello. Y también me asignaron un mote, *Dorita la gordita*.

Primero, segundo y tercero transcurrieron silenciosos: ni mis compañeros ni los profesores lograron arrancar de mí más que tenues balbuceos.

En cuarto, mi madre decidió celebrar una fiesta de cumpleaños. Pintó versos con acuarelas en tarjetas de cartón y los repartió entre los niños. Cerró el centro de *Estética y bienestar* y lo llenó de globos y serpentinas. Colmó las mesas de bocadillos, refrescos y fruslerías. Y luego, esperó. Y yo, junto a ella. Papá debía reunirse con el claustro aquella tarde y no estaba con nosotras.

A la hora acordada, llegaron los primeros niños. “Feliz cumpleaños, Dorita”, decían. Así, hasta una veintena de veces. Yo trataba de esconder mi robustez tras las cortinas. De pronto, vi a una niña introduciendo el dedo en la cera tibia. Luego, metió la mano y finalmente el brazo. Al poco, todos los niños introducían alguno de sus miembros en la artesa y

moldeaban figuras de animales y de frutas que languidecían bajo el calor del verano. Los más osados dibujaban flores en las paredes, y nubes, y pájaros. Espolvoreaban laca sobre los trazos pegajosos para que solidificaran antes. Las niñas se maquillaban y los niños construían tuberías con los rulos del pelo. Yo gritaba de alegría y la cera me resbalaba por la comisura de la boca y los labios se me pegaban y parecía que hablaba a cámara lenta... Fue un cumpleaños memorable. A partir de entonces, gocé de gran popularidad en el colegio.

Como decía, papá no estuvo aquél día junto a nosotras. Desde que yo empezara el colegio, sus ausencias eran cada vez más frecuentes. Acudía a lecturas de tesis, a reuniones del claustro, a tutorías, a cenas de bienvenida, a cenas de despedida, a congresos de literatura comparada, a sesiones de poesía, a certámenes de *haikus*. Algunas veces, me recogía por las tardes y me llevaba al parque. Yo ya era lo suficientemente mayor como para decidir no utilizar ninguno de aquellos instrumentos de tortura, y permanecía en un banco, leyendo. Mientras, él se paseaba con las manos en la espalda, se sentaba a descansar junto a alguna joven de pechos nutricos, y conversaban largamente con las cabezas muy juntas.

Mi madre trabajaba durante todo el día. Después de comer se enfrascaba en la lectura de los libros que ella seleccionaba según sus gustos. Había terminado los seis volúmenes de

*Historia de la Literatura Universal* y otros tantos sobre *Literatura en el período de entreguerras*. Se había elaborado un criterio muy personal a base de erudición e intuición. Tanto es así que desde hacía algunos años, era ella quien corregía los exámenes y la que revisaba los artículos que papá enviaba a la revista *Garabatos*. Comenzó a hacerlo desde una noche en que halló una gavilla de hojas en el sofá. Era una tesis titulada *La influencia de la figura materna en los escritores centroeuropeos*. El alumno trataba de demostrar cómo la melancolía que teñía las obras de algunos de los más grandes autores (Bernhard, Walser, Rilke) estaba determinada por el desarraigo que caracterizaba la relación con sus progenitoras. Mi madre pasó la noche entera leyéndola y corrigió con primor todas las incorrecciones gramaticales y las expresiones de estilo más alambicado. A la mañana siguiente depositó el manuscrito en la cartera de mi padre, quien quedó tan satisfecho con el resultado que se inició en el ritual de colocar cada tarde un trabajo nuevo en el sofá, asignando tácitamente a mi madre el papel de *colaboradora*.

Yo creo que, a su manera, se querían, mis padres. Solían hablar de garbanzos y calabazas, de boniatos y otros tubérculos, pues tenían un pequeño huerto a las afueras de la ciudad. Los sábados por la mañana los pasaban ideando nuevos guisos que mis glándulas tastaban sin demora y a los que nunca ponía reparos: calabaza al horno, calabaza

rebozada, calabaza hervida, potaje de garbanzos con calabaza, dulce de calabaza, pastel de calabaza, pastel de boniato, boniato frito con pimientos, boniato hervido. La aquiescencia de mi rostro los animaba a seguir inventando, y tras el festín, escribían, ufanos, las recetas. Mi padre aseguraba que tenía un amigo editor que algún día las publicaría y entonces, se dejaría las clases y abrirían un restaurante y...

Algunas noches, cuando mi madre no tenía que corregir exámenes, mi padre se sentaba junto a ella, frente a la tele. Poco a poco su figura menguaba hasta alcanzar una posición fetal que hacía reposar en su regazo, y mi madre le acariciaba el pelo y le cantaba una nana muy triste.

Me ensordece el rumor de los años que pasan...

Crecí hacia arriba, al fin, al empezar el instituto. Crecí con el fervor enraizado en mis carnes horizontales. Crecí todo lo que la presión de mis carnes hinchadas pudo ejercer sobre el eje central de mi cuerpo. Sin miramientos, hacia el cielo abierto. Mi pelo era un muestrario de los tintes que mi madre tenía en su peluquería: había mechones pálidos, cobrizos, azules, y hasta fucsia. Mi rostro lucía sin arrobo los tonos de los probadores de maquillaje que los comerciales enseñaban a mi madre. Me hacía la manicura francesa, tailandesa y filipina según mi estado de ánimo. Me sometía a tratamientos

exfoliantes una vez a la semana para disimular el acné que había irrumpido en mi cara como un exabrupto. Mis piernas y mis brazos eran suaves y lisos como una pared sin *gotelé*. Vestía pantalones raídos de color negro y camisetas recortadas al gusto.

Estudiaba lo justo para aprobar. Las tardes las pasaba con mi mejor amiga, Annita. Los padres de Annita se habían divorciado cuando ella tenía diez años, por lo que vivía en un perpetuo estado de desolación. Yo estaba segura de que aquella desolación la había abandonado por completo hacía tiempo, pero de esta forma conseguía de sus progenitores todo lo que se le antojaba. Su última adquisición había sido una moto. Nos íbamos al parque con la moto cada tarde, y allí hablábamos de granos y de deseos. Un día nos dimos un beso con lengua, para probar, y sentimos tanta vergüenza que estuvimos una semana sin hablarnos. Como el contacto viscoso nos había desagradado a ambas, decidimos que nunca, nunca, volveríamos a repetirlo con nadie. Pero no fue así.

La noche que Annita y yo fuimos al concierto de *Tejido Celular Subcutáneo* conocí a *Adipocito*. *Adipocito* era el cantante del grupo y escribía rimas malsonantes y asonantes por las que yo suspiraba y por las que incumplí mi promesa en un tobogán de colores que me albergó por fin, entera. Yo le alisaba el pelo antes de cada concierto y con mi saliva, tatuaba

corazones de flechas negras en sus bíceps que luego rascábamos con las uñas. Él tatuaba sus besos en mi cuello y era divertido comprobar cómo cambiaban de color según pasaban los días, del rojo al morado y luego, al amarillo. Él me dedicaba versos sobre retretes y cáscaras de plátano, y yo le conseguía pintauñas de color negro y *eyeliner* para enfurecer su mirada en el escenario.

Una tarde lo vi pasar deprisa en la moto de Annita, y Annita le abrazaba por detrás con fuerza. Fue un final impuesto. *Adipocito* acabaría trabajando en el taller de coches de su padre y Annita tendría seis hijas. Sé que llamó Dorita a la primogénita.

Cuando aterricé en la facultad había dejado de someter mi pelo a la corrosión de las tinturas, para alborozo extremo de mi madre. Mi cara empezó a lucir un color oropimente que importunaba a más de una. Abandoné todas las lociones con que me embadurnaba cada día, los afeites y ungüentos y depilaciones. Mi cuerpo era como un huerto tras la recolección, acendrado y agitado a un tiempo.

Estudié filología hispánica, como no podía ser de otra manera. Y como no podía ser de otra manera, me apliqué con deleite en el estudio. Evitaba las clases de mi padre porque ya

las había analizado previamente junto a mi madre, la hacedora.

Por aquel entonces mi padre ganaba un dinero extra ayudando en casa a los alumnos menos aventajados dos veces por semana. Hacía tiempo que mi madre había abandonado su puesto en la peluquería para dedicarse por entero a su labor de *colaboradora*, por lo que el dinero no les venía nada mal.

Una mañana de diciembre acudí al departamento de *Ética sin estética* para hablar con el profesor Alberto Olmos sobre la tesis doctoral que me disponía a realizar. Quería proponer a mi madre como directora ya que no se me ocurría a nadie mejor, ganadora anónima de varios premios en la revista *Garabatos*, columnista enmascarada del *Babilonia* de los sábados y candidata en tres ocasiones para el premio *Satélite*. Al entrar al departamento, oí ruidos, oí jadeos, oí humedades que se desparramaban por debajo de la mesa... Y ahí estaba mi padre, de pie, cercando la cintura de su alumna Laura, la de los colmillos torcidos.

Inmediatamente corrí a casa a contárselo a mi madre. Llovieron libros e improperios, y hubo llantos y reproches. Finalmente, culminó la batalla con un pastel de calabaza más dulce de lo habitual que compartieron en el sofá, mientras

papá acariciaba el hueso poplíteo de mamá con el dedo gordo del pie.

Desde siempre quise un poeta a mi lado... Pero desde hace cinco años yazgo cada noche junto a Alex, el peluquero que adquirió los derechos del local de mamá. Alex trata de convencerme para que ahogue mis primeras canas bajo un tinte vegetal que acaba de salir al mercado. Y merodea por mis uñas con la lima de cartón al acostarnos. Yo le aparto con suavidad y, recostada su cabeza en mi hombro, le leo el nuevo libro de papá-mamá que ha publicado la editorial *Ex-cusas*.



# *Accèsit Associacions*



# *La caja de madera*

Isabel Torres Limiñana

**N**o me gusta mirar hacia atrás, prefiero ver a mis nietas correr en el parque mientras sus padres están de compras o en el cine. Mi amiga Pepa se ríe. Ella también es feliz ahora, como Carlota o como yo. Aun así no puedo dejar de recordar, no quiero hacerlo. Sé que la memoria, es una garantía para no repetir errores de un pasado que no duele pero que está ahí. A veces solo necesito cerrar los ojos para sentir el frío de la sala dos del tanatorio. Fuera, agosto se enseñoreaba de las calles y el termómetro marcaba treinta y dos grados.

No quise verle. Me lo preguntó en el tanatorio un señor de traje — *Señora, si quiere despedirse...* Decliné la oferta y cerraron la tapa. Aún no sé bien por qué pero a la pregunta de *¿cómo la prefiere?* como si él aún dictara mis palabras, respondí *de madera de cedro*.

Hubiera podido elegir cualquier otra pero mi piel se erizó al recordar la madera de su bastón, el de la empuñadura de plata, su preferido.

Comprobé la seguridad del cierre y alargué la mano para recoger la llave que aquel hombre enlutado me entregaba pero no lloré. Ya no me quedaban lágrimas.

Le dejé allí rodeado de extraños, y caminé despacio hasta la parada del autobús. Cuando llegó, subí y me senté al final en un asiento junto a la ventana, apoyé la cara en el cristal, abracé con fuerza el bolso que descansaba sobre las rodillas e intenté asumir mi nueva situación: viuda, madre de una niña de siete años, con un negocio de joyería del que no sabía apenas nada y una casa a la que debía regresar y que, sólo de pensarlo, me producía escalofríos.

Pepa, una buena vecina se quedó al cuidado de mi niña el viernes por la tarde cuando tuve que atender la llamada del hospital – *¿Es usted familia de Alberto Fernández...?* Se me cayó el teléfono al suelo – *Vete, vete, yo me encargo de Carlota* -fue la apresurada respuesta a mis miedos.

Cuando llegué al hospital, Alberto estaba en coma – *Un accidente*, dijo el agente de policía que me esperaba. Un conductor con una alta tasa de alcoholemia le arrolló en plena avenida principal cuando iba a entrar en el coche. Ni siquiera pregunté qué hacía Alberto allí, tan lejos del negocio. Tres días después le desconectaron.

Pepa, mi única amiga, mi familia, mi todo, me abrazó y me obligó a sentarme. Puso sobre la mesa una taza de un líquido humeante y me obligó a beber. No sé qué brebaje sería aquel pero me hizo sentir fuerte y segura. A una sola indicación de Pepa, mi niña dejó sus juegos, me senté con ella y pasé horas hablándole de lo mucho que nos quería, le conté anécdotas y, mientras acariciaba su pelo, le colocaba los lazos y ajustaba sus calcetines, dibujé para ella al padre amantísimo que nunca olvidaría. Acababa de cumplir siete años y aquella tarde cogida de mi mano, en el cementerio, como barquitos a la deriva en un mar de trajes negros, despidió a su padre. Yo ya no. Me había despedido tantas veces...

De la primera vez que me prometí no volver, aún me duele el recuerdo en las costillas. Sólo sus amenazas, de escándalo primero y sus promesas después, consiguieron que deshiciera el equipaje. Fue mi primer gran error, pero no el único, aunque el mayor sin duda fue acostumbrarme.

Me acostumbré al miedo, a los golpes, a los abusos y a su desprecio y tuve que pellizcarme varias veces para comprobar que estaba despierta cuando, tras una revisión rutinaria, la ginecóloga me dio la enhorabuena. No entendía como un hijo podía ser fruto de aquella sinrazón pero la naturaleza siguió su curso sin tenerlo en cuenta. Fueron meses de desprecio y mofa por los cambios físicos que iba experimentando pero ni

una sola vez buscó calmar su ansia en mí y supuse que en esos meses alguna pobre desgraciada sufriría sus golpes y su sexo. Me sentí liberada, tanto que tras el parto lloré durante horas sabedora de lo que se me venía encima.

Pero seguí callando.

La niña creció ignorante, nadie, salvo la buena de Pepa, lo supo nunca y yo me fui consumiendo día a día hasta que aquel lunes de agosto a las nueve de la mañana las máquinas quedaron en silencio y el médico de planta me anunció su muerte.

Hoy recuerdo sin nostalgia mi llegada a la joyería buscando el hueco que nunca tuve. Ni empleados ni proveedores me lo pusieron fácil ¿quién iba a confiar en mí?, al fin y al cabo yo no era más que una ama de casa, la viuda de “él”, la sombra del dueño, una mujer sola, con una niña pequeña, incapaz de articular una palabra detrás de la otra.

—*Desentrenada, hija, tú lo que estás es desentrenada* -me decía la pobre Pepa y tenía razón. Cuando le conocí yo era muy joven, una chica estudiosa con un futuro brillante pero lo dejé todo por él.

Alberto me decía que él no quería una licenciada, quería una dulce esposa que le esperara en casa con la mejor de sus

sonrisas pero la realidad era bien distinta. Alberto quería una marioneta a quien manejar a su antojo, un saco donde practicar sus mejores golpes, un cuerpo donde satisfacer sus instintos. Una mujer, sumisa, callada, madre de sus hijos y a quien pasear a su conveniencia algún que otro fin de semana para mantener su imagen de hombre perfecto. Eso sí, a la niña ni tocarla, siempre fue frío con ella pero nunca le faltó nada. La excusa del trabajo siempre le funcionó, además... era tan pequeña.

Regresar a la casa fue aún más difícil, me parecía verlo en cada rincón y me paralizaba. Su solo recuerdo me precipitaba el corazón a la garganta y acabé por llorar en cualquier lugar, sin pudor como una catarsis. Tuve que hacer algunos cambios, pinté y redecoré habitaciones y dejé atrás la sala de tortura que había compartido con él convirtiéndola en un cuarto de invitados, a sabiendas de no tener a nadie a quien invitar. Cada noche antes de acostarme, comprobaba que la llave de la caja de madera de cedro estaba en el cajón, en el lugar donde la había dejado, leía un rato, escuchaba la radio y dejaba pasar las horas con la luz encendida hasta que el sueño me vencía o sonaba el despertador. Han pasado más de veinte años y aún me cuesta conciliar el sueño.

El tiempo pasa tan aprisa que sin apenas darme cuenta un día Carlota llegó del brazo de quien pomposamente me

presentó como su novio y en pocos meses, llegaron los planes de boda.

Recuerdo que, después del brindis por la pedida de mano de Carlota, no pude reprimir las lágrimas al recordar la mirada de acero de su padre, sus palabras – *Mamá se ha emocionado* -dijo convencida y me abrazó. Pero siempre quiere más y acabé abrazada a ella e hilvanando maravillas de un hombre al que, el tiempo y mis mentiras, habían convertido en un héroe. Esta vez con más público del habitual, Paco y sus padres, acabaron rendidos ante la imagen de aquel hombre maravilloso que inventé para su hija a cambio de lastrar mi vida.

– *La culpa es tuya*, decía Pepa con razón. Había vivido estos años entre el recuerdo de un extraño y el miedo a que el verdadero monstruo saliera de la caja de madera de cedro. Por eso guardaba la llave y cada noche comprobaba que seguía estando donde la dejé.

No quise, no pude hacerme a la idea de conocer a otro hombre y a mis cuarenta y cinco, a punto de casar a mi niña, no sabía decirle más que la sarta de mentiras tejida durante años para ella. Le mentía mi felicidad, las caricias de su padre, sus palabras de amor, como un pequeño Pinocho a quien llevaba años creciéndole la nariz.

A veces me preguntaba si no hubiera sido mejor decir la verdad pero enseguida me arrepentía. Una mezcla de miedo y vergüenza me paralizaba ¿qué pensaría mi hija al saber que callé, que no hice nada? Desechaba la idea. No quería pensar.

Para la boda, Carlota me pidió *algo viejo* y pensé que era buena idea rebuscar en la maleta del altillo del armario. No sé en que estaría pensando subida a la pequeña escalera, con el brazo extendido mientras mi mano palpaba el estante pero al tirar de la maleta hacia afuera el viejo bastón de madera de cedro con empuñadura de plata rodó hasta caer golpeando mi cabeza. Me desbordó, ni siquiera recordaba que estuviera allí. Mi cuerpo lo reconoció al instante, me senté en el suelo como una niña y no pude parar de llorar. Pepa me lo dijo – *Es tiempo de romper el silencio, ya es una mujer, lo entenderá.*

No la creí y seguí callando.

Ahora me pregunto si yo la hice así, si mi actitud pudo ser la responsable de su elección, si yo fui culpable de su silencio. Pepa, como siempre, fue la que nos salvó, la que consiguió que hablara. Me dolió que no me eligiera, pero para Carlota yo vivía en una nube.

Paco, aquel joven que decía quererla y juró hacerlo todos los días de su vida, no era más que un energúmeno como lo había sido Alberto y no tardó en demostrar de que pasta

estaba hecho. Ni siquiera yo, desde mi experiencia, supe verlo y un buen día, sin aviso, llegó el primer golpe. Contundente, con el dorso de la mano. Le dejó el anillo, un sello regalo de su padre, marcado en la mejilla y le pidió perdón. Dos días después, la golpeó agarrándola del pelo, contra el cabezal de la cama. Aturdida y avergonzada llamó a la buena de Pepa.

— *Mamá no lo entendería, dijo.*

Pepa la abrazó, también a ella le preparó el brebaje humeante hasta que se sintió segura. Me llamaron y pude escuchar de su voz mi propio miedo. Entre lágrimas, rompí con mi pasado y pude darle a mi hija la mano firme que necesitaba.

Y, aquella noche, la llave de la caja de madera de cedro y el bastón con empuñadura de plata desaparecieron por fin de mi vida y aunque no fue fácil, porque nada lo es y tardamos en olvidar los fantasmas el tiempo que Carlota tardó en volver a sonreír, fuimos capaces de salir adelante.

Hoy, mi hija sonríe al lado de un hombre de mirada limpia y yo he descubierto en la risa de mis nietas que la felicidad no hay que inventarla.

*Accèsit Lliure*



# *Mare Magnum*

Cristina Martínez Alarcón

*Estas líneas las dedico a todas las madres.  
Especialmente, a aquellas que no pueden compartir  
tan arduo cometido.*

## *La piscina*

**L**os dos niños acarrean sus mochilas escolares. Yo, una enorme bolsa con todo lo necesario para el baño y la posterior ducha, más mi propio bolso. Al entrar en las instalaciones municipales nos recibe una bofetada sofocante de calor y cloro. Si no queremos sufrir una lipotimia y para evitar el consiguiente estado de nervios, nos empezamos a quitar chaquetas que, por supuesto, van a parar a manos de *la mamá*, que quizá no pueda quitarse la suya. Para cuando conseguimos encontrar un hueco, me he cagado mil veces en la magnífica idea de apuntar a los niños a clases de natación. Una vez instalados, al suelo todos los bártulos. Les saco la merienda, algún tetrabrik o cualquier cosa de previsible consumo rápido, lo cual no implica que deba serlo necesariamente, incluso se puede extraviar -sospechosamente-

alguna parte de la merienda por el recinto deportivo. Siguiendo objetivo: a desnudar niños. Si tengo suerte, uno de ellos sufre una repentina inspiración de autonomía, pero entonces debo controlar mi nivel de escrúpulos si alguna prenda cae en un charco o se sienta con el culete al aire en el suelo. Segundo paso: colocación de bañadores y gorritos. Si ese día estamos todos de acuerdo en “orejitas dentro u orejitas fuera del gorro”, hemos salvado un importante escollo, ya que es un tema controvertido.

¿Estamos listos? Pues al agua patos.

¡Qué sensación de libertad!

¡Bendito momento de relax!

Contemplando la sesión de baño, inevitablemente me entra la modorra. Entre el calor, los vapores del cloro y la soledad, entro en estado catatónico. Al principio, cuando iba de novata ilusionada, me tomaba la molestia de prestar atención, no fuera a ser que sufrieran algún percance, no se diera cuenta el monitor y me tocara lanzarme al agua en plan madre salvadora. Pero luego me curdí. Total, para eso hay socorristas.

¡Qué rápidos pasan tres cuartos de hora!

¡Ahora viene lo peor! Vestuario infestado, organizar ropa, ducha de los dos niños (lo que equivale a remojarte tú misma).

¡Enjabónate!

¡Enjuágate!

¡Mamá, está fría!

¡Mamá, quema!

¡Se me ha metido jabón en el ojo!

Luego secado y tú sudando como un cerdo en una sauna. Por supuesto, cola para pillar un secador de pelo... Tensión en la cola para que nadie se cuele.

Lo que yo digo, la natación es una de las cosas más estresantes que hay en la vida...

### *La niña tiene piojos*

**T**odos los meses me llega la típica circular del cole:

*MODO DE ACTUACIÓN EN CASO DE PEDICULOSIS:*

*Utilizar loción antiparasitaria de piretrinas. Mojar con la loción, insistiendo detrás de las orejas y la nuca (cubrir la*

*cabeza con un gorro de plástico). Dejar actuar la loción durante 2 ó 3 horas y lavar el cabello, aclarándolo con agua y vinagre (una parte de vinagre y dos de agua). Proceder a quitar las liendres con la liendreras. Repetir el tratamiento a los 10 días y el lavado al cabo de otros 10 días. Poner loción en peines y adornos del pelo.*

Confieso que nunca le había prestado atención porque pensaba que eso no me podía pasar a mí. ¡Con lo limpito que lleva el pelo mi niña! ¿Cómo va a coger piojos? Eso le pasa a los otros. Y dejaba olvidada la nota con las instrucciones por algún rincón, confiada en que, como llevaba más de dos años en el cole y mi hija nunca había traído piojos, pues que no iba conmigo.

Un día la niña empieza a rascarse. ¡Uuuy! Mi niña tiene prurito, le compraré un champú suave que alivie la sequedad del cuero cabelludo. Pero la niña, tras dos días de picores, sigue rascándose como un perro pulgoso. Y bueeeno, aunque es imposible que tenga piojos, me animo a mirarle la cabeza para ver si hay algo raro. Aparentando seguridad, aunque preguntándome cómo carajo será un piojo y cómo sabré reconocerlo si jamás he visto uno.

Pues lo reconoces, aunque no te lo hayan presentado formalmente, reconoces al puñetero piojo, a la liendre y a la madre que la parió.

¡Qué horror! ¡Mi hija tiene piojos!

Y a ti que te entran todos los picores del mundo mundial.

Y llamas a tu madre. ¡Socorro! ¿Qué hago? La abuela te da el remedio casero: envuélvele a la niña la cabeza en una toalla con todo el pelo impregnado en vinagre. ¡Qué asco! Entonces te acuerdas de la bendita nota del cole y registras la casa como una posesa. Tras una feroz búsqueda con resultado negativo te asaltan las dudas. ¡Necesito otra opinión! ¡A la farmacia!

Coges a los niños y allá que te diriges. En la farmacia te largan el pack completo contra la maldita plaga escolar, compuesto de: loción, champú y liendreras, y te acompañan en el sentimiento.

Le aplicas el tratamiento a tu niña, y tras el tiempo recomendado de espera le pasas la liendreras. La niña grita como loca por los tirones de pelo, tú le gritas más, porque estás atacada y te pica todo. El niño pequeño que quiere estar en medio del fregado, siente una curiosidad irreprimible por lo que ocurre en la cabeza de su hermana, y no para de meter

su melón por medio. Tú al borde del ataque de histeria, lo que quitas por un lado, ¡puede acabar en la cabeza del otro!

A continuación, el peque y tú acabáis también enrollados en la toalla y con la posterior pasada de liendreras, y como alguien apareciera por casa en ese momento le acabarías largando también el tratamiento completo.

Un par de días más tarde, una caritativa amiga te comenta que tengas cuidado con las lociones antipiojos que tienen muchos estrógenos y que si bla, bla bla... Y tú que, haciendo caso omiso de las instrucciones del pack, que indicaban que el producto se podía volver a aplicar transcurridos siete días, se lo has cascado al día siguiente y al otro también, te echas a temblar. ¿Qué le he hecho a mi niña? A ver si le salen las tetas antes de hora.

Y, como es un problema persistente, acabas cascándole a tu niña el aliño de vinagre en la cabeza que desde un principio te sugirió la abuela.

Luego al peque.

Y luego... una servidora.

Pero hay algo que ya nunca será igual en tu vida: cuando veas a alguien rascarse la cabeza, saldrás zumbando.

## *La compra semanal*

**R**ealizar la compra semanal acompañado de los niños puede convertirse en un infierno.

En primer lugar, hay que partir de la idea de que los niños tienen preestablecida una cuota temporal fija para permanecer en una gran superficie comercial. El cronómetro se pone en marcha nada más traspasar las puertas del establecimiento. Si cometes el error de superar ese tiempo ¡preparate!, ¡puede ocurrir cualquier cosa!

En segundo lugar, si alguno de los niños tiene menos de cuatro años siéntalo en el carro. ¡No cedas! Porque si lo dejas suelto estás perdida. Si puede ser, (mejor esposado) perdón, quiero decir, en la parte del carro frente a ti; de lo contrario puede dedicarse a las siguientes actividades: pisotear los productos que pretendes adquirir, comerse algo (incluso el detergente), lanzar por la borda lo que se le antoje (incluso él mismo).

Sentado en la parte alta lo único que se ha de controlar, que no es poco, es:

- ☹ Dejar el carro a una distancia superior a un metro de los estantes.
- ☹ Que no se ponga en la boca la pestaña para rescatar la moneda.
- ☹ Que no agarre los productos del carro que le queden próximos.

Uno en el carro y el otro de “potencial” colaborador, facilita un poco las cosas. Con un poco de mano izquierda, lo que incluye una ardua negociación sobre el número de caprichitos a que cada uno tiene derecho, puede que salga del recinto sin sufrir estragos serios en mi cuenta corriente.

Por fin llegamos a la zona de cajas. El niño que llevo subido en el carro está más que ansioso por colaborar, pues tras observar a su hermano de aquí para allá cogiendo productos ha llegado a la conclusión de que es la actividad más *guay* que hay en el mundo. Y tú te compadeces y lo bajas. ¡Ojito!, que lo primero que quiere coger, no falla, son los huevos, las cosas de cristal y el paquete de papas...

Una vez has conseguido pasar toda la compra, y la tienes nuevamente en el carro, pretendes como cualquier ser humano ver si te han cobrado correctamente y la revisas. Aprovechando que estoy un momento concentrada, el peque, que suele ser el que va más a su aire, decide que es el momento de marcharse, se dirige por su cuenta y riesgo hacia los ascensores, tiene la potra de encontrar uno invitadoramente abierto, y se mete dentro, el muy cabroncete. En ese preciso momento lo veo, y corro como una posesa detrás del enano sabelotodo. Con suerte lo cojo a tiempo y si no, a ver qué hago con el carro (cargado y pagado), el otro niño, el enano que está descendiendo al parking y sólo la posibilidad de localizar las escaleras para bajar a por él a toda leche.

¿Eh? ¿Por dónde empezar?

### *Por dar morcilla*

**E**l enfrentamiento generacional es un hecho contra el que no se puede luchar. Nosotras les dimos en la cabeza a nuestros padres, nuestros padres a los suyos y tus hijos, irremediablemente, por más madre enrollada que pretendas ser, te darán morcilla a ti.

Es una ley universal.

La primera avanzadilla de *¡Vamos a dar morcilla a nuestras madres!* se manifiesta sobre los siete u ocho años, en los gustos musicales. Hagamos memoria: quizá nosotras expresamos nuestra rebeldía escuchando *El Muro de Pink Floyd*, *música rasta*, *Alaska y los Pegamoides*, *Kaka de Lux* o *Radio Futura...*, para horror de nuestros progenitores que nos decían:

- ☹ Eso no es música.
- ☹ No saben cantar.
- ☹ Antes eran unos profesionales, ahora cualquier pelagatos coge una guitarra y se pone a maullar.
- ☹ **¡Baja la música!**

Ahora escuchas aquello con un regusto nostálgico. Has evolucionado y añades a tu repertorio música étnica, música terapéutica, *Bioinformation Study*, los tambores de Burundi o el canto tradicional maronita...

¿Qué puede escuchar tu hijo para sentirse rebelde si tú escuchas una música bastante moderna, original y no eres una carca? ¿Qué puede escuchar tu hija/o que te crispe bien, **pero bien**, los nervios? A ver. ¡¿Qué?!:

Pues Marisol. Sí, has leído bien, Marisol, en sus tiempos infantiles, "*Tómbola*", "*Corre, corre caballito*", "*Corazón contento*", "*Estando contigo*" o "*Me conformo*".

¡Pues no!

¡Yo no me conformo a escuchar semejantes horrores! ¡Ni la salsa de los guateques de los años 60!

La niña coge el radiocassette a pilas de la Barbie y se mete en el WC con Marisol a toda caña. Tú piensas:

### **Paciencia...**

No puede resistir mucho tiempo escuchando esto, y si le digo algo, seguirá y seguirá... Pero, tras tres cuartos de hora de escuchar a Marisol, tus buenos propósitos de madre equilibrada se van a la mierda, y sale fuera toda la crispación y la vergüenza al pensar que el vecino puede escuchar semejante repertorio proveniente de tu domicilio. Vuelves a revivir todo aquello que somatizaste en tu infancia cuando, más mareada que un ajoaceite, volvías a casa tras un fin de semana de domingueros. Y tus propios padres, como alternativa al Carrusel Deportivo, te largaban esos mismos cassetitos, que ahora tu hija ha encontrado en el baúl de los recuerdos.

No me deja otra alternativa: requisar todo el material mientras está en el colegio.

\*\*\*\*\*

**L**o cierto es que no hay escapatoria, están ahí, observándonos, analizándonos y terminan descubriendo nuestro punto flaco, para infringirnos una tortura diseñada a medida. Igualito que les hicimos nosotros a nuestros papis.

También están para controlar que no nos equivoquemos en nada. Por ejemplo, saben más educación vial que nosotras y, como te saltes un semáforo, no te pongas el cinturón en el coche o digas un taco al volante, lo llevas clarito. Mi hijo de tres años me riñe desde su sillita infantil cuando no tengo las dos manos en el volante.

Una madre voluntariosa le preguntó a su niña de cuatro años qué quería que le trajesen los Reyes Magos, y la niña respondió:

—Mamá, lo único que quiero que me traigan este año, es que tú dejes de fumar.

¿Y qué hace una madre ante semejante petición? Pues dejar de fumar (lo cual está muy bien, por cierto).

Aguantemos el chaparrón que todas las madres van al cielo.

***Finalistes***



# *Los tulipanes azules y el vestido negro*

Susana Almazán Talavera

**L**as flores eran preciosas, cascadas de colores contenidas por helecho, philodendro y eucaliptos. El arquitecto floral prescindió de las típicas calas, clavellinas, crisantemos y gladiolos, y creó una explosión de colores y una simbiosis de tonalidades jamás pensada para este tipo de *acontecimiento*. Gerberas rojas, rosas rosadas, lilioms blancos y rosados, astromelias, tulipanes azules, lirios asiáticos, amapolas, jazmín, madreselva, e incluso alguna flor de loto evidenciaban el estatus social de los Molina, que quisieron distinguirse del resto de los mortales a través de las flores; claro que con lo que habían estado pagando durante años y años, podrían haber importando perfectamente Holanda entera.

Yo no le quitaba ojo a los tulipanes, que eran de un color azul intenso, azul como las fachadas de las casas de los pescadores entre las que antes convivía.

A su vez mi cerebro se había propuesto que visualizara el florero de cristal de la mesa de mi salita. Florero vacío, por cierto... Llegué a la conclusión que mis ojos y mi cerebro me estaban retando. Todos mis sentidos estaban puestos en esta curiosa asociación, excepto mis oídos, a los que todavía llegaba el zumbido del sermón de mi hermano, soporífero como siempre, con ese tono de voz que logra ablandar el cerebro y derretir las neuronas hasta tal punto que ni una sola célula del cuerpo de uno, es capaz de rebelarse, convirtiendo al escuchante en un auténtico zombi. Me apostaría una mano a que si como estudiante, la retórica era una de sus asignaturas, él fue, sin lugar a duda, el alumno más aventajado.

Pero el resto de mi ser, estaba centrado en esos tulipanes. Cada segundo que pasaba todo el cosmos me empujaba a pensar que esas flores estaban destinadas a habitar mi casa, todo el universo me animaba, me hacía señales, sólo tendría que esperar a quedarme sola, acercarme, y... nadie lo notaría, había decenas de ramos... y de repente al girar la cara en dirección al zumbido, ahí estaban sus ojos mirándome como si pudieran leerme la mente, "Ni se te ocurra, Felisa".

El zumbido acabó y los restos mortales de José Molina fueron tapiados en el panteón familiar. Y ahí acabó su distinción. Era sólo un cuerpo sin vida, como el resto de hombres y mujeres que moraban en el cementerio.

Cuatro días más tarde, los tulipanes no mostraban ningún signo de querer marchitarse, yo supuse que estaban mucho más a gusto en mi casa que en el frío suelo del cementerio, pero mi vecina María me abofeteó con la lógica y, aprovechó también para darme con cuarto y mitad de sorna, o eso me pareció, explicándome que eran flores de mucho aguante, y que su lozana apariencia nada tenía que ver con lo acogedora que pudiera ser mi casa.

María decía las verdades crudas, sin mala intención, pero sin anestesia.

Ese día murió Rafael, es decir, que al día siguiente tendríamos entierro, otra vez, y otra vez de vuelta a casa con el vestido negro oliendo a incienso. Sólo tenía uno y tan pronto llegaba a casa lo lavaba. En la época en la que mi hermano se convirtió en párroco del pueblo, al reunir varios cupones que venían en las chocolatinas, se podía conseguir un juego de tazas, o una sopera de la Cartuja de Sevilla, todo dependía de la cantidad que se comprara. Siempre creí que mi hermano había ganado la ermita con los cupones que juntó por la compra de incienso. Con la cantidad de incienso que mi hermano utilizaba en la purificación del cuerpo del muerto, podíamos perfectamente ascender con él y saludar a San Pedro todos los que en ese momento nos encontrábamos en la ermita. Mi hermano era un párroco a la antigua usanza, de sotana y misa

en latín, como mandaban los cánones, además de demasiado mayor y tozudo para entender que la ermita era excesivamente pequeña para las cantidades de incienso que allí empleaba. Aun así, las misas de funeral eran todo un éxito de asistencia, al principio pensé que en un pueblo que estaba separado del más cercano por decenas de kilómetros de llano, todo el mundo quedaba, en mayor o menor grado, emparentado, de ahí la concurrencia. Pero no, unos cuantos entierros después descubrí lo que tanto les unía, sólo había que contemplar las caras de la gente después de hora y media impregnándose de ese olor, era como un bálsamo, nunca se producían escenas de histeria al enterrar al difunto, ni llantos ni gritos, todo era calma y sosiego, la familia salía como en una nube -literalmente hablando- al igual que el resto de los vecinos y amigos, totalmente relajados, dando la impresión de adivinar incluso alguna sonrisa.

Así que estas eran las armas del cura, un discurso que deja noqueado y para rematar al rebaño, incienso.

Llevaba poco tiempo en el pueblo. Después de tres décadas viviendo fuera, volví. Mi marido había muerto hacía un par de años, no tuvimos hijos. Mi hermano vivía en una casa pegada a la ermita, de esta suerte que la casa de mis padres estaba vacía. De siete hermanos, sólo seguíamos con vida él y yo, y mi sobrina Aurora, pero vivía en el extranjero, por lo que la casa

era enteramente para mí, así como la jungla que había por jardín.

Al principio, mi hermano me pedía que le ayudara a preparar alguna misa, ya que Eulalia, su asistente, de ochenta y ocho años de edad, se sentía indispuesta de cuando en cuando. Como me resultaba muy aburrido, y para darle un toque distendido, alguna que otra vez le gastaba pequeñas bromas, desde cambiarle el vino de la celebración por Cola-Cola, o dejarle alguna nota en el salmo que debía leer ese día, como “Mañana te toca cocinar, no hagas migas que se me repiten” o “Si el señor Manuel se ha sentado en la segunda fila, hoy tendrás un buen día, pero si ha escogido la cuarta, agárrate la sotana” No es que le hiciera mucha gracia, sobre todo el día que vino a visitarnos Aurora, y mezclamos una pequeña cantidad de hierbas alucinógenas con el incienso. Creo que no le quedó muy claro lo que pasó ese día con sus feligreses...

Pero el colmo tuvo lugar el día en el que mi misión era tocar la *campanita* que indicaba el cambio de rutina en la misa. La *campanita* dorada colgaba de un pilar, y su *cuerdecita* dorada me permitía tocarla, hasta que en uno de los tirones se desprendió del badajo y me quedé con ella en la mano. Como no sabía qué hacer y tocaba *cambio de tercio*, dije de viva voz “tilín, tilín”.

A partir de ese día, cuando Eulalia no podía ir, era su hija la encargada de ayudar en la ermita.

El entierro de ese día, y ya iban seis ese mes, era el de Rosario, la hornera. María me había dejado dicho la hora en una nota que me había pasado por debajo de la puerta. En la misma nota también había escrito: "Sé donde estás. Ya verás como se entere tu hermano". Aunque yo, ya había tomado todas las precauciones posibles para que no fuera así. Eran las cuatro menos cuarto. Llegaba tarde, por lo que rápidamente llené el florero de agua, dejé caer una aspirina y coloqué los tulipanes azules recién *cogidos*. Que suerte que la floristería apostara por estas flores en los ramos del día anterior. Dejé la nota sobre la mesa de la entrada, subí corriendo la escalera, entré en la habitación, me quité la ropa deportiva, con la que ciertamente había salido a hacer un poco de ejercicio, y me puse el vestido negro, el cual últimamente, ni me daba tiempo a meter en la funda. Caminé lo más rápido posible sin llegar a la bochornosa situación de correr. Llegué tarde, y me senté en la última fila. Hora y media después, se abrieron las puertas de la ermita y salieron, en este orden: la nube de incienso, mi hermano -el cual me miró extrañado-, la caja, la familia, y el resto de vecinos. Algo no encajaba en aquella escena, y aunque me costó reaccionar unos segundos -lo que achaqué al incienso-, me di cuenta que aquella familia no era la de Rosario.

No me lo podía creer..., me había equivocado de entierro, como si no tuviera suficientes con los que ya me tocaban.

Volví corriendo a casa, abrí la puerta, y busqué a la desesperada la nota entre las facturas y demás papeles que había encima de la mesa de la entrada. La redonda caligrafía de María lo dejaba bien claro, a las seis. Sabía que sólo disponía de media hora, pero no pude evitarlo. Lavé el vestido. No podía soportar el olor, no sólo quedaba impregnado en la ropa sino también en la piel. Como excusa a mí misma, me dije que era un tejido ligero, y se secaría en un periquete, antes que cante el gallo, en un santiamén, como un rayo...

Solía tender la ropa en la parte del jardín más cercana a la cocina, pero ese día era una cuestión de urgencia, así que subí a la parte más alta de la casa, a la terraza buscando un vendaval, y no encontré ni una triste brizna de brisa. Mientras bajaba la escalera, se me encendió una bombilla en la sesera: lo secaría con el secador. Colgué el vestido en una percha, y esta a su vez, en la mampara de baño. Cinco minutos después y observando la celeridad de secado y los metros de tela de la prenda, llegué a la conclusión, que el vestido estaría listo en unas cinco horas. Apagué el secador y la bombilla volvió a aparecer sobre mi cabeza: la plancha! Todo esto sucedía una velocidad desenfrenada, no tenía capacidad para pensar, las ideas surgían y simplemente las llevaba a cabo sin reflexionar sobre si darían

resultado o no. En ese momento el desespero me arrastraba al cuarto de la plancha, coloqué el vestido sobre la tabla, con un trapo encima para que no le saliera brillos, y plancha que te plancha calculé de nuevo el tiempo de secado, y la solución era que antes entraría un cerdo volando por la ventana que estaría el vestido listo para las seis de la tarde. En ese momento todo me pareció caótico, no solo la situación sino el mismo cuarto, había varios montones de ropa esperando su turno a pasar por la plancha, también estaba el pequeño tendedero lleno de pequeñas prendas delicadas, que prefería no mostrar en el patio, otro montón de ropa para coser, arreglar y tratar de recuperar o adaptar a la moda, además de dos sotanas que mi hermano me había pedido que le recogiera del tinte. La hora de costura obligatoria a la que mi madre diariamente nos sometía - incluyendo a mi hermano- no fue en vano.

A las seis menos diez me llamó María, y no a la puerta, sino que literalmente voceó, como hacía siempre: Felisaaaaaaaaa!, yo no sé para que había instalado un timbre. Bajé corriendo la escalera y cuando abrí la puerta, me miró de arriba a abajo, se santiguó y sólo acertó a decir muy lentamente “Madre mía”. Le pedí que camináramos a paso lento para llegar al funeral cuando todo el mundo estuviera dentro y de esta forma tener que sentarnos necesariamente en los últimos bancos de la ermita. Terminó la misa, salió la familia precedida de la caja, que a su vez iba precedida por mi hermano, y todo ello

precedido por la acostumbrada nube de incienso. A pesar de la humareda, mi hermano me vio y casi se le salen los ojos de la órbitas, cuando se dio cuenta que me había puesto una sotana suya. Por supuesto, -como decía mi sobrina- estaba *customizada*: un cinturón fino, una chaqueta de punto negra para disimular los pliegues que estaban cogidos en la espalda con imperdibles para ajustarme el pecho y una cinta elástica en la parte interior del bajo para hacerlo un vestido saco. Pero en definitiva era una sotana suya.

Ese día, viendo avecinarse la tormenta, no fui al cementerio, sino directamente a casa con el propósito de *descostumizar* el vestido. Lo hice lo más rápidamente que pude. Sabía que en cuanto el muerto estuviera en el hoyo, el vivo volvería al bollo, en este caso, a la sotana. No había terminado de darle los últimos planchazos, cuando sonó el timbre. Sabía que era él, porque era el único que lo utilizaba. Bajé y abrí la puerta. Sin perder la compostura me preguntó si había recogido las sotanas de la tintorería, como respuesta se las entregué, intentando mantener una actitud de normalidad. Las sacó de la funda, las repasó con la mirada, y como no pudo apreciar nada extraño, y ante el desconcierto que ello suponía, dio media vuelta en la dirección a la puerta.

Pero desgraciadamente para mí, lo que si vio fue el jarrón con los tulipanes azules.

“Que vergüenza Felisa”

No fue casualidad, que desde ese día mi hermano solo me avisara para los entierros estrictamente necesarios, aunque yo sabía que en el fondo todas esas situaciones le divertían.

Bueno, no hay mal que por bien no venga.

# *Flores en mi ventana*

Antonia Amores Vicente

**M**e debato agitada, dando vueltas en la cama, en un duermevela angustioso que me retiene atrapada en esa especie de nebulosa, mitad ensueño, mitad realidad, que precede al despertar, cuando los sonidos cotidianos de la mañana van colándose lejanos en la conciencia, atrayendo la turbada mente, poco a poco a la realidad de un nuevo día.

Por fin cuando, un poco aturdida todavía, consigo abrir los ojos, parpadeando para acostumbrarme a la penumbra que todavía invade la habitación, envolviéndolo todo, deformando las siluetas de los muebles y de los objetos que me rodean como si fuera una continuación del sueño que acabo de abandonar, recorro lentamente, un poco asustada, el reducido y desconocido espacio intentando encontrar alguna referencia que me sitúe en este lugar, entre estas paredes blancas y vacías como mi memoria y siento una fuerte sensación de desamparo que se apodera de mí, oprimiéndome el corazón como a un niño perdido y abandonado.

Un sonido vivo y conocido me rescata y me devuelve la serenidad, es el tic-tac de mi viejo despertador, una de las pocas pertenencias que me acompañan en este nuevo rumbo que ha tomado mi vida, ahora inútil, porque aquí el tiempo para mí ha dejado de tener importancia. Está situado al lado de la cama, sobre la minúscula mesita de noche, y junto a él, desde un ajado portarretratos me sonríen cuatro caras cuyos ojos azules se clavan en mí, sonriendo, como para darme apoyo.

Miro el reloj, es grande y pasado de moda, con una enorme esfera y agujas negras que recorren siempre el camino en la misma dirección, una y otra vez, eternamente, con un tenaz y machacón ritmo que ahora parece llenarlo todo, su cascado sonsonete llena mi corazón de alegría y le sonrío agradecida por su lealtad y su compañía durante tantos años.

Son apenas las ocho de la mañana pero ya el sol se cuele curioso por las rendijas de la persiana y su luz va devolviendo vida y color a mi entorno. Retiro las sabanas hacia un lado y me siento sobre la cama. Tomo la fotografía con una de mis manos y paso la otra por la superficie un poco empolvada del cristal en una leve caricia, contenida y temblorosa, y la miro sin ver.

Podría describir con los ojos cerrados a cada uno de ellos, dibujar en el aire con el dedo índice la silueta de cada rostro, el perfil de sus cejas, la línea de sus labios, situar cada una de sus

infantiles heridas cicatrizadas a fuerza de besos y definir el tono de sus ojos abiertos ilusionados a la vida. Ellos mantienen encerrado tras el cristal, como dulces carceleros, mi pasado del que en gran parte son protagonistas. Ese pasado, de penas, de alegrías, de esperanzas y desesperanzas, de amores y desamores... que son en estos momentos todo mi bagaje y que demuestran que a pesar de todo, he vivido. Un tiempo que me es imprescindible para saberme viva en este presente tan incierto, tan desconocido que me acerca a un futuro corto e irremediable.

Fueron aquellos años de luchas y de desvelos constantes mientras los acompañaba por el difícil camino que habían de recorrer para llegar a ser mayores, para convertirse en los hombres que son hoy. Y yo era su mayor apoyo, siempre atenta a sus necesidades, alegrándome con sus avances y suavizando sus errores. Al principio compartíamos casi todos nuestros momentos, desde la incertidumbre ante la ansiada llegada de cada uno de ellos, tan pequeños, tan indefensos, sus primeros días de colegio, sus triunfos y sus derrotas, el desasosiego de sus precoces enamoramientos, de sus salidas nocturnas... la espera, siempre la espera.

Todos y cada uno de mis pensamientos giraban en torno a ellos, y mi vida era solo mera prolongación de la suya hasta que poco a poco se fueron haciendo más y más fuertes, capaces de

seguir solos su camino mientras yo me quedaba atrás, cada vez más atrás, en sus vidas...

Coloco otra vez la fotografía sobre la mesa, me levanto pesadamente, buscando con los pies instintivamente mis viejas zapatillas de las que tampoco he querido prescindir y me acerco a la ventana, retiro las cortinas y subo la persiana que se enrolla con estrépito. Los rayos del sol entran posesivos, a raudales a través de los cristales, y lo llenan todo de luz, disipando los últimos rastros de sombra, invitando a la vida que se despierta húmeda y tibia como un recién nacido. Abro la ventana y una ráfaga juguetea envolviéndose en los blancos visillos arrastrándolos hacia afuera en su huida y dejando tras de sí un fuerte aroma a primavera. Mas allá, en el jardín, también las ramas de los árboles se mecen con un alegre vaivén provocando un rumor, que no sé por qué me hace evocar aquellas canciones infantiles, cuya letra casi olvidada pugna por salir de mi boca, y se va perdiendo por el camino hasta la verja de hierro de la puerta de entrada. Sobre ella el enorme cartel, iluminado por las noches como un faro en las tinieblas:

### “RESIDENCIA DE LA TERCERA EDAD”

Lo releo absorta una y otra vez, mientras me pregunto amargamente cuándo, en qué momento, pasé a formar parte de esta tercera edad a la que ahora, sin duda alguna pertenezco, no

me di cuenta de ese paso tan trascendental, no creía que tuviera nada que ver conmigo, me limitaba a vivir día tras día, dejándome llevar de año en año, sin darme cuenta de que también yo como los otros, envejecía. Tampoco se cuándo y por qué dejé de ser una niña para convertirme en adulta, ni cuándo comencé a ser anciana. Creía que nada en mí había cambiado, a pesar de que mis piernas ya no fueran tan ágiles, ni mis manos tan útiles, o que me costara más leer, distinguir los objetos cercanos, por dentro me sentía la misma.

Pero no es verdad, también el interior se gasta, el tiempo duele y pesa cada vez más... empiezas a sentirte extraña en un mundo en el que cada vez ocupas un lugar más reducido, en el que compartes con los tuyos cada vez menos, en el que las distancias de ideas, de recuerdos, de necesidades se van haciendo más profundas, más insalvables.

Hasta que un día, empiezas a admitirlo y tomas conciencia de que tú también eres los otros, y que tal vez tengas mucho en común con ellos, que su camino es tu camino y que es mejor hacerlo en compañía.

Cierro maquinalmente la ventana y rebusco en el interior del armario tanteando la ropa sin mirar, tomo al azar algunas prendas y las deposito de cualquier modo sobre la cama aún

revuelta, con el pensamiento perdido en el hilo de mis diálogos internos.

Es difícil tomar una decisión así, pero es solo una decisión más como tantas otras tomadas a lo largo de la vida. Primero fue solo un leve pensamiento retenido en mi cabeza sin duda por alguna de nuestras conversaciones sobre uno de los temas que son prioritarios en esta edad, luego a medida que pasaba el tiempo, se fue volviendo reiterativo y machacón y a menudo me encontraba divagando sobre ello a solas, porque si hay algo que tiene la soledad es eso, tiempo y silencio.

Recuerdo que al principio fue duro acostumbrarse a esa soledad, a pensar en singular cuando toda mi vida había sido un movido y variado plural, me dolía ese silencio que invadía mi casa antes llena de pasos y de música... ¿y el tiempo? El tiempo era eterno... las largas horas me atenazaban el corazón con mano de hierro, cuando ambos se rompían en las visitas que ellos me hacían, más a menudo antes, después más espaciadas. Volver a la rutina era desgarrador...

Me acostumbré como todo el mundo decía y llegué a encontrarme a gusto, a disfrutar de las pequeñas cosas antes dejadas de lado, pasear, leer, y recordar rodeada de mis cosas, aprendí a mantener largos diálogos conmigo misma en los que el tiempo y la edad perdían su dimensión, pasando de la niñez

a cualquier otra época de la vida con total irreverencia para los cánones establecidos. Vivía y eso era todo.

Un día en que alguna de mis múltiples carencias me superó, tomé la determinación. Los llamé y se lo dije. La sorpresa los paralizó por un momento, luego fueron reaccionando, haciendo preguntas, “¿Por qué?” “¿Te encuentras mal?” “Tú no necesitas irte a ningún sitio. Nos tienes a nosotros”.

—Si, os tengo a vosotros... -la voz se estranguló un poco en mi garganta y antes de que sonara a reproche añadí espantando una inoportuna lágrima- y vosotros me tenéis a mí. Siempre me tendréis. Mi casa sea cual sea será siempre la vuestra, allí donde yo esté estaréis conmigo...

Unos golpes en la puerta me sacan de mi ensimismamiento antes de que la tristeza que comienza a invadirme haga presa en mí.

—Vamos, que ya es hora de bajar a desayunar... Es mi nueva vecina, una ancianita encantadora y decidida que como yo un día tomó la misma decisión y no parece arrepentida de haber dejado su casa aunque a veces se suma en una ligera melancolía al recordarla.

Me visto aprisa abrochando torpemente los botones que parecen burlarse de mí, escapándoseme de mis dedos rojos y

deformados por la artrosis mientras sigo con mis elucubraciones sin poder evitarlo.

No fue tan difícil como yo creía porque hacía tiempo que ya la casa se iba sumergiendo en un inevitable letargo. Tardé en decidir QUÉ tan íntimo podría acompañarme pero todo parecía pertenecer a un pasado muy lejano, así que abrí uno a uno los cajones que rechinaron molestos por la intromisión y escogí apenas algún recuerdo, un pañuelo, una carta, un abanico... cosas que me fueron un día imprescindibles y que aún provocaban pequeñas añoranzas en mi corazón, luego con la maleta en la mano me dirigí a la puerta y desde el umbral contemplé como toda mi vida se quedaba allí, agazapada en cada rincón, en cada mueble, en cada objeto, descansando plácidamente, encaminándose hacia el olvido, suave, tranquilamente.

Vuelven a repicar en la puerta los dedos nerviosos que consiguen al fin rescatarme de mis largas elucubraciones, rápidamente me recompongo el pelo y pongo con un gesto coqueto un toque de color en mis labios antes de salir al corredor. “Mandaré traer algunas macetas para ponerlas en la ventana” pienso mirando los rosales en flor.

Luego me uno a los demás que se dirigen lentamente al amplio comedor charlando y saludándose como si hiciera

mucho tiempo que no se ven, preguntándose por la salud como si esta no fuera bien conocida por todos y cada uno de nosotros y hablando del tiempo con preocupación como si de ello dependiera nuestro ligero quehacer diario.



# *El plan Kristof*

Eva Apaolaza Alm

Cuando sonó el teléfono ya sabía que el momento había llegado. Podía haber sido el día anterior o el día después, nada más comenzar la crisis o muchos años más tarde, pero era aquí y ahora. El futuro había llegado.

Aun así, intenté no hacer ruido al moverme y contestar con calma. No quería despertar ni a Juan ni a Irene. Quería retrasarles el momento, dejarles vivir en la normalidad que buscábamos cuando nos mudamos a Bruselas, por unos minutos más. Cogí el teléfono. Era un número privado, como ya esperaba, y la fecha y la hora no dejaban lugar a dudas: las 0h30 del 26 de junio de 2022, día de la final del mundial de fútbol entre un equipo europeo y otro americano, pocos habitantes del planeta estarían pendientes de otras noticias, en particular los europeos, que, al fin y al cabo, era a los que se trataba de conquistar.

– Allô? -contesté ya despejada y en el fondo de mí deseando que mis presentimientos fueran inciertos.

—*A les enfants...* -cantó una voz masculina, entonando con acento belga el principio de La Marsellesa, tan habitualmente silbado ya por tradición más que por deshonor, a lo largo de los eventos deportivos.

Me salté el “*de la patrie*” y pasé directamente a “*les jours de gloire*”. Kristof sabía lo que esto significaba. La decisión estaba tomada. No me quedaría de infiltrada en Bruselas socavando el poder desde dentro de los edificios de la Comisión, como habría ocurrido si hubiera seguido la canción sin saltarme ese trozo, sino que partiría lejos, a Mayotte, a Martinique o a cualquier territorio de ultramar perteneciente a la Unión Europea, donde empezaría a construir una nueva sociedad.

Y es que todo había comenzado con la crisis de finales de 2007. Las hipotecas basuras de Estados Unidos, el contagio a Europa, el desempleo y la desesperación, no eran más que un plan para hacerse con el poder y volver a la situación anterior al siglo XIX de la organización conocida con las siglas de M.E.R.C.A.D.O.S., muy sutil quizá en los primeros tiempos pero no en una sociedad en la que la telerealidad había sustituido a las noticias, la educación se había quedado sin fondos y leer era un lujo al alcance de pocos después de que nos hubiéramos pasado al e-book y un virus hubiera arrasado con todas las obras así almacenadas.

Realmente, la organización conocida como M.E.R.C.A.D.O.S. había comenzado a gestarse ya en el siglo XX. Algunos rumores la relacionaban con la crisis del 73 y las posteriores y hasta con el inicio del terrorismo internacional. Lo cierto es que los poderosos miembros de esta organización eran conscientes ya en el siglo XX de lo mucho que a su juicio habían logrado los trabajadores, en particular en Europa. Coches, casas, sanidad y educación. Por las dos primeras cosas pagaban, para ellos poco; por las dos segundas no, cuando podía sacarse una gran cantidad de dinero de ello, como lo mostraban las aseguradoras o colegios privados de Estados Unidos. Al avanzar la primera década del siglo XXI, decidieron que era el momento de atacar Europa, eso sí, solapadamente. Y la crisis les dio la excusa.

Con números, estadísticas y datos que los líderes mundiales no llegaban a comprender y por tanto, no podían rebatir, les convencieron de lo necesario que era hacer recortes. Algunos temieron por sus sueldos, pero se les tranquilizó, sólo se harían recortes a los de abajo. Otros, los que los tenían, temieron por sus votantes, pero también se les calmó. Sus votantes estarían en otra cosa, sobre todo si les daban el control de los medios de comunicación.

Pero yo en el 2008, al principio de la crisis, no sabía nada de todo esto. Es cierto que me parecía extraño que las televisiones programaran fútbol de lunes a viernes y no sólo los domingos,

como en el pasado, pero lo atribuí a cuestiones de audiencia. Además, con Internet en casa no pasaba mucho tiempo delante de la tele. Terminada la primera década del 2000 me preocupó más el tema de que los noticieros fueran acortando horarios, metiendo los vídeos más vistos en youtube y se olvidaran en poco tiempo de informarnos de asuntos trascendentales como el de la revolución árabe. Tampoco podíamos verla a través de Al Yazira ya que fue declarada en Europa como cómplice de terrorismo islámico y, por tanto, vetada en Internet. Sin embargo a mí en ese momento lo que de verdad me preocupaba era el paro, que nos afectaba tanto a Juan, mi marido, como a mí, y con una hipoteca sin pagar, decidí presentarme a las oposiciones para ser eurofuncionaria. Sólo quería una vida tranquila en la gris Bruselas, escolarización para mi hija en la escuela europea, ya que en la pública los recortes habían reducido los horarios a la mínima expresión y los profesores nunca eran sustituidos, y sobre todo, necesitaba un sueldo a fin de mes.

Ahora lo pienso y comprendo por qué aprobé ese año después de varios intentos en los noventa sin ningún éxito. No fue por mi capacidad académica ni mis idiomas, sino por mi falta de interés político. Como los M.E.R.C.A.D.O.S. calculaban que en pocos años tomarían la Comisión, centro de emisión de las directivas europeas y por tanto, uno de los ejes del poder mundial, habían decidido reclutar para la Unión Europea gente

dócil, con familia, que entretenida en otras cosas, no se diera cuenta o se opusiera a esa toma de poder. El hecho de que a Juan le gustara el fútbol, me dio más puntos aún. Pero se equivocaron en algo. Juan y yo no éramos apolíticos y no nos gustaba la telebasura. Simplemente, no protestamos antes porque no sabíamos cómo.

En cualquier caso, inconsciente de los motivos de mi reclutamiento para el eurotrabajo, comencé con entusiasmo en la Dirección General de Empleo, Servicios e Igualdad de Oportunidades, donde realizaba simples labores de oficina. Y todo hubiera seguido igual si un día no me hubiera sentado a comer con el grupo de Kristof. Este hombre de barba gris y aspecto mayor, que a diferencia de la mayoría masculina de la segunda década del siglo XXI, se resistía a ponerse botox, iba siempre rodeado de un grupo de antiguos funcionarios que parecían conspirar constantemente. Como no había sitio en otras mesas me senté junto a ellos. Hablaban en francés y no en inglés, por lo que me resultó más fácil seguir su conversación. Para mi sorpresa, no luchaban por acabar con el botox sino que discutían sobre literatura hispana, lo que en estos nuevos tiempos no dejaba de ser igual de subversivo, pues lo políticamente correcto era hablar de deportes o bodas, divorcios y maternidades de las grandes estrellas del momento. Hacía tanto tiempo que no había oído mencionar a Cortázar, Vargas Llosa o al denigrado García Márquez (tras su muerte se le

reprochó su pasado cercano al castrismo y sus libros desaparecieron incluso antes de que llegara el virus) que no pude evitar intervenir.

—Yo tengo esos libros que buscáis -me oí decir-. Soy poco práctica y cuando me mudé a Bruselas no me pasé los libros a un e-book sino que los metí en cajas. Los tengo guardados para mi hija. Pero os los podría prestar.

Aquella simple intervención me convirtió en su nueva heroína y me dio toda su confianza. Me uní a ellos en las comidas. Noté cómo me observaban. Alguna vez me pareció que incluso me seguían. Hasta que un día me encontré en mi mesa con la tarjeta de Kristof, la dirección de un bar y la hora. Me sorprendió el sitio, pues se trataba del C.H.A.B. No era una cervecería propiamente dicha, sino que era el bar de un albergue juvenil en el barrio turco de Bruselas, en el que yo me había alojado en mi etapa mochilera. No era un sitio muy apropiado para un eurofuncionario. Pero aun así decidí acudir. Me permitiría recordar viejos tiempos.

Enseguida vi a Kristof. Parecía un abuelo si lo comparábamos con los jóvenes mochileros de toda Europa, pero a pesar de ello, sin su traje corbata y con una cerveza en la mano podía pasar por un antiguo hippy venido a menos. Estaba acompañado por Sylvie, una joven francesa que también

se había unido a las comidas últimamente y nos había descubierto que aún conservaba libros de Balzac, Zola y otros clásicos franceses.

Cuando llegué me sonrió, me pidió otra cerveza y pasó a sentarnos en una mesa algo apartada.

–Estaréis sorprendidas de verme aquí pero quiero decir algo. Necesito que apaguéis los móviles y cualquier aparato que pudiera grabarme.

Lo hicimos.

–Ahora debo confesaros la verdad. Es cierto que nos gusta la Literatura pero tampoco tanto como para ser nuestro único nexo de unión. Os voy a contar algo. Si no os gusta lo que os diga no quiero que lo volváis a mencionar. Lo olvidáis y yo negaré haberlo dicho si lo repetís. La gente de aquí puede estar un máximo de tres días por lo que no tendréis testigos. Y el camarero ya sabe lo que hago por lo que respaldará mi versión.

Y así comenzó su confesión. Nos contó que su grupo no se reunía simplemente para hablar sino para resistir, para detener una conspiración, un golpe de estado incruento que se larvaba entre los altos cargos de la Unión Europea y de los centros de poder mundial y que iba tomando nuestro mundo y, sobre todo, nuestras mentes, de una forma tan sibilina y pacífica que

apenas éramos conscientes de ello. Fueron un grupo de altos cargos europeos, de aquellos especímenes raros que tenían carreras de letras y conservaban sus amarillentos libros en cajas de cartón, los que se habían dado cuenta de los movimientos.

—¿Habéis visto, por poner solo un ejemplo, la nueva directiva de la Comisión? Han pedido que para superar la crisis los hombres deben renunciar a las bajas por paternidad -nos explicó enseñándonos información de su i-pod.

—Bueno, en España eso siempre fue normal, tuvimos una ley que les daba dos semanas pero eso terminó pronto. Lo que es curioso es que amplíen la baja de maternidad. Lo normal sería que también quisieran que las mujeres lucháramos contra la crisis. Supongo que se debe a la presión de las eurodiputadas -le comenté yo, ingenua de mí.

—¿Presión? ¿Qué presión? Si cada vez hay menos eurodiputadas en la cámara. Desde que decidieron que las cuotas eran discriminatorias la mayoría de las listas las forman hombres. ¿No te das cuentas de adónde quieren llegar? ¿Qué mejor excusa para un jefe que no contratar a una mujer por miedo a las largas bajas? En cambio un hombre no puede cogerlas, trabajará lo que sea necesario, hasta las 60 horas legales.

Así, Kristof nos fue abriendo los ojos. Como esas, miles de directivas y recomendaciones que pasaban desapercibidas para el gran público, ocupado en eventos deportivos o en ver Gran Hermano, iban cambiando el panorama que la gente con cierta edad como yo habíamos conocido de jóvenes.

Primero fue el copago en sanidad, para llegar a la privatización con la excusa de que las ganancias fomentaría el empleo, aunque lo cierto es que las privatizaciones siempre iban acompañadas de un buen Expediente Regulador de Empleo (E.R.E.). A la Sanidad le siguió la Educación. Es cierto que quedaban escuelas públicas, pero masificadas y sin apenas profesores, ya que cuando estos causaban baja no se les sustituía con la excusa de la falta de recursos.

Después fueron los Medios. Comenzaron las fusiones y todo quedó en manos de un español, para orgullo de mis compatriotas, que había dirigido con anterioridad una rentable cadena comercial en España y que gustaba de suprimir telediarios o llenarlos de publicidad.

A los medios les siguieron los libros. Un estudio relacionó la edición de libros con el cambio climático, ya que necesitaban ingentes cantidades de papel y por tanto acababan con los bosques. Así, las bibliotecas fueron abandonadas, las librerías cerradas y nos pasamos al E-book o libro electrónico. Lo que

nadie preveía era el virus que alguien lanzó y que acabó con gran parte de las obras de grandes autores. Afortunadamente, yo no había prescindido de mi biblioteca en la mudanza, y guardaba unos ejemplares para mi hija Irene, que ahora estaban en manos de Kristof y su proyecto.

Finalmente, como ya he dicho nos llegó el turno a nosotras. Todas las ventajas que nos dieron se volvieron contra nosotras. Teníamos tantos permisos y los hombres tan pocos que nadie quería contratarnos. Además, una serie de teorías contra las guarderías, las niñeras, los potitos, etc, hicieron que aquello que nos hacía la vida más fácil desapareciera en pos de un beneficio mayor e intangible como era el bienestar de nuestros hijos con esta nueva moda y de la naturaleza, al desaparecer elementos desechables. Pero el precio para nosotras había sido muy caro. Cada vez trabajábamos menos a no ser que optáramos por no tener hijos, pero como esto no lo podíamos probar era difícil acceder al mercado laboral.

Así que Kristof nos hizo abrir los ojos y a la vez nos dio una salida.

—Nos hemos dividido en dos grupos. Uno luchará desde dentro y otro lo hará desde fuera. Los de dentro simularemos no enterarnos de nada. Seguiremos en nuestros puestos y recogeremos toda la información necesaria, a la vez que

haremos lo posible para cortarles el camino. Ya lo hicimos cuando trataron de imponernos las setenta horas ¿recordáis? Al final pudieron ponernos sesenta pero, al fin y al cabo, logramos una moratoria y luego una reducción.

– ¿Y el otro grupo?

– Sabéis que la Unión Europea tiene algunos territorios de ultramar. Las antiguas islas polinésicas e índicas francesas, algunos islotes británicos como Santa Helena o Tristan da Cunha...

Tristan da Cunha. Ese nombre siempre me hacía soñar. De pequeña había leído un libro sobre ese inhóspito paisaje volcánico en medio del Atlántico Sur con apenas un centenar de habitantes y una fábrica de conservas de langosta. Y ahora aquel sueño tomaba una realidad extraña. Pero el hecho de que Kristof la mencionará me hizo decidir a su favor y creerle.

– Pues bien, son territorios lejanos pero pertenecientes a la UE, así que con la excusa de acuerdos bilaterales, reuniones y otros asuntos estamos creando una red internacional de resistencia a través de ellas. Lo primero que hicimos fue enviar nuestros libros, por eso estábamos tan sedientos de ellos cuando os conocimos. Hemos creado escuelas clandestinas donde se enseña literatura, historia, redacción, y no sólo informática y economía. Tenemos internet pero

afortunadamente no recibimos señales de las grandes televisiones. Hemos creado una prensa clandestina que repartimos a través de la red a personas seleccionadas. A veces enviamos mensajes en clave. De lo que se trata es de bloquear el acceso a nuevos cargos de los M.E.R.C.A.D.O.S., dificultar sus leyes y quizá algún día sacar a la gente a la calle. Pero eso será cuando nuestros medios y libros lleguen a más personas. Desgraciadamente, en la actualidad son pocos los europeos dispuestos a salir a protestar.

— ¿Y qué haríamos nosotras?

— Formar parte de uno de los grupos. Cuando los M.E.R.C.A.D.O.S ya estén aquí se os hará una llamada. Deberéis elegir entre quedaros o marchar. Para Sylvia, como eres soltera, habíamos pensado que podrías servirnos mejor aquí -ahora se volvió hacia mí-. Para ti tenemos otro plan. Tú tienes familia, Juan es un manitas y se le da bien la informática, podría sernos útil en ultramar donde no tenemos mucha infraestructura. Y sobre todo, tienes una hija, es el futuro, queremos educar a los jóvenes de otra manera, para que un día estén dispuestos a tomar el relevo o a cambiar un mundo que nosotros no supimos conservar. Pero la decisión final será vuestra.

Y ese día, o más bien, esa noche, había llegado. Partiría con mi familia, se acabaría la tranquilidad a final de mes, pero

volvería a recuperar sonidos de la naturaleza, el tacto de los libros, el murmullo y no los gritos de una conversación en que pelear, discutir y denigrar al otro no fuera necesario. Un mundo en el que mi hija no se viera obligada a competir para conseguir un sueldo, una casa o una familia.

Así que desperté a Juan y a Irene y nos fuimos en medio de la oscuridad. Viajaríamos en coche hasta el puerto de Ostende. Allí algún barco clandestino, pues con la excusa del terrorismo los cielos estaban demasiado vigilados, nos llevaría a destino. Divisamos la Grand Place. La miré con nostalgia. Sabía que algunos de sus edificios iban a desaparecer para dar paso a bloques de apartamentos. La especulación inmobiliaria que ya había acabado con las costas mediterráneas había llegado ahora a los centros históricos europeos. Ojalá nos diera tiempo a detener aquella locura. Ojalá mi hija viera algún día un poco del mundo que yo había conocido hacía ya muchos, muchos años. Ojalá hace unos años nadie nos hubiera convencido de que salvar la economía era más importante que conservar nuestra dignidad.



# *Miércoles cocina*

M<sup>a</sup> Carmen Arbiol Agustí

## **1. Vichisoise. Manuel**

### INGREDIENTES

- 3 puerros, sólo la parte blanca
- 3 patatas
- Un chorrito de aceite de oliva
- Nata o quesitos light

**N**o las tenía todas conmigo y, como siempre, comenzaba a dudar. No sabía si había hecho bien en venir. De mi mano colgaba la bolsa del súper con un delantal algo ridículo. Lo había cogido de un cajón de la cocina de mi madre, y suponía que no lo iba a echar de menos. Ella no se ponía nunca delantal, total para abrir tres latas o poner en la olla un hervido.

Se había quedado contenta, claro que ignoraba donde me había ido realmente. A mi madre no le caía muy bien Julia, su inquilina, pero yo la adoraba. Cada vez que me la encontraba

por la escalera me regalaba una sonrisa sincera, ¡y me había invitado a venir!

Allí fuera ya me empezaba a sudar la mano que sostenía la bolsa. Lo mejor sería volver y contar que Carlos no había podido acudir a jugar al pádel, aunque tuviera que aguantar una vez más los reproches de mi madre, el decirme que con razón me había dejado la zorra de mi mujer, con mi falta de carácter, las palabras que ya no se me clavaban, sólo me rozaban y me auguraban la paz cuando ella, por fin, se callaba.

El corazón me empezó a latir con fuerza cuando una sombra se acercó hasta mí.

—Pasa hombre, porque tú debes de ser Manuel, no vemos muchos hombres por aquí, pero me ha avisado Julia que ibas a venir.

—Eeehh, sí soy yo, -respondí- pero no sé si voy a poderme quedar...

—Pasa hombre, que las chicas ya te están esperando.

Lo que faltaba, ¡un cura! y las chicas, ¿cuantas serían? ¿No habría ningún macho ejem machito... como yo?

Por un pasillo no muy largo pintado en un dulzón color vainilla manoseado llegamos a una sala algo destartada, o así me pareció en aquel minuto cero.

Había varias sillas de paleta, algunas la habían perdido y amenazaban con un peligroso muñón. También había sillas de aquí y de allá tapizadas, de rejilla rota, de plástico descolorido... Al frente unas mesas de comedor de railite con restos de pinturas infantiles y encima de ellas un microondas, un robot de cocina y unos hornillos eléctricos. Todo aquello se enchufaba en una toma múltiple de corriente que parecía igual de recalentada que mis mejillas.

Cinco pares de ojos estaban fijos en mí. Hubiera metido la cabeza en el microondas y comprobé en un microsegundo que la posición del único ser de mi sexo, me impedía deshacer el pasillo hasta la puerta y huir... Al volver la cabeza, unos ojos color miel me transmitieron la paz que necesitaba y su voz dulce y un tanto aniñada, como ninguna otra voz de mujer que había escuchado, me tranquilizó:

—Chicas, como ya os había contado, Manuel es nuestra nueva incorporación al grupo de mujeres de los miércoles. Os prometo que nos vamos a sentir igual de cómodas con él, nada va a cambiar.

¿Cómodas, cambiar? Sólo entonces fijé la mirada en aquellas mujeres que me respondieron con dureza, odio o simpatía, no lo sé, porque mis ojos abiertos no veían, sólo podían sentir el cariño de Julia.

— ¡Toma asiento por favor!

Un tono impaciente en su voz me indicó que quizá no era la primera vez que me decía aquello, e intentando hacerme todavía más pequeño en mi silla vi como mi único compañero desaparecía cerrando tras de sí la puerta. Resignado volví a rumiar la idea de meter la cabeza en el microondas, pero claro, para ello tenía que cortármela primero...

Julia siguió con la clase, y, aunque no me había criado entre masas y fogones, recordé con nostalgia cómo mi ex suegro hacía la paella los domingos, o, quizás lo que recordaba era el tomarme una cerveza con él y que me comentara cómo iban las cosas en el Valencia CF, en su empresa, en España o en el mundo en general. Lo cierto es que cuando falleció mi domingo se quedó huérfano de charraeta y de paella.

— Mirad, -estaba diciendo Julia- de los puerros sólo vamos a usar la parte blanca, tenemos que cortarlos así, con un corte transversal en forma de cruz, y limpiando todas las hojas con agua para que no quede nada de tierra.

—¡Marta! -giró la cabeza- ¿cómo me has pelado estas patatas? las veo llenas de pecas y lo he dicho unas cuantas veces ya, las patatas no han de estar manchadas ni nosotras tampoco por eso lo primero que hay que hacer al meterse en la cocina es...

—¡Lavarnos las manos! -respondió un coro de burlonas chicas ante mi cara de ¡Señor donde me he metido!

—Sí, contestó dulcemente, y lavándonos las manos nos quitamos los restos del cretino del jefe, de la víbora de nuestra compañera de trabajo...

—¿Y yo? -Preguntó una chica.

—Tú sabrás lo que te tienes que quitar de encima antes de meterte a cocinar.

Luego supe que no había forma de encontrar un empleo para la propietaria de aquella voz.

—Supongo que la última negativa a darme trabajo.

—Y yo me lavaré el último reproche de mi marido, dijo otra con pinta de apocada.

—Nena -replicó Julia con energía- es que con este plato ningún marido va a llegar a casa tarde, estarán deseando

comerse esta delicia para después empezar a comeros a vosotras...

Intuía que las palabras de Julia sólo eran un montón de buenas intenciones, pero actuaban en ellas como un bálsamo, como una crema que les atenuaba las arrugas del alma y las dejaba nuevas y reconfortadas.

—Ya tenemos veinte minutos hirviendo las patatas con los puerros y ahora mirad, las pinchamos con un tenedor para comprobar que están en su punto. Sólo nos queda retirar el agua de cocerlas menos un poquito, triturar con la batidora y tú Manuel abre la nata y pruébalo de sal.

De segundo preparamos un solomillo de cerdo con bacon y una salsita con cebolla que me pareció deliciosa. Mi paladar se había vuelto tan fino desde que volví a vivir con mi madre que podía distinguir la marca de la bechamel o del brick de caldo de la abuela.

—Y ahora, -continuó Julia- viene lo fundamental: ¡fuera delantal, soltaros el pelo -Julia era intransigente con los cabellos en la cocina y obligaba a las chicas a llevar coleta o bien un gorro recogiendo la melena- pintaros, poneros algo de perfume, no hay nada peor que una mujer oliendo a cebolla frita! Y poneros el sujetador más bonito que tengáis, debajo del suéter. Una mujer bonita por dentro se siente bonita por fuera,

y sonreír, no dejéis de sonreír. Manuel, tú cariño ponte unos slips limpios y cómodos y ya está.

La carcajada general no hizo que me sintiera peor. Había conseguido estar cómodo y a gusto.

—Sonia, parece que vas a escupirme, pero no nos ponemos guapas para nadie, si no por nosotras. Ya sé que no tienes arreglo fijo en casa, yo tampoco, pero te miras al espejo, te sonríes y te dices lo mona que estás antes de empezar a cenar.

Siguió una cena de lo más animada, con aquellas mujeres sin cesar de parlotear. Yo me sentía a gusto. A pesar de lo que me colgaba entre las piernas estaba más cerca de ellas que de muchos compañeros de trabajo, o de mi madre, pero no pude despegar los labios ni aportar nada, excepto cuando me preguntaban abiertamente y doy fe que no se cortaban ni un pelo ni en preguntar, ni en hacerme comentarios.

Julia me despidió enjuagando mis miedos. No me dijo: — No vuelvas más, con lo animado que has estado no nos perdemos mucho, sino: —Te espero el próximo miércoles -y, sin saber muy bien como, me encontré en la puerta del local social la siguiente semana.

## 2. Suquet de Rape. Flora

### INGREDIENTES

- 4 colitas de rape
- Majada de almendra, ajo y perejil
- Pimentón, aceite de oliva, una guindilla
- 4 patatas

Llegué pronto, como siempre, ni siquiera Julia había llegado. Empecé a limpiar las mesas y las sillas y a colocar el enchufe con el alargador para el microondas y el hornillo. Mi semana era siempre igual, sólo me animaba el tener algo que hacer para mí los miércoles por la noche. Los niños ni me decían adiós. Y había conseguido que mi marido solo me dirigiera una profunda mirada de desprecio cuando salía por la puerta dejándoles la cena en la mesa. Yo intentaba derretirla con una mueca que no llegaba a sonrisa, pero que día a día se afianzaba más. Ya lograba salir de casa sin sensación de culpabilidad y mi sonrisa se hacía amplia a medida que me acercaba al centro social.

Yo no sabía cocinar, siempre tuvimos cocinera y servicio en casa, hasta que la crisis llevó a cerrar la empresa familiar de la que tan bien habíamos vivido y a Tomás le hizo emplearse de

conductor de reparto. El señorito no lo llevaba nada bien. No soportaba que le dictaran órdenes y se cebaba conmigo, la mosquita muerta que le esperaba con cara de cansancio y las canas por repasar.

Desde que el trabajador social me había indicado que fuera al grupo me esforzaba cada semana en preparar en casa la receta aprendida.

Normalmente mi marido despreciaba la comida que le ponía: –Esto sabe a demonios, ¿Dónde está la sal? Yo apretaba los labios. Pero esa semana le había mantenido la mirada y me atreví incluso a defender aquel engrudo que pretendía pasar por vichisoise.

Julia me sorprendió sonriendo pensando en cómo dejó el plato de carne, que me salió buenísima, y que aquel grandullón no se había atrevido a criticar. Y en los postres... Me preguntó qué tal la semana...

–Como siempre, -le conté sin mucho entusiasmo-  
tendiendo calzoncillos, peleando con los chicos, peleando con Tomás...

–¿Hiciste las recetas? Me interrumpió.

–Bueno, la sopa...

– ¿Qué sopa mujer?, no la degrades se llama vichisoise y es un plato de categoría internacional.

– ¿Internacional? pues bueno, me salió un tanto espesa y olvidé ponerle la sal, Tomás me volvió a decir que no valgo para nada...

– ¿Y qué hiciste? – me preguntó.

– Me quedé mirándolo y le dije que la sopa estaba muy rica, aunque no era verdad.

– Muy bien, eso basta. No dejes que nadie te humille. Julia siempre nos decía frases así, pero en ocasiones no la llegaba a entender. Le conté que mi venganza fue el segundo. Me pidió pan y se mojó la salsita, ni me miró ni me dijo nada pero sólo con su silencio me bastó. Llevaba el sujetador que me dijiste y bueno... me buscó por la noche, aunque yo ya me lo había quitado e iba con mi pijama del mercadito...

– ¿Ves? -me sonreía Julia- tú te sentías guapa y eso te hacía estar guapa.

No sabía como lo hacía, pero Julia me conseguía transmitir la seguridad en mí misma que tanto me faltaba. Asentí con timidez. Ya se había incorporado Manuel al grupo. Aunque el

pobre no molestaba mucho porque no hablaba, su presencia me causaba cierta inquietud.

—¿Qué tal Manuel? Bienvenido, -le dijo Julia, y siguió- hoy prepararemos un all i pebre de rape de plato único. He encontrado unas colitas de rape congeladas super bien de precio y este plato nos va a salir de restaurante de cinco tenedores.

Ya habían llegado las demás. La deslenguada de Rosa había soltado una de sus animaladas a Manuel que aunque rojo de nuevo, se había reído porque lo consideró como una broma entre amigos.

Él peló las patatas, sin dejar pecas, en la bolsa de la basura quedaron en un momento las pieles y las manchas de aquella semana insulsa de su vida y, liberado, las partió como indicaba Julia, un trozo cortadas y el resto arrancadas, para que cuando estén con el caldo puedan soltar el almidón y trabarlos.

—Las personas -contaba- somos como las patatas así cortadas, por muy lisas que queramos ser, por mucho que nos empeñemos en que nos resbale todo, siempre tenemos una parte rugosita que se impregna de los sabores, de los

sentimientos, de lo que necesitan los demás... y quedamos trabados, aunque queramos que no nos afecten las cosas. El rape es un pescado feo de apariencia pero que está tan rico como si comiéramos marisco, y puede que hasta sea un poco afrodisíaco.

—Pues lo que le falta a mi padre, ahora le ha dado por desnudarse y recorrer la casa con las vergüenzas al aire con el frío que hace... dijo Rosa.

—Qué bien huele, no creo que nadie se resista a un guiso así. Dije pensando en Tomás.

La cena fue animada. Contamos cómo nos había ido con la realización de la receta de la semana anterior.

Todas nos reímos con Manuel, no parecía el mismo de la semana anterior cuando contó cómo su madre le había llamado maricón cuando se puso el delantal y es que en verdad estaba gracioso con un modelo escapulario de los años 70 atado con unos lacitos a los lados ciñéndole su barriguita.

Luego le dijo que la de gallina blanca estaba mucho mejor y que menuda manera de perder el tiempo.

—¿Y qué hiciste? -Julia siempre estaba pendiente de los efectos de sus enseñanzas, como si en vez de hacer comida

hiciéramos pócimas mágicas capaces de transformar a las personas.

— Le contesté que la niña tomaba demasiados conservantes y que iba a cambiar algunas cosas en casa. Por la noche hice tortilla de patatas pero se me quemó. Recorté lo quemado y mi hija me dijo que estaba buenísima. Para mi ha sido lo mejor de la semana, comer un bocata de tortilla de patatas y jamón en el comedor viendo una peli de Disney.

— ¿Y tu madre? Le preguntó mordazmente Rosa.

— Había salido con las amigas, dijo tímidamente él.

Menudo calzonazos pensé, no me imaginaba a mi Tomás comiendo tortilla quemada viendo Disney, aunque conforme andaban ya las hormonas de los niños no me extrañaría que se vieran los cuatro una porno.

Aplaudimos a Manuel que había venido cargado con una caja de bombones y se sonrojó una vez más, aunque quizá nunca había dejado de estar sonrojado, no me fijé.

Me fui contenta con una bolsita de rapés congelados que Julia nos había comprado a cada uno. Siempre eran ingredientes sencillos y baratos. Luego me enteré que ella sufragaba la mayor parte de los gastos de su propio bolsillo,

ya que no daba para más la asignación que de Cáritas daban al grupo de cocina.

Tomás, te vas a enterar, pensé...

### 3. Natillas. Rosa

#### INGREDIENTES

- 3 yemas
- 2 cucharadas rasas de Maizena
- 200 grs. de azúcar
- ½ l. de leche
- Una corteza de limón y canela para adornar

**E**l dolor de espalda me estaba matando. Mi padre estaba bravo toda la semana y, aunque llevaba unos pequeños auriculares con música, no me sacaba de la cabeza aquella cantinela que repetía sin cesar mirándome con sus ojos vacíos de muñeca de porcelana. Puta, puta, puta, puta, puta. No sabía cuantas veces lo podía llegar a decir por segundo, puta, puta, puta, puta, puta, seguía una hora o más.

A veces lo despertaba por la mañana y me encontraba de nuevo con él. Sólo un segundo o dos, sus ojos se posaban en

mí y me decía. –gracias y, entonces, creía descubrir algún resto de lo que fue mi padre, pero enseguida volvía a repetirme puta, puta, puta, puta, puta o a preguntarme por mi madre y yo a meterme en mi mundo, a preparar curriculums con cada vez menos esperanza y a intentar pasar otra semana a costa de la pensión de él.

Por eso me sentía culpable de haberme comprado aquel pijama de seda aunque fuera rebajado. Me acostaba con él como si lo hiciera con el más guapo de los galanes de cine y me dormía tranquila sin acordarme que a las pocas horas oiría su voz anunciándome un fuego imaginario, llorando, llamando a su madre o llamándome puuuuta puta puta puta puta.

No me gustaba especialmente ir a reunirme con aquel conjunto extraño de personas (con Manuel el grupo de mujeres era aún más patético) pero Julia tenía un magnetismo que me hacía volver cada miércoles y además, no tenía nada mejor que hacer.

Cuando llegué ya estaban allí todos. La jefa, la figa molla con tres hijos, el pelele, la retrasada mental y yo, faltaba el cura... menuda pinta tenía la reunión.

Julia ya estaba con sus historias:

– Las natillas se hacen a 85° no tienen que llegar a hervir, sólo espesar poco a poco, sin dejar de remover, con cariño. La temperatura de las natillas es buena para la vida. Si somos de sangre fría como los lagartos y no llegamos a los 85°, no cuaja el tema, como con las natillas, pero lo malo es si nos pasamos y llegamos a hervir, si nos entregamos más de la cuenta corremos el peligro de quemarnos, de churrascarnos demasiado.

– Sí, como el dicho -interrumpía alguien- el que más puso es el que más perdió.

Me quemaba dentro lo que me había pasado esa semana, pero no encontraba el momento y eso que me encantaba meterme con los demás, eran presitas fáciles para mí.

Mi turno llegó y le conté a Julia cómo la odié cuando nos contó que las personas solas éramos miserables. Nos dijiste que nadie está solo si llama a sus amigos y les invita a cenar, les cuenta que ha cocinado para ellos. Y yo pensé que ni tenía amigos que invitar, ni dinero y mi casa no es lugar para llevar a nadie.

– Mujer, me interrumpió ella un tanto incómoda, me refería a las personas con familia que se quejan de estar solas y en el fondo son unas tacañas que nunca se pagan nada, pudiendo...

—Pues bien, -proseguí- esta semana me encontré con una amiga del colegio y me lancé a la piscina. La invité a comer... Todavía tenía el arreglo para el suquet que nos regalaste y mi amiga aceptó.

—¿Y tu padre? Preguntó Julia.

—Se lo llevé a mi tía, que me ayuda con él muchas veces, aunque pronto ya no voy a poder contar con ella porque le da miedo, está cada vez peor y cree que le puede hacer daño. Les conté que pasamos la tarde recordando a las monjas del colegio, cuando nos escondíamos a fumar, cuando nos pintábamos en mi casa para ir al pub... en fin mil cosas. —Ella está muy bien casada y tiene dos niñas de esas rubias con lazo tipo ensaimada, pero me ha dicho que volveremos a quedar.

Todos me miraban y la mirada de Julia se transformaba cuando le contábamos cosas así de nosotros, tanto buenas como malas, ella era así.

—¡Por Dios! Qué buenas, me encanta la galleta así blandita y el sabor a canela. Ummmmm! Pienso hacerlas, cariño, pero tú tendrás la culpa si no encuentro marido porque se me enquistan las natillas en el cucu.

—Ya sabes: hazlas con leche desnatada y sacarina líquida.

– Eres una redicha Julia, pareces Marisoluciones... le dije agotada.

– A veeer dijo chillando ¿Algún problema más chicas?

Y entre risas, y el ruido que hacían las sillas al ser arrastradas por el suelo, acabó la clase.

#### **4. Tarta de limón. Julia**

##### INGREDIENTES

- 1 paquete de magdalenas
- 3 huevos, las claras a punto de nieve
- 10 cucharadas de azúcar
- El zumo de dos limones y la ralladura de uno de ellos
- 2 vasos de leche
- 2 cucharadas de Maizena

**P**ocas veces me costaba ponerme en marcha después del café del miércoles. Sabía las recetas que iba a preparar ese día y tenía la compra medio hecha. Tenía pensados los trucos, incluso algunas bromas y si quería incidir en algún aspecto de la vida en particular. Pero desde el lunes todo estaba del revés.

Cuando me comprometí a llevar aquel grupo de mujeres sin saber si podría con aquellas chicas que mandaban los servicios sociales, no sabía cuanto iba a recibir a cambio, ni que me alimentaría de sus logros.

Las mujeres (y el agregado) habían notado que algo andaba mal, aunque me esforzara en sonreír. Intentaba ver el vaso medio lleno, pero desde el lunes me costaba llevar mis propios consejos a la práctica. Escuchaba sus bromas y notaba que mi aplomo caía y mi vida parecía tan blandita como aquellas claras de huevo.

—El merengue -les decía- es una creación, un ejercicio de paciencia. En la vida no podemos abandonar a mitad, cuando están las claras aún blandas y nos preguntamos si lograremos algo. Como con el merengue, hay que tener constancia, seguir batiendo con cariño, seguir batiendo y al final la prueba de oro. Poner el bol del revés en la cabeza a alguien para ver si ya está hecho. Si nuestras convicciones son firmes y seguras, si tenemos los cimientos bien asentados, no se desmoronarán al ponerse boca abajo, como pasa con el merengue... y con la vida algunas veces.

Montamos la tarta, las magdalenas a rodajas en la parte de bajo, luego la crema, que había quedado fantástica y por último el merengue.

— ¡Hija un poco más de gracia, que parece que estés dando yeso a una pared!, -tuve que chillarle a Sonia.

Les oía parlotear, ya no hacía falta preguntarles nada, ni buscar en la comida la excusa para llegar a ellas. Si seguían así tendría que poner un turno, como en la carnicería.

Manuel tenía a su hija encantada con las natillas, su madre no las probó por no engordar, pero para él fue bastante. Rosa seguía quedando con su amiga la pija, Flora sonreía más y a Cristina, por fin, le habían llamado para una segunda entrevista...

— Julia, -se atrevió por fin a preguntar Manuel- ¿Qué te pasa?

— ¿A mí?

— Si, no estás aquí ¿Qué pasa?

Se suponía que yo estaba allí para hablar del punto de cocción, del valor nutricional, para enseñar a transformar unos garbanzos en un potaje, pero en toda la semana no había podido hablar con nadie. Mi padre sólo había dicho que no había avanzado nada, que me seguían engañando, que no podía seguir así...

– Bueno, -dije al fin- me llamó mi ex el lunes. Por fin hay un comprador para nuestro piso y el viernes he de estar en Madrid para firmar, además esta tarta era su preferida, patético ¿no?

– Pero eso está bien ¿no? Además estrenarás el AVE.

– Pues, no hija, voy en Auto-res, y salgo bien temprano, el AVE cuesta una fortuna. No pude más y me vacié, como el bol de merengue que ya estaba en el desvencijado fregadero.

– Supongo que siento... que ya no me quedará nada si quiero volver, sólo mis padres. Salí de Madrid cuando mi marido se lió con la Barbie-rubia dejándolo todo. Quería poner tierra de por medio y cogí la primera vacante que vi, aquí, en Valencia. Fueron semanas difíciles, queriendo olvidar y con el picha floja dando por saco, llamándome llorando cada dos por tres. Ahora, por fin, voy a poner un punto final y lejos de estar tranquila siento... no sé, que se me remueve todo el pasado.

– Tranquila Julia, si quieres puedo acompañarte -dijo Rosa.

– Gracias, -dije mucho más tranquila. – Iré con mi padre, pero no sé que pasará cuando le vea, no sé si vendrá con la guarra a firmar... ¿Quién va a partir la tarta? Ya sabéis como me gusta que se haga ¡cuidado! Que no quede desastrada la presentación al poner la ración en el plato...

## 5. Solomillo de ternera con foie y reducción de Px. Grupo de los miércoles.

### INGREDIENTES

- Dos medallones de solomillo de ternera gorditos
- Foie en bloc
- Sal maldon
- PX (vino dulce de uvas pasas de la variedad de Pedro Ximénez)
- Azúcar
- Mermelada de cebolla

— ¿Y esto?

Todos estaban sorprendidos del despliegue de medios que salía de las bolsas.

— ¡Solomillo! Exclamó Flora. ¡Debe de valer una fortuna! En algún tiempo me lo guardaban en la carnicería...

— Ya, -replicó Julia- pero por una vez... además, tenemos algo que celebrar, y el dinero, ya sabéis lo que pienso, al final entre lo que se debía y lo que hemos rebajado el piso, no me ha quedado casi nada.

— Cuenta ¿cómo fue? -Preguntó interesada Cristina.

Me creí morir, me temblaba la mano al intentar firmar, no podía, me faltaba el aire, y no sé si Manuel tendría algo que ver...

— ¿Yooo? Contestó Manuel todo rojo.

— Bueno -continuó- me puse tu regalo. Pensé que me daría seguridad, y fue... ¡como llevar un dedo metido en el culo todo el rato!, como no estoy acostumbrada a llevar tanga, eso, y que lo llevaba incrustado en la carne porque no me acertaste la talla...

Preocupada por el granate exagerado que estaba adquiriendo la cara de Manuel le tranquilizó:

— Manuel fue un detallazo, y estuvo genial por tu parte... sobre todo cuando salí de la Notaría, entré en el Corte Ingles, y

pude, por fin, quitármelo y ponerme unas bragas nuevas, ¡bendito algodón 100%!

Todos se reían y Julia ya no podía dejar de hablar, y eso que el trabajador social le dijo, que la mayoría de veces sólo tendría que escuchar.

—Sabía que no me ibais a fallar y en el autobús de vuelta ya empecé a preparar el menú para hoy. Cada ingrediente me hacía tenerlo todo más claro: cebolla para tener excusas si me daba por llorar... ¡pero en dulce! una mermelada para aliviar mi alma. El solomillo porque es la mejor pieza y eso es lo que nos merecemos, lo mejor, y el foie porque me encanta y punto, y como nunca lo compro por la mierda de presupuesto que tenemos...

—¡Has comprado cava! valenciano, por supuesto.

—Hoy no va a faltar de nada! Respondió Julia y siguió:

—La plancha bien caliente, sellamos la pieza de carne, para que no pierda sus jugos, la reservamos mientras desvenamos el foie.

—¡Pero qué asco! Exclamó Rosa, ¡eso es hígado! y a mí no me pongas la carne nada roja que me muero.

—No tienes ni idea, pero para gustos los colores. Si acaso, en vez de desperdiciar un medallón de solomillo contigo, ¡métete el zapato en la boca! porque tan pasado te va a saber igual...

Después de la expresión de burla de Rosa, siguió dulcemente Julia:

—He pensado que voy a buscar un piso en Valencia. Ahora encontraré algo que esté bien de precio. Con el dinero que me ha quedado del piso y pidiendo una hipoteca, pagaré lo mismo que en alquiler. Echar raíces...

—Pues a mi madre no le va a hacer nada de gracia... -Era Manuel, pensando en voz alta.

—¡Vete a tomar por el saco! ¡Tú y tu mamá! Y ¿por qué zona lo quieres? -Preguntó una Flora un tanto achispada por el vino.

—Pues... no he pensado mucho, pero quiero algo soleado y con una gran cocina... donde quepa una buena mesa para poderme reunir con los amigos...

**FIN**



# *Ensueños*

Ester Barberá Heredia

**S**e despertó con un gusto amargo en la boca y un tremendo cansancio atravesándole el cuerpo. Todavía somnolienta y sin decidirse a salir de la cama, suspiró *pensando que la única expectativa del día, con capacidad suficiente para darle ánimo y levantarse, era la llamada que Pablo le haría por la tarde. Sí, pero antes me espera un largo día en el despacho y varias rutinas pendientes de ejecución.*

Toda esta serie de elucubraciones concatenadas la llevaron a *rememorar lo rápido que se habían pasado los años de crianza de Pablito y a sentir nostalgia de aquellos días en los que, exhausta y sin fuerzas de tanto lavar pañales y preparar biberones, sólo soñaba con que el tiempo pasara pronto y el niño se hiciera mayor. Otro fraude, se dijo a sí misma, esto de la maternidad, siempre deseando que los bebés crezcan para añorar luego el periodo de total dependencia infantil.* En ese instante, cayó en la cuenta de que era demasiado tarde y todavía tenía que pasar a comprar el pan y recoger unos medicamentos por la farmacia, en el camino al trabajo.

Entró en el cuarto de baño, como hacía casi todos los días nada más levantarse, abrió el grifo sin encender la luz, se lavó las legañas en la oscuridad y sólo tras secarse la cara y pasarse el cepillo por el pelo, le dio al interruptor. La claridad la pilló por sorpresa y automáticamente cerró los ojos y no los abrió hasta que se fue habituando al resplandor que producían las múltiples bombillas situadas bajo el espejo. Antes de alejarse del espacio maldito en el que el haz de luz parecía querer reírse de ella, comprobó que dos nuevas canas, distintas a las que se había quitado el día anterior con las pinzas pero que estaban situadas en un lugar muy próximo, se mostraban espléndidas y desafiantes en medio de una cabellera de pelo oscuro y abundante.

Se fue a la cocina, preparó café, desayunó de pie y cerró la puerta echando las dos vueltas a la llave. En el corto tramo hasta llegar al garaje se percató de algo que ya venía rumiando durante los últimos días pero que, con las prisas y el desinterés por conocer lo que se teme, no le había prestado atención, como lo hacía ahora. Sí, definitivamente tengo un bulto en el pecho derecho que, aunque de momento no molesta, me avisa y parece querer decirme que no tiene intención de alejarse. Una vez más, imaginó que eran cosas de la edad, de esta maldita edad que últimamente pasaba veloz y no traía más que sinsabores.

En el coche, camino a la oficina, se olvidó de su cuerpo y repasó la lista de asuntos que tenía que resolver, sin falta, antes de volver a casa. Sin embargo, al rodear el parque que quedaba cerca de su bloque de viviendas, *le brotaron, de nuevo, escenas del pasado. ¡La de veces que había estado en ese parque con Pablito, arrastrando el carrito primero y más tarde charlando con otras madres y viendo cómo su niño -el más guapo y el más listo- jugaba o se peleaba con otros de su misma o parecida edad! ¡Dios mío, ya han pasado veinte años y ha sido como un suspiro! a pesar de que si hago recuento de las cosas ocurridas, he de confesar que la suma resulta elevada.*

Durante mucho tiempo el crecimiento de su hijo había significado, además de otras muchas cosas, el eje ordenador de su vida. *Primero fue el nacimiento, tan ansiado por ella y celebrado por toda la familia. Luego sus primeros pasos, inestables y necesitados de apoyo al principio y ganando después seguridad y autonomía. Recordaba con nostalgia las noches en casa, con el bebé en sus brazos, mirando su carita sonrosada y viendo la placidez con que se entregaba al abandono del sueño. ¡Qué plenitud sentía entonces. Qué fuerza y seguridad me producía su existencia!*

Por la tarde, de vuelta a casa y todavía al volante, tomó la decisión de pedir hora en el consultorio médico para que le revisaran el bulto del pecho. Nada más cruzar el descansillo, que mediaba entre el ascensor y su vivienda, giró la llave,

abrió la puerta y aspiró la calidez de la estancia y el olor a café, que se mantenía intacto desde la mañana. Sin cambiarse los zapatos, levantó el auricular, marcó el número, pidió cita y se la dieron para dentro de cinco días. Se relajó pensando que ya había cumplido con su deber. Al ponerse en marcha para ir a la cocina a preparar la cena, mientras trataba de meter los pies en las zapatillas de andar por casa, la sobresaltó el ruido del teléfono respondiendo de forma apresurada y con cierta alteración en la voz. Su hijo le preguntó extrañado: ¡mamá, qué te pasa! ¡Ah Pablo, cariño, nada en absoluto, es que acabo de llegar, estaba en las nubes y el sonido de este maldito aparato me ha devuelto a la realidad!

Diez minutos más tarde, al acabar la conversación, *Paula se imaginó a su hijo, joven y atractivo, preparándose para ir a cenar con unos amigos y alguna amiga en especial. A renglón seguido, se interrogó, como solía hacer a menudo en una especie de juego, sobre si preferiría volver a los veinte años, edad que tenía ahora su hijo. Enseguida le asaltó una duda. Antes de decidir si le gustaría o no, tenía que aclarar si se trataba de regresar a su propia juventud y revivir el pasado o, por el contrario, la elección consistía en que ella pudiera tener ahora veinte años y conectarse a Internet o pasar el día chateando, como había oído comentar que hacían los jóvenes de la edad de Pablo. Llegó a la conclusión de que le resultaba difícil reinventarse de nuevo. Le era mucho más gratificante rememorar los años de su juventud, sus lecturas, su paso por la universidad, la vida*

*académica que por aquel entonces se desarrollaba más en el bar de la facultad que en las aulas o la creencia compartida de que las cosas importantes, el amor, la amistad o las ideas, iban a permanecer inalterables a través del tiempo.*

*¡Qué ingenuos éramos y qué cerca creíamos estar de las verdades absolutas! A veces, recordando la utopía juvenil de creer en La Verdad, se la había llegado a imaginar como un objeto físico parecido a una caja de regalo, de color brillante, escondida tras una cortina roja, y a la que sólo algunos privilegiados, entre los que por supuesto ella se encontraba, tenían acceso directo. Se levantó, hizo una mueca indefinida entre la sonrisa y el asombro, y murmuró entre dientes que todo eso eran bobadas. Será mejor y más práctico aparcarlas, cambiarse de ropa, calentar la cena y sentarse cómodamente en el sillón para alcanzar una emoción en diferido con la película de la televisión que empieza a las diez.*

*A medianoche se despertó empapada y con un fuerte dolor de cabeza. Otra vez esos sueños inconexos, sin sentido, que le atormentaban y le producían desazón y angustia. Se veía sola en la playa, completamente desnuda, mojada hasta la cintura y con su ropa seca sobre una piedra lejos de su alcance. Había gente alrededor que la miraba escrutante y parecía reírse de ella, pero nadie se la alcanzaba para que pudiera cubrirse. Con esfuerzo se levantó, se secó el sudor, pulverizó un poco de colonia sobre cuello y*

manos, y se volvió a palpar el bulto que seguía en el mismo sitio, insolente y desafiante. Le costó un buen rato conciliar el sueño otra vez. Cuando creyó que lo acababa de conseguir, un despertador altanero y musical le anunció que ya eran las ocho de la mañana. Miró por la ventana y vio un cielo cubierto de nubes que amenazaban lluvia. En la radio anunciaban fuertes tormentas durante los próximos días. No vendrá mal, pensó, que llueva para aliviar, siquiera un poco, la persistente sequía que venimos padeciendo durante los dos últimos años.

Los días siguientes trascurrieron apacibles y sin sobresaltos. Es verdad que, de tanto en cuanto, Paula quedaba paralizada calculando lo que faltaba para ir al médico, pero los compromisos laborales y las responsabilidades domésticas acaparaban su atención y fácilmente se olvidaba de sus neuras. Sin embargo, aquella mañana se despertó muy temprano. Miró el reloj en la mesita de noche y, al comprobar que todavía faltaba un buen rato para que sonara el despertador y que su ánimo no estaba para reposos, decidió salir de la cama y prepararse un baño. El contacto con el calor del agua le activó la piel volviéndola roja y brillante, como la cara de Pablito cuando lo tenía apretujado en su regazo.

Mientras desayunaba en la terraza, se le ocurrió que podía haber llamado a alguna amiga para que la acompañara. Ir sola puede resultar un poco arriesgado, sobre todo si las

previsiones médicas no son demasiado halagüeñas. Pero, por otro lado, no deseaba conversar sobre trivialidades ni escuchar comentarios del estilo de: “que si fulanita estaba muy asustada, la intervinieron y no fue nada o si menganita había dicho que a estas edades habitualmente los resultados eran benignos”. *Por su cabeza cruzó la idea de que una de las ventajas de vivir en pareja es que, en ocasiones como ésta, puedes tener un brazo protector que te acompañe sin pronunciar palabra, si tú no lo deseas, y un hombro donde poder refugiarte buscando cobijo. Pero, al instante rechazó tal pensamiento dudando: “puede que sí, pero también puede que no”. Las parejas suelen estar muy ocupadas y, con frecuencia, se las arreglan para que sean otros, o mejor otras, quienes te acompañen en estos trances. Al menos eso es lo que suelen comentar quejosas las amigas que llevan años conviviendo con la misma persona: ¡qué no, que no es cierto que por vivir y dormir con un hombre, casi siempre el mismo, eso signifique mayor compañía y menor soledad! Tal vez se trate, se justificó una vez más, de esa tendencia tan humana de idealizar lo que no se tiene y representar las carencias como tesoros inalcanzables.*

Todos los acontecimientos, que se precipitaron en el transcurso del día, fueron sucediendo de acuerdo con el esquema previsto por Paula. Tráfico denso en determinadas zonas, las mismas de siempre durante esas horas. Aparcamiento libre en la calle paralela a la de la consulta; gente anodina y desconocida en el ascensor; amabilidad

estandarizada de la señorita que la recibió en la entrada, vestida con bata blanca, zuecos del mismo color y una larga carrera en la media que cubría su pierna izquierda; y casi dos horas de espera en la sala de recepción. *Es como si la profesionalidad médica adquiriera prestigio en función del aburrimiento de los pacientes antes de ser recibidos. A mayor tiempo se incrementa la creencia de que todo merece la pena porque quien te va a diagnosticar es "una eminencia". Si hay que esperar tanto será porque tiene mucha gente y si la tiene debe ser por su valía profesional.* Y así, sumida en las musarañas, le sorprendió la voz de la misma señorita que le abrió la puerta quien, con un gesto idéntico, la invitó a pasar.

La percepción del tiempo de Paula durante la semana siguiente al día en el que le abrieron ficha, la auscultaron, palparon, mandaron hacer placas, ecografías, mamografías y todo lo demás, se sucedía infinitamente más lenta de lo habitual. En el cuarto de baño tenía un calendario grande en donde anotaba las fechas significativas: cuándo iba a venir Pablo, cuándo esperaba la regla -cosa que ocurría de forma caprichosa durante los últimos meses-, o cuándo tenía alguna cita importante. Desde que se hizo las pruebas, había decidido poner una cruz a cada uno de los números indicativos de un día de la semana hasta llegar a aquél en el que le dijeron que estarían disponibles los resultados. Tenía la costumbre de hacerlo por la noche, al pasar por el baño antes de acostarse.

Durante esos días no tenía ganas de salir ni de quedar con ninguna de sus amistades. Sólo hablaba de lo estrictamente necesario por razones de trabajo y las conversaciones siempre estaban relacionadas con cosas ajenas, nada de sí misma. Sin embargo, su cabeza no paraba de dar vueltas y repasaba, una y otra vez, las etapas destacadas de su vida. *Cada una se la representaba con un color diferente. La infancia era blanca, la pubertad verde, la juventud amarilla. Los primeros años de matrimonio tenían un tono rojo muy intenso, que se iba difuminando poco a poco hasta llegar a convertirse en una pantalla descolorida. No recordaba con exactitud la duración del periodo oscuro, ni siquiera le venían a la memoria escenas concretas. Pero, la piel se le erizaba y le sobrevénia una inmensa tristeza cada vez que pensaba en ello. El color de la etapa siguiente era azul, un azul fuerte, sólido y bien asentado, a pesar de que la tonalidad había ido perdiendo brillo con el paso del tiempo. El momento actual tenía un color indefinido entre el azul y el gris.*

*Sin duda, los dos periodos más gloriosos de su vida, al menos los que se mostraban con mayor esplendor en su memoria, se correspondían con su propia infancia y con la revivida a través de su hijo. De la primera no guardaba recuerdos propiamente dichos, pero sí que conservaba multitud de sensaciones plácidas asociadas a olores y a determinados paisajes, en los que siempre aparecían las amigas con las que había compartido importantes secretos. La presencia de los padres estaba velada pero tenía un peso omnipotente. Más que*

*personas de carne y hueso, representaban el motor que alimentaba su vida. Bueno, la suya, la de sus hermanos, la de sus primos y la de todo su grupo de iguales.*

*A pesar de que podía describir, con todo lujo de detalles, como iba ataviada el día de su primera comunión, incluyendo no sólo el vestido sino también los zapatos, calcetines, guantes, rosario y misal, sin embargo, no conseguía verse a sí misma con entidad propia. Ella formaba parte de ese universo infantil que crecía alejado del mundo adulto, en donde se agrupaban padres, tíos, abuelos y, en general, todas las personas mayores. Ahí sí que la franja que mediaba entre ambos grupos quedaba bien definida en el recuerdo. Los adultos marcaban el camino a seguir, guiaban y protegían. Pero, sobre todo, imponían normas y castigos, por lo que, a menudo, convenía mantenerlos alejados. Los pequeños construíamos un entorno propio y disfrutábamos con lo que se nos permitía y, a lo sumo, nos atrevíamos a traspasar, tímidamente y como en un juego, la barrera de lo prohibido.*

*Por el contrario, los recuerdos de la infancia de su hijo se representaban con gran nitidez. Del día del nacimiento podía revivir todas y cada una de las sensaciones e incluso volvía a emocionarse al traer a la memoria los enormes deseos que tenía de gritar. El sentimiento más intenso se corresponde con el momento en el que le pusieron al niño en el vientre. Era cálido y escurridizo. Tenía miedo de que se le cayera. Otra cosa que le fascinó, desde el inicio, era la multitud de gestos que el bebé generaba en un solo instante. Le costó*

*bastante tiempo acostumbrarse a esa diversidad de expresiones. Al principio no sabía interpretarlas y solía pensar que estaba asustado o que le dolía algo. Poco a poco, se fue habituando a ellas, aunque siempre quedaba atrapada, con la boca abierta, en señal de admiración.*

*Paula atribuía la diferencia entre la borrosidad de los recuerdos de su propia infancia y la claridad durante el estreno de su maternidad, además de al tiempo transcurrido, a las fotos y especialmente a los diarios escritos por ella destacando los progresos del niño. También a la acumulación de cachivaches que había ido guardando como un tesoro bien vigilado: un mechón de pelo, los dientes de leche, el primer chupete. Sólo ella tenía acceso al cofre y a él se dirigía cuando se le nublaban el ánimo. Desde que se separó de su marido, había pasado bastantes ratos llorando con la caja abierta.*

*En los años de su primera juventud, durante la etapa transcurrida en la universidad mientras estudiaba Filosofía y Letras, hubo momentos de gran intensidad. Los primeros escarceos sexuales, la comprobación del poder que desataba el deseo sexual en los hombres o el ímpetu juvenil para tratar de combatir las desigualdades sociales destacan entre los recuerdos más cabales de esa época. A pesar de los innegables avances respecto de periodos anteriores en la búsqueda de identidad propia, todavía permanecía la creencia de que las cosas iban a seguir siendo así eternamente. Los jóvenes estudiantes jugando a ser adultos, pero comportándose como si todo*

*fuera un sueño que al despertar nos devolvería al refugio de la infancia perdida.*

*¿Qué ha significado el amor en mi vida? se cuestiona Paula. No el amor filial ni tampoco el amor materno. Estos sentimientos, distintos entre sí e intensos cada uno de ellos, los conserva bien definidos. El afecto sobre el que ahora se interroga es el que deriva del enamoramiento hacia una persona totalmente ajena a los ancestrales lazos familiares. Si tuviera que describirlo, piensa Paula, en esta ocasión estaría casi de acuerdo con lo que dicen los libros de Psicología. “La pasión amorosa es un estado de la psique que, cuando se instala dentro, lo ocupa todo arrebatando voluntad, capacidad de control y casi, casi la conciencia”. Tal y como supo plasmarlo Santa Teresa de Jesús, nos hace vivir sin vivir en nosotros mismos, pero nos infunde un hechizo y nos aporta una vitalidad que resulta difícil describirla con palabras.*

*En los breves momentos en los que se siente la pasión de verdad, una sería capaz de hacer casi cualquier cosa por mantenerse asida a ella. Pero el efecto dura poco. Y después, ¿qué queda? Bueno, siempre permanece una vivencia compartida, a menudo unos sentimientos confusos en los que se mezclan muchas emociones, sorpresa, alegría, rabia, tristeza que, con el tiempo, van dejando un reflujo de ternura y nostalgia. Sólo, algunas veces, la pasión amorosa consigue transformarse en confianza, camaradería y complicidad, sentimientos estos que permanecen incólumes como los restos de un naufragio. Además, cuando ha habido hijos, ellos constituyen la huella*

*encarnada del fuego inicial sacando a la luz el mejor fruto de aquella unión.*

*Cuando en el repaso le llegó el turno al color azul, transcurridos varios años después de la separación, Paula se sintió complacida. Pensaba en esta fase no como la más dichosa, pero sí como la vivida con mayor serenidad y autonomía. Tras una breve reflexión, la definió como aquélla en la que se sentía más consciente de su sabiduría. Después de muchos años, había conseguido aprender, aunque ahora no podía localizar cuándo ni cómo lo aprendió, qué cosas eran importantes para ella y cuáles no. A las importantes les dedicaba atención y mimos, y de las otras conseguía pasar fácilmente. Sabía quiénes eran sus verdaderas amistades y hasta qué punto podía confiar en cada una de ellas. Reconocía sin dificultad sus cambios de humor y podía confesar el motivo real de sus enojos, aunque no siempre tenía la valentía de compartirlos con alguien.*

El sonido del teléfono rompió el silencio sacando a Paula de sus habituales ensimismamientos. La recepcionista de la consulta le comunicaba que los resultados de su exploración estaban listos. Por una vez, éstos se habían adelantado a la fecha prevista. El doctor la esperaba de inmediato para hablar personalmente con ella. La voz del teléfono, la misma voz de siempre, le recomendaba no acudir sola. Cuatro oídos siempre oyen más que dos y, además, puede ser un apoyo psicológico. Todo esto dicho con un tono frío, neutro, inhumano.

Al acabar de escuchar toda la retahíla de frases hechas, la cara de Paula era pura dinamita. Los ojos le brillaban, los orificios de la nariz los tenía más abiertos que de costumbre y no podía contener los pucheros que involuntariamente se marcaban en su labio superior. ¡Pero, qué me quiere dar a entender con tanta prisa y tanta necesidad de compañía! Desde luego, ninguna de las cábalas que iba haciendo, mientras se movía de un sitio para otro como una autómatas, podía interpretarse como un buen augurio. Se repetía internamente el discurso oído y no conseguía darse un respiro ni pensar en una interpretación favorable.

Todavía temblándole las piernas, se levantó, fue directa a inspeccionar el bolso y comprobó que las llaves del coche estaban dentro. Abrió el armario, sacó el abrigo y, abrazada al bolso y al abrigo, salió de casa. Cuando llegó a la calle, empezaba a oscurecer. Las luces de la noche aparecían esparcidas por todas partes. Había una especie de neblina blanca en el ambiente y mucha niebla oscura en su corazón. Estaba a punto de estallar, los oídos le zumbaban y la cabeza le daba vueltas. Iba a llorar pero, de pronto, comprueba que lo que le salen no son lágrimas sino bilis por la boca. Un sudor frío le atravesó la piel llegándole a las entrañas. Paula nota que empieza a desvanecerse, a perder la conciencia y el sentido de las cosas, de su propio ser.

La despertó su marido abrazándola, secándole el sudor y las lágrimas de la cara. ¡Cariño, qué te pasa! Ha sido una pesadilla, sollozabas sin parar, luego has gritado, me he asustado y por eso he venido a despertarte. Últimamente estás muy estresada, te quedas por la noche trabajando hasta muy tarde. Creo que deberíamos tomar unas vacaciones e irnos unos días de viaje a una playa tranquila, descansar dando largos paseos, tomar el baño y disfrutar de la buena comida.

Sí, sí, pero eso será más adelante. De momento hay que levantarse y empezar a preparar la fiesta. Esta tarde celebramos el cumpleaños de Pablito. Era el único día que podían venir todos sus amigos. Además, está invitada la clase al completo, a él le hacía mucha ilusión. Y todavía no está encargada la tarta, ni comprado el pan para los bocadillos, ni preparados los paquetes con los regalos. ¡Despierta, mi vida, despierta!



# *Victòria*

Rosana Calatayud Vila

— **V**ictòria, estàs millor? Volia telefonar-te, però no trobava el teu número, i per a enviar-te una carta era massa tard, per això m'he decidit a acostar-me pel poble.

— Sí, estic bé, està tot més que superat, simplement patesc per la meua família, que els costarà assimilar-ho un poc més, sobre tot mon pare, que el pobre està major i no té mentalitat per acceptar-ho.

— Però, com vas decidir-te a donar el pas? Ets molt valenta, jo no haguera sigut capaç.

— Al principi era tot bonic, com en un conte de fades, m'estimava molt i jo a ell. Poc després de nàixer la nostra filla, tot va canviar. Va nàixer un any després de casar-nos, va ser meravellós, una filla, era el que més il·lusió ens feia, i en volíem tindre més. Però de cop i volta ell es tornà més aspre, més distant i un poc agressiu, començà a beure, tornava a casa totalment begut amb una olor que donava angoixa, i una

vegada començà aquesta situació ja no va aturar-se. Arribava tard al treball, tard i ebri, i això no estava bé, havia de donar bona impressió. Em tenia molt preocupada, apenes em contestava quan li feia preguntes, i com que sempre anava begut, no tenien sentit les seues respostes, eren sempre estúpides. Però jo seguia a la meua, treballava tot el que podia netejant per les cases del poble, i àdhuc havia vegades que havia d'emportar-me la xiqueta. Em donava molta llàstima, l'havia de deixar al carret mentre jo anava netejant i no podia estar pendent d'ella tot el que hagués volgut. Prompte, quan va tindre els dos anys, la vaig portar a l'escola bressol. Era molt trist que la dona de l'alcalde haguera d'anar netejant cases i cuidant iaïos per a poder viure dignament, ell es gastava tots els diners en beguda i tabac, i a penes quedava alguna cosa per a menjar, a més a més l'al·lèrgia de Mar ens eixia molt cara, tenia al·lèrgia a totes les proteïnes de la vaca, i perquè beguera llet, li n'havia de comprar de soja, que era més cara i al poble no en venien. Havia d'anar a la ciutat més propera a 12 kilòmetres i mig, i... s'havia de pagar una hipoteca. Quan començarem a acumular deutes ell no es preocupà. Era més important alternar i seguir tenint una imatge d'home generós amb els votants. I així anava passant legislatura darrere legislatura, passant de tot el que ocorria a casa. La seua secretària era coneixedora del que passava, es preocupava com jo, i m'ho deia. Estava desesperada, bevia

massa i treballava poc, no l'importava gaire res, però en tot el poble érem les úniques que ho veiem, tots el tenien en un pedestal i l'estimaven. Jo ja no esperava que em prestara cap atenció, però em preocupava que a la seua filla, a Mar, a penes la mirara. La xiqueta anava darrere d'ell quan arribava a casa, volia estar amb son pare, més ell no estava per a ningú, sols per a la beguda i el tabac. Un dia va arribar a les dues del matí. La xiqueta, que ja tenia nou anys, estava dormida. Jo l'esperava al sofà, em tenia preocupada; de cop vaig escoltar la clau al pany, i em vaig tranquil·litzar, sabia que entrava en casa ell, perquè no encertava a posar la clau al pany, i vaig anar a obrir-li. Vaig preguntar-li on havia estat, què havia fet i el per què havia tornat tan tard...

— Bé, perdona'm Carme, no vull avorrir-te amb les meues penes.

— No, Victòria per favor continua, he sigut molt bona amiga teua durant tota la vida, pel simple fet de que ara ja no visca al poble, i ho faça lluny d'ací, això no canviarà.

— M'alegra escoltar-ho, i vols saber com em va contestar, i el que em va dir?

— Clar, ho vull saber tot..., tot el que tu vulgues contar-me...

– Va entrar al menjador, i sense esperar a que li diguera res més, em va dir textualment “calla puta”, a l’hora que em va posar la mà a sobre, em va pegar una bufetada com mai ningú ho havia fet, ni el meu pare, que era militar, un home molt extricte i sever, s’havia atrevit. La galtada va ressonar-me, em vaig quedar seca, i vaig girar-me d’esquena a ell, plorant, i el pitjor de tot és que no va ser l’única, em va pegar una pallissa terrible aquella matinada, em va deixar mig morta al terra del menjador, creia que em matava, jo no patia per mi, sinó per Mar. Per sort des del terra vaig veure com va entrar al nostre dormitori a gitar-se, així que em vaig quedar més tranquil·la, però sense poder alçar-me del terra. Vaig passar-hi la nit, i quan es van fer sobre les huit del matí, vaig ser capaç d’alçar-me i despertar Mar per anar a l’escola. La xiqueta es va esglaiar en veure’m la cara, jo ni tan sols m’havia mirat a l’espill, tenia una galta moradencia, i diversos cops al cos, amb els respectius morats. Li vaig dir que la moradura de la galta dreta de la cara me l’havia feta perquè em vaig dormir al sofà i en alçar-me per a anar al llit, com que estava mig adormida, em vaig pegar contra el marc de la porta. La xiqueta, amb la innocència pròpia de les criatures, s’ho va creure. I no va ser un cas aïllat, ho feia sempre que li venia en gana, jo estava molt desprotegida, no podia dir res a ningú, no em creurien, qui pensaria que el meravellós alcalde del poble, que tothom estima, és un maltractador i un alcòholic? A l’única persona

que ho vaig poder dir va ser al meu germà Jaume, sols li ho digué perquè, com saps, és advocat i pensava que em podria ajudar molt, però en aquells temps es va desentendre, el caràcter i els valors estaven supeditats a donar la imatge d'un ésser superior. Volia dir-li-ho a ma mare, tanmateix no podia, era un tema prohibit, tabú, i si et tocava sofrir-ho t'aguantaves, callaves i tragaves. Va arribar el dia en què no vaig poder més, que em possés la mà a sobre no em preocupava, patia, però res més, el que em preocupava era que li toqués un sol pèl del cap a Mar. Els diumenges anaven amb bicicleta, no tardaven molt a tornar, en mitja hora ja estaven a casa, jo no podia anar, amb les pallisses que em pegava era incapaç de pujar-me a una bicicleta, a més a més, ella se sentia segura amb son pare. Normal, no en sabia res, però jo no suportava l'absència de la meua xiqueta, del que li podia fer. En tornar jo li preguntava com els havia anat, i sempre em deien el mateix, que molt bé. I no crec que Mar em digués cap mentida, ja era majoreta, amb dotze anys era un poc més conscient del que passava, sabia que son pare i jo no estàvem bé, però no sabia el perquè, i jo li ho ocultava el màxim possible; encara que els morats a la cara no els podia amagar, simplement inventar-me que em pegava colps contra mobles o coses similars en netejar, o que era a causa del meu problema de cervicals, que no el tenia. Alguna cosa havia de dir, quan em marejava i queia al terra. La meua mare pense que s'ho imaginava, perquè era a l'única a qui

deixava veure els morats sense maquillatge, però no podíem dir res, seria un escàndol al poble, i inclús a la comarca. Anava aguantant, callada i maquillant-me els morats. Així vaig passar cinc anys més, en silenci i ocultant-ho tot a tots. Pel poble es deien coses, començaren a sospitar que em maltractava, però tenien molt bona impressió d'ell i hi havia molta gent que no s'ho creia. Quan la seua secreterària se'n va assabentar, es va posar del meu costat, em va prestar la seua ajuda, i em va dir que el millor que podia fer era denunciar-lo. Per a mi eixa opció no era possible, doncs en la comissaria tenia molts bons amics, i si ho declarava s'enteraria i la denúncia no seguiria el seu curs, la intervendria, i les conseqüències serien imprevisibles, puix estava amenaçada de mort si deia alguna cosa a la policia. Així que vivia en constant ansietat i por, por per Mar, que ja era tota una dona i m'aterrava la idea, no sols de que li pegara, sinó que es passés amb ella, perquè estava boig i no controlava el que feia, estava sota els efectes de l'alcohol. Les dones del poble més progressistes parlaren amb mi, i intentaren convéncer-me de que el denunciara, però jo tenia clar que no. Quan anava a comprar a la tenda, notava que les més xafarderes parlotejaven a les meues esquenes. Ho sabien, se n'havien assabentat, ja era de domini públic, l'alcalde maltractava la seua dona. Les xafarderes i la majoria de gent del poble sentien llàstima per mi, deien "pobra dona, en tot el que fa i el que treballa i a sobre quan arriba a casa ha

de suportar maltractes, és vergonyós, hauríem de fer alguna cosa al respecte”, i escoltava com una altra li contestava, “nosaltres?, nosaltres no podem fer res, és la dona de l’alcalde, m’agradaria ajudar-la, però és impossible, com en aquestos temps van a separar-se? Això sols passa a països moderns com França o Alemanya.” I sí, tenien tota la raó del món, on anava jo amb una doneta, que en fariem les dues? Jo treballava tot el que podia, inclús més, per intentar estalviar alguna coseta, però ho aconseguia molt poc a poc. Ma mare estava cada vegada més preocupada per mi, i per la seua néta també, però per mi més, ja que a ella no li posava la mà damunt. Anna, la secretària del bèstia del meu home, venia a vore’m moltes vegades i moltes altres em curava les ferides i llessions. Mentre, Mar anava escoltant alguna cosa pel poble, als pobles ja saps, se sap tot, i de seguida suppose que al principi no s’ho volia creure i no em va traure el tema ni un sol dia, es creia les meues excuses sobre els morats. Quan Mar va complir els 18 anys, l’any 1972, li preparàrem amb les seues amigues una festa d’aniversari sorpresa, li va agradar molt, son pare no hi era, no sabíem on estava. Ella ni tan sols m’ho va preguntar, suponc que s’ho imaginava. Va tornar sobre les cinc del matí, i com sempre, fent pudor a alcohol. Em vaig amagar al terrat per por, encara que feia fred dormiria molt més tranquil·la, sabent que Mar dormia a casa de la seua millor amiga. I així anaven passant els dies, amagant-me i amagant-la del seu

progenitor. Recorde que un dimecres, després de sopar, Mar i jo ens vam seure al sofà a veure la televisió, feia una calor sufocant, no corria gens d'aire, per tant vam fer sauna allà assegudes. Em vaig dormir, i una veu greu em va fer obrir els ulls, era ell, estava molt alterat, donava por, a més va aparéixer a fosques i em va sobresaltar. Parlava amb Mar que estava seguda a la meua esquerra. Tot pareixia normal, però va enviar la xiqueta a la seua habitació, amb l'excusa que era tard. Ella va obeir, no entenia molt bé el perquè, ja que al dia següent no havia de fer res, estava de vacances, havia acabat l'institut dues setmanes abans que la resta, perquè eixe any li tocava fer selectivitat i la va aprovar amb un 9,6 de nota mitja, perquè es va esforçar, volia ser arquitecta i en sabia que no li podríem pagar una universitat privada. No va tancar la porta de l'habitació, segurament ho va fer perquè sospitava alguna cosa i, com jo havia vist son pare alterat, estava atenta a la conversa que tenia son pare amb mi. Jo ni li contestava, estava esperant que em pegara, per a variar. Però aquella nit em va fer patir més, no em va posar la mà damunt fins una hora després, més o menys, de gitar-se Mar. No anava molt begut, suponc que ho va fer perquè la xiqueta no se n'adonés. Els cops tardaren en arribar, però ho feren amb una força i una brutalitat molt pitjors d'allò habitual. Em va partir la cella d'una punyada, brollava la sang, mes ell no parava. Quan es va cansar de colpejar-me, va anar a dutxar-se, no com de

costum, que es gitava a dormir. Em va estranyar molt, però com per a dir res..., vaig callar i prou. Em vaig mirar la cara a l'espill, donava por, estava horrible, em costaria tapar-ho molt amb el meu al·liat de molts anys, el maquillatge. Tenia por, marejos i una cella partida en dues, l'única cosa que se'm va ocórrer fou telefonar Anna, necessitava ajuda, i no podia telefonar ma mare, més que res perquè mon pare no ho entendria mai, és més, defendria Gregori, diria que tenia raons en pegar-me, que una dona a d'estar a disposició del seu espós. Anna em va contestar de seguida i en menys de deu minuts la tenia a la porta de casa. Ell encara estava dutxant-se, vaig entrar a les palpentes a l'habitació de Mar, semblava que dormia, vaig forçar la porta perquè no pogués entrar el mala bèstia, i me'n vaig anar amb Anna. Només vore'm es va espantar, tenia marques i ferides per tot el cos. Va anar a sa casa ràpidament, vivia sola, tenia nuvi, però era de Sevilla i sols estava-hi els caps de setmana. Em veure'm la cella amb la llum adequada em digué que necessitava punts. Jo em negava a anar al metge. Finalment com que la sang no parava de brollar vaig accedir a anar-hi, era la primera vegada que anava al metge per alguna pallissa, sentia por que em preguntaren com m'ho havia fet. Però Anna li va contar al metge una mentida fabulosa i molt creïble, i així es quedà, li diguérem a tots els que preguntaven que m'ho havia fet un encaputxat que em va atracar, ja que en eixos mesos al poble havien hagut

diversos robatoris. La nit la vaig passar a casa de la secretària, perquè em volien deixar a l'hospital en observació, però Anna va convèncer el metge per anar-nos-en. A les set i mitja del matí entrava per la porta de casa, el primer que vaig fer va ser anar a veure Mar, no estava a la seua habitació, em vaig agitar molt, perquè no hi ha ni un sol dia per molt tard que fos que se n'anara de casa sense fer-se el lit, i estava desfet. A corre-cuita vaig anar a la nostra habitació, ell tampoc estava. Volia morir-me, no sabia què fer, on els buscava?, perquè clar, el cotxe tampoc estava al garatge, i el que més m'aterrava, què estaria fent-li? No podia telefonar la policia, ni tampoc ma mare, el meu germà estava a Madrid per qüestions de faena, per tant també quedà descartat, sols em va vindre al cap Anna de nou, però ja en tenia prou, havia estat tota la nit sense dormir, preferia no molestar-la. Vaig agafar les claus de casa i vaig començar a córrer com podia, carrer amunt, carrer avall, anava pentinant el poble jo sola. De cop vaig veure el nostre cotxe que anava en direcció cap al cementeri del poble, el d'abans, té'n records d'on estava, al costat d'on vivia la Manganta, Tereseta la Manganta?

—Sí, la que era cosina de Manel el Botonots, no?

—Sí, molt bé, eixa. Doncs anaven baixant pel carrer de la Costera. Sense pensar-ho dues vegades vaig començar a córrer en aquella direcció, amb cura que no em vegés. Anava a una

velocitat baixa, però molt més ràpid que jo arribava a anar en els moments que més corria. De sobte, es va parar en sec al mig del caminal, els veia des de la llunyania, encara que ells a mi no. Mar deuria estar aterrada, quasi tant com jo. I als segons, el cotxe va reprendre el seu camí. Jo continuava al darrere corrents, com que el camí estava per mig de tarongers, i sols hi havia una exida, vaig decidir atallar pel mig de l'hort del tio Rulla, vaig córrer com mai en la meua vida ho havia fet, escoltava el cotxe que amb les rodes xafava les fulles seques del camí. Vaig aconseguir arribar abans que ells al camí, vaig esperar uns minuts, no escoltava el cruixir de les fulles i el cotxe no parava, decidí tornar arrere uns metres més enllà de la piscina municipal, allí estava parat l'automòbil, i el conductor i el copilot... no estaven dins! M'anava apropant poc a poc, perquè no em veieren. Havia de pensar ràpid, com si fos ell, havia de posar-me en la seua ment. Uns instants pensant i se m'ocorregé, estarien al camp de son tio, que feia tan sols deu dies que havia faltat i ja no hi anava ningú, tenia dos filles i ambdues eren professores d'espanyol a l'estranger. L'hort de son tio estava a uns 500 metres cap a dins del camí, vaig començar a córrer en aquella direcció, tenia pànic. Quan vaig arribar-hi vaig veure que la porta de la caseta estava oberta i n'havia algú dins. Estaven al fons, sí, ell havia portat Mar enganyada, li va dir que tenia una sorpresa per a ella, que tenia un cadellet de pastor alemany, doncs Mar en volia un

així. Vaig suposar que no feia molt de temps que hi estaven, perquè vaig veure les seues petjades marcades al fang. Em vaig apropar poc a poc i deduir les seues males intencions, però no podia entrar allí sense més ni menys, amb un crit o una galdada no faria res, necessitava una arma per a defensar-me. Doncs vaig pensar en que a l'hivernacle hauria alguna aixada o algun lligó, a corre-cuita vaig entrar, i vaig rebuscar, però vaig sentir com una punxada al cap i tot se'm feia negre, vaig caure al terra, suponc que va ser perquè no havia fet res d'aquell repòs que m'havia recomanat el metge. Quan vaig tornar a estar conscient em vaig alçar d'un bot. Ja que no tenia temps, ell estava sol amb la meua xiqueta, Déu sap el que podia fer-li, no estava bé del cap, i per a mi la meua salut era una cosa secundària. Amb un lligó a la mà, el més gran que vaig trobar, vaig entrar corrents a la caseta, estava forçant-la, li havia esgarrat la camiseta i li estava desbotonant el pantaló blanc. Sense pensar-ho dues vegades em vaig apropar per darrere d'ell, Mar em va veure, estava aterradíssima, plorant i suplicant son pare que la soltés, ell pareixia que no escoltava res. Li vaig pegar amb totes les meues forces al bescoll i va caure fulminat al terra, el vaig deixar inconscient. Mar es va quedar de pedra, estava en estat de *shok*, no podia creure's el que li havia passat, la vaig vestir i abraçar molt fort a la vegada que la consolava, li donava igual, no importava, perquè no reaccionava, no tornava en si. Però

no ens podíem aturar ni un sol segon més, podia despertar en qualsevol moment, jo li havia pegat amb totes les meues forces, però de segur que no era suficient, i menys tan dèbil com jo estava. Mar era un cos viu, però al mateix moment mort, sense vida, estava buida. I el seu nervi, la seua alegria, la seua espontaneïtat, del seu somriure no en parlem, tot s'havia esfumat, no en quedava res. A rastres me la vaig emportar al cotxe, en apropar-me vaig veure que les claus estaven al pany, per tant podíem fugir amb el cotxe i seria molt més ràpid, la vaig haver de seure en el seient de darrere. En tancar la porta em vaig estremir, quasi em va donar un infart, Gregori venia corrents i cridant, s'havia recuperat més prompte del que creia, el món se'm va caure als peus. Vaig volar fins la porta del conductor, aconseguí entrar dins i posar el segur per a que no poguera obrir de fora, just a temps, estava forçant la porta, però quasi segur que no podria entrar. No m'ho vaig ni plantejar, vaig arrancar el cotxe i vaig fugir. Crec que es va portar un bon colp, perquè vaig arrancar i ell va caure al terra, però com t'imaginaràs m'importava ben poc, com si s'hagués mort allí mateix, tant em feia. Encara no eren ni les nou del matí, parlava a Mar, li contava el primer que se'm passava pel cap, però no reaccionava. Quan vam arribar a les primeres cases del poble, em va balbucejar que havíem d'anar a la comissaria a denunciar-lo, jo li vaig comentar que era inútil, que no serviria de res; però quan va dir que si no la portava jo

a comissaria, aniria ella, vaig canviar de trajecte i m'hi vaig dirigir. No va parlar res més fins que vam arribar a la comissaria, i amb més força i valentia de la que ho haguera fet jo mai, va denunciar-lo. El va denunciar per assejament i per maltractes, i a més a més per maltractament a la seua dona, va escriure, el va denunciar també per mi. L'oficial de guardia no s'ho creia, afirmava que era impossible que Gregori fes una barbaritat com eixa. En acabar vam eixir pitant, a casa de ma mare, no pensava tornar a casa, eixe bèstia podia matar-nos allí dintre sense que ningú se n'adonés. Ma mare no va fer cap pregunta, ens obrí la porta i, en veure'ns, ens va fer passar corrents. L'hora que era, mon pare ja no estava en casa, estava al bar de la plaça, com feia cada matí, que anava a pendre's un herbero. Ma mare va rodar la clau de la porta i de seguida va traure roba per a Mar perquè es canviara, del meu tall no em va comentar res, i la veritat ho va fer més fàcil, perquè ximple no era, s'ho imaginava. Va telefonar Jaume, el meu germà, en contra de la meua voluntat i li va contar la situació, ell ens aconsellà que no eixirem de casa que pensava que no es quedaria de mans plegades i tornaria a buscar-nos, i això férem durant tot el dia. Però cap a les vuit de la veprada mon pare tornava a casa, imagina't com li ho explicava, que li contava... Però no vaig haver d'inventar-me res, ma mare se'm va adelantar, li ho va contar tot tal i com Mar i jo li ho havíem dit. La meua sorpresa fou quan ho va entendre, a la

seua manera, puix tolerava que em ficara la mà damunt, però a la seua única neta no, això li va arribar al fons de la seua ànima. No aprovava la idea de que em separara, deia que per ahí no passava. Allí vam passar la nit, Mar semblava molt més madura, més forta i sencera del que mai m'hauria arribat a imaginar. Jo no volia eixir de casa, però no podia estar contínuament tancada a casa dels meus pares. Mon pare va acceptar a acompanyar-nos a casa per a veure com estaven les coses, decidírem anar de bon matí, ja que així seria més difícil trobar-l'hi. Però mon pare, sense dir-nos res portava una navalla molt gran a la butxaca del pantaló. Entràrem, primer ell, després Mar i per últim jo. No hi havia ningú. Mar agarrà tot el que ella va considerar important, a part de la roba i eixes coses, jo em vaig llançar a per tots els meus estalvis, que no eren molts, però per a mi eren prou. Ràpidament vaig anar a agafar alguna roba, coses bàsiques. Mon pare estava en tot moment acompanyant Mar, pel que poguera passar-li. No vam estar ni un quart d'hora, i just quan vaig eixir de l'habitació vaig escoltar el pany, era ell, estava entrant a casa, vaig sentir com una punyalada al cor. El meu pare, juntament amb Mar, van vindre a buscar-me, per estar tots junts. Érem al saló, mon pare es posà davant, esperàrem a que entrés en casa. Escoltàvem com anava parlant, pensava que anava ebri i per això parlava, però em vaig equivocar, no venia sol. Va entrar al saló amb una jove, d'aparença sud-americana, ell anava

alegrement agafant-la pel coll, en veure'ns allí li va canviar la cara, li va caure el món als peus. Ràpidament la va soltar i deixà de somriure. Se sorprengué en veure allí mon pare, no a nosaltres, i intentà saludar-lo d'una manera formal. El meu pare li'l negà, i li preguntà que per què anava amb eixes pintes, amb eixe olor, i acompanyat. Ell es limità a respondre que la nit anterior s'havia sentit sol, i que necessitava companyia per aguantar la vida tan buida que tenia. Mon pare no suportava aguantar eixes paraules, no podia, no volia acceptar-les, per a ell era tota una deshonra, i sense més ni menys li va preguntar a la xicona que on i per a qui treballava. La jove sols digué no volia problemes, i que ella no tenia res a veure, i quan acabà de dir això es va esfumar per la porta. Ell es tornà de cop i volta més dèbil, més tènue i menys persona, estava tremolós i la veu li gargamellejava, tot per la por i el respecte que tenia al seu sogre. Aquest no li va fer res, simplement amb una mirada li ho va dir tot, i eixírem de casa, agafàrem el cotxe, jo pensava que ens aniríem a casa dels meus pares, però no va ser així, el meu pare em va portar a la comissaria per posar una denúncia per adulteri, jo no volia per no avivar més el foc. Mes, després de molta disputa, la vaig posar.

– Admire tot el que vas fer en el seu dia i el que fas, no sé com vas poder denunciar-lo, no tenies por?

—Por? Por era l'últim que sentia, havia viscut uns 18 anys així, per a mi això era el dia a dia, era la meua rutina, viure en por. Però és que la cosa no s'acaba ahí. Tant Mar com jo estiguérem uns deu dies sense eixir de casa dels meus pares, però ell no es quedà de mans creuades, com sabia perfectament a quines hores mon pare no estava en casa, telefonava i ens amenaçava de mort, o passava cartes, amb la mateixa finalitat, per davall de la porta. Ma mare amagava les cartes, no volíem fer-la patir i al final les tiràvem sense llegir-les. Un dia, el dia que ja no vaig poder més i vaig haver d'eixir de casa, fou per una desgràcia. El mala bèstia segrestà ma mare, la va retindre en contra de la seua voluntat. La pobra dona va eixir a comprar uns pastissos, perquè celebràvem l'aniversari de mon pare i volia fer alguna coseta especial. Va tardar més del compte en tornar a casa, i això no em preocupà. De seguida vaig cridar Anna per preguntar-li si sabia on estava eixa mala peça, però no en sabia res i això em va posar més nerviosa. Sense dubtar-ho vaig eixir de casa a buscar Mar, i al llindar de la porta encontre una nota que posava: Vols tornar a veure-la? Ja no tenia cap dubte, l'havia segrestada, i tal i com se n'havia tornat, de boig, no volia ni pensar el que li podia fer. Vaig tornar a telefonar Anna, necessitava ajuda. Em va dir que no eixira de casa, però ja era tard. Ell i jo sols teníem una propietat, la casa, i sols la podia amagar algú allà. Va presentar-se Anna i en un moment érem a la casa. Abans

d'anar-nos-en em va donar temps a agafar les claus, i Anna me les llevà de les mans i obrí la porta, que imbècil! no va tancar la porta amb clau. Entràrem i començàrem a buscar-la, però sense èxit. Escoltàvem passos, eren d'ell, venien del terrat. Cadascuna agafarem un ganivet, el més gran possible i enfilàrem les escales cap amunt. Sigil·loses i segures, Anna més que jo, perquè sense fer cap comentari havia telefonat la policia, i els havia informat sobre el tema. Obrírem la porta i allà estaven ambdós, ell de peu donant voltes al cos que descansava a terra nugat de mans i peus, i amb una cinta a la boca. En veure'ns ens dirigí la paraula i digué:

—Torna Victòria, tu has sigut i ets el meu amor, la meua dona, si ho fas tot tornarà a ser com abans.

—Com abans, maltactada i menyspreada davant de tots! Jo com a dona tinc dignitat, i ni tu ni ningú podran llevar-me-la. Recorda-ho, sóc una persona, mai més deixaré que em poses una mà damunt, ni a mi, ni a la meua filla.

I al contrari del que jo hagués pensat mai, començà a plorar i a encollir-se com un cadell de gos perdut en la nit. Aquella escena la recordaré sempre, en el fons era un covard; però no sap ell la força que em donà aquella situació per a seguir endavant.

Aquesta segona oportunitat de viure en llibertat vaig a aprofitar-la.

—Ja saps que aquests temps que ens ha tocat viure han sigut molt durs per a la dona. Gràcies a déu que ja han canviat en benefici de les nostres filles.



# *Efecto verano*

Berta Chulvi Ferriols

*“Y a toda esta tristeza, habrá que descontarle el efecto verano”.*

## **Agosto, 1**

Todo empezó por un malentendido. Él le había pedido el móvil para ampliar su lista de contactos a la hora de promocionar sus conciertos: “mandas 1000 sms y vienen 100” había sido la frase revelación. Y ella, ajena a las microestrategias de marketing, había tomado aquel descaro como una muestra de interés. Esa era la versión oficial. A Celia, le sorprendió, una vez más, la habilidad de los hombres para quedar como que nunca han roto un plato: “La que había confundido las cosas era ella”. En fin, lo mejor era aceptar sin dilación esta versión benevolente con el género masculino y pasar a otra cosa.

Lo peor de aquel verano era que, en la trastienda de todos estos malos entendidos, estaba la vuelta al escenario del crimen. La obligación de pasar el agosto en el pueblo de su madre donde no hay piedra que no te cuente algo de ti misma.

Pensó que lo mejor sería empezar a estirar de la madeja, coger el coche, y subir hasta allí sin más debate. Entre desmonte y remonte conseguiríamos que llegara el otoño.

## **Agosto, 4**

**N**o hay nada como una cocina grande. La de la vieja casa familiar, tenía, además, la virtud de disponer de una gran mesa junto al ventanal. Era un óvalo de madera maciza y oscura, marcado por los golpes de miles de tazas. A Celia siempre le intrigaron esas huellas.

Allí solía sentarse la abuela Eladia a coser. En el pueblo se decía que todo había sucedido porque Eladia era bruja. En realidad, se decía que todas las mujeres de su familia lo eran o lo habían sido. “Ten cuidado con lo que deseas -le dijo un día la abuela Eladia- algunas veces se cumple”. Esa es toda la evidencia que Celia había podido encontrar de la brujería de la abuela.

La abuela debía ser la responsable de esa tendencia suya a tratar de hacer realidad los sueños. ¿Y por qué no? era la pregunta que acaba convirtiéndose en la espita de un curso de acción siempre imprevisible. Era sencilla pero demoledora. Celia no podía oponer ninguna resistencia si la poderosa pregunta aparecía en su cabeza. Quizás era una fijación

materna, que pasaba de madres a hijas, con la misma consistencia genética que el cobre de sus cabellos. “Mi madre se pasó la vida diciéndonos que soñar no costaba dinero” pensó Celia en el instante en el que, por fin, podía dar un sorbo al té ardiendo de su inseparable taza. Aquella frase sonaba a justificación ante la severa mirada de un marido que censuraba cualquier gasto. Quizás por eso a Celia le importaba tres pitos el dinero y en ocasiones era capaz de dar la vida por un sueño. Entre piedra, costura, cocina y sueños habían pasado la abuela Eladia y ella, su primera semana juntas.

## Agosto, 8

**E**l último sueño había sido una cena a la orilla del mar con aquel músico que resultó ser un tipo que simplemente buscaba una aventura. El preámbulo del encuentro fue un mes largo de esporádicos mensajes de móvil entre dos desconocidos. Y un... ¿por qué no?... en la cabeza de Celia.

A ella le había sorprendido la mirada de aquel hombre la primera y única vez que lo vio. Eran los ojos de alguien que amaba la vida. Como es habitual con las personas de mirada ardiente, la vida también le amaba a él. Se le veía un hombre feliz. Aquellos ojos sonrientes y descarados parecían condensar algo de una forma de vivir que Celia asociaba, errónea o acertadamente, con el Mediterráneo. Desde

entonces, había recordado aquella mirada cada vez que se acercaba a la orilla del mar. El olor a salitre y el tacto de la arena se convirtieron en aliados del recuerdo fugaz de unos ojos. Y... había querido la vida que Celia pasara las últimas semanas de julio jugando a la oca, de playa en playa, por las costas de España.

Todo esto pasaba por su cabeza mientras bajaba en coche desde Els Ports hacia València y un poema de Salvat Papasseit rugía por los altavoces del vehículo. “Increíble” -pensó casi con un sobresalto- cuánto tiempo sin escuchar esto. La voz era la de Ovidi Montllor y decía así: “Fem l’escamot dels qui mai no reculen i sols un bes els pot fer presoners. Fem l’escamot dels qui trenquen les reixes i no els fa caure sinó un altre bes. Fem l’escamot dels soldats d’avantguarda: el primer bes que se’ns doni als primers”.

Papasseit había escrito este poema en 1922, bajo el título genérico de “La Gesta dels Estels”. Ovidi recitaba con una armonía entre surrealista y épica. Celia pensó que esta gesta bien valía una cena, en París, en Cullera o dónde fuera. Y se sintió cómoda con la idea de haber invitado a cenar a un desconocido. Se recordó a sí misma quince años atrás, en aquel piso del Portal de Valldigna, en pleno centro de la Ciutat Vella. Una buhardilla a la que llegó con apenas 26 años y desde la que empezó a descubrir esa ciudad íntima, seductora,

recóndita que la conquistaría para siempre. “Algunas cosas habían cambiado mucho desde entonces, pero otras no habían cambiado nada” pensó mientras pagaba el peaje en Sagunto. Ella seguía perteneciendo a ese batallón de vanguardia al que Papasseit rindió honores. Con lo bueno y, con lo malo, de ese tipo de pertenencias.

Papasseit la había puesto de nuevo a pensar en su manera de afrontar el mundo de los afectos. ¿Qué es lo que conectaba el deseo y la voluntad? ¿Por qué a veces el deseo conecta directamente con la voluntad y otras no? ¿Qué hubiera necesitado Celia para acabar la noche haciendo el amor con ese hombre de mirada ardiente? Celia se preguntaba por sus propios sentimientos pero en realidad estaba interrogando al mundo. Quería comprenderse a sí misma para entender a los otros. Pero los otros... “los otros”, eran siempre tan diversos y distintos... Y en ese momento sonó el móvil. No debía cogerlo pero lo hizo: “Tu abuela Eladia se ha caído y la han llevado a urgencias” sonó la voz de Ramona, su vecina. “Caray... qué veranita” soltó Celia sin pensar que Ramona seguía al otro lado del teléfono. Tendría que volver a la montaña nada más pisar la ciudad.

## Agosto, 13

**H**abía bajado para una noche pero apenas se quedaría en Valencia un par de horas. La abuela Eladia estaba bien, pero ella quería volver y saber qué había pasado. Aun así, tenía que recoger en su casa unas cuantas cosas. Cuando aparcó su coche frente al Mercado Central y empezó a caminar hacia la plaza del Collado supo por qué deseaba tan intensamente que llegara el otoño. Adoraba las calles del barrio del Mercat, su ritmo vital: el horno, la ferretería, el libanés, el kiosco... Y, como no, el olivo y la terraza del Lisboa. Se sentía libre caminando hacia su pequeño apartamento. Subió esa escalera de caracol que desde arriba parecía una escultura y al entrar en su casa no pudo evitar una sonrisa: ese era su espacio, su rincón, allí vivía ella consigo misma, y con ese "mico en el pescante" que diría Gloria Fuertes.

La luz entraba por los tres grandes balcones tamizada por las persianas de madera. En el pequeño futón rojo se habían quedado algunos libros que no cupieron en la maleta y un vaso en el que apuró un último gin tonic. Todo invitaba al reencuentro íntimo y personal. Se fue quitando la ropa sin darse cuenta de que tenía poco tiempo. Hacia calor y unas gotas de sudor recorrieron su espalda. Sintió su sexo mojado y adivinó la presencia de un recuerdo. Se acarició los pechos y cerró los ojos camino de la ducha. Untó con aceite todo su

cuerpo. Le gustaba la tonalidad que adquiriría la piel, su brillo, su aroma a té verde. Buscó con sus manos la forma de su vientre y se detuvo allí. Sintió el mar entre sus piernas y la espuma de las olas romper contra su sexo. El deseo se fundió con el agua que corría hacia abajo, en loca carrera, hasta perderse en las entrañas de la ciudad.

Tenía que volver.

## **Agosto, 18**

**E**ran más de dos horas de camino hasta llegar al pueblo, pero el tiempo pasaba volando desde que el coche abandonaba la autovía y se dirigía hacia la sierra. Celia lo tenía comprobado: el rojo de la tierra, los ocres de los bancales de piedra, las infinitas tonalidades de verde, eran un bálsamo para su alma. Podía llegar como fuera a ese punto, pero sabía que una vez cogidas las primeras carreteras comarcales todo sería renacer. Al llegar decidió aparcar el coche en las antiguas eras y caminó por las calles empedradas hasta la puerta de la casa familiar. Si podía, evitaba entrar con su coche por las estrechas calles del pueblo.

La subida a pie hasta lo más alto del pueblo la ponía en su sitio. Como si caminara por los adoquines de su propia historia. La abuela Eladia estaba bien. Sólo se había roto una

costilla. Se cayó cuando caminaba por un bancal de almendros al que acudía cada tarde, sin faltar ni un sólo día, desde que la obligaron a abandonar la escuela. La abuela Eladia había sido maestra. Pero maestra de las de verdad, de las que se emocionan con la mirada de un niño, de las que adivinan los apuros familiares en el rictus apagado de una madre, de las que saben que educar es abrir el camino hacia la emancipación de los sujetos. Ella misma había vivido abiertamente y en libertad sus sentimientos.

Pero la vida la hizo una mujer solitaria y silenciosa. Nunca nadie, ni su hija, la madre de Celia, le había perdonado su historia de amor con aquel cirujano y mucho menos su trágico final. Celia siempre había querido hablar del amor con la abuela Eladia. Y también de aquella enigmática historia, pero nunca había reunido la energía suficiente.

## **Agosto, 21**

**E**staba lloviendo a cántaros y la abuela Eladia cosía junto a la ventana. No había dejado nunca de coser. A Celia le recordó la imagen probable de una Penélope que hila mientras espera a Ulises. Y algo de eso había. Sin embargo, ante la abuela Eladia una tenía la sensación de estar frente a alguien que había protagonizado su propio viaje a Itaca. Celia se atrevió con la pregunta: “Abuela, siempre he querido hablar

contigo del significado del amor". Eladia sonrió con ese gesto amable que le iluminaba la cara y levantó lentamente la vista de las pequeñas cortinas de algodón que estaba reparando.

"Celia, filla, si hi ha alguna paraula que no sabem què significa és amor" "Tenía razón la abuela. Como siempre" pensó Celia: la verdad es que más que una palabra era una pantalla de humo. "Sí, abuela, estic segura de que tens raó però tot el món diu que tu vares malbaratar la teua vida per l'amor d'un home". La carcajada de la abuela Eladia se escuchó en toda la casa, y más allá de la casa: en el campanario, en las eras, en el camino que bajaba a la huerta del tío Oracio, en el lavadero donde lavaba Virginia, en el pozo, en la peña blanca y en la cueva en la que encontraron el cuerpo sin vida del cirujano.

## Agosto, 22

**A**quella tarde de lluvia fue una tarde de palabras. La abuela Eladia lo tenía muy claro. No había amor, había deseo y complicidad. El deseo era lo que hacía que rompiéramos barreras, nos acercáramos a los otros, buscáramos la conjunción de nuestros cuerpos. La complicidad era cosa del alma: venía, si había suerte, después del deseo y era lo que hacía que dos personas permanecieran unidas durante un tiempo. A veces durante mucho tiempo. A

Celia le pareció la explicación más convincente que había escuchado jamás. La abuela le habló de distintos tipos de complicidad. Aquella que mantiene a las personas unidas por un proyecto, y otra más sutil, que se engancha del ariete de las pequeñas cosas que se hacen en común. Las dos sirven pero la segunda es más segura y placentera, según la abuela. Celia se quedó muy sorprendida al comprobar que la abuela Eladia tenía un pensamiento tan elaborado respecto a estos asuntos. Ella que pensaba que la abuela no perdía su tiempo en estas cosas... A la abuela Eladia se la veía feliz y decidieron hacer una de sus excursiones favoritas: Bajar a comer a la terraza del hotel Voramar, en Benicassim.

## **Agosto, 23**

**E**l Voramar era, probablemente, uno de los hoteles más antiguos a orillas del Mediterráneo. La abuela Eladia se sabía toda la historia del Hotel porque en su juventud había sido amiga del dueño. En su terraza se estrenaron las primeras minifaldas de la zona ante la mirada crítica de la sociedad franquista. Todo eso en los sesenta claro, cuando la abuela Eladia decidió romper sus cadenas por el amor de ese cirujano que según muchos le había arruinado la vida. Durante la comida en la terraza del Voramar, la abuela le contó miles de historias succulentas: su amistad con Maria del Mar Bonet, que

se fraguó precisamente allí, su historia de amor con un trompetista de jazz, los reproches de su madre, las sandalias de plataforma que le permitían mirar a los chicos del pueblo, y también al alcalde, por encima del hombro. En fin, muchos de los momentos maravillosos de su empeño por encontrar la libertad habían transcurrido en el Voramar. Allí conoció a Agustín, el cirujano: uno de los primeros que había realizado en España operaciones a corazón abierto. Eso era todo lo que Celia sabía de él, además de los pormenores de su muerte.

Decidieron alojarse esa noche en el hotel y mientras la abuela Eladia descansaba en una de las habitaciones, Celia se decidió a dar un paseo por la playa. Y fue exactamente en ese mismo instante cuando se le ocurrió la locura de escribirle un mensaje a ese músico desconocido con el que ya había cenado una vez: “Qué haces esta noche. Te invito a hacer el amor” escribió, sin dudarlo, en la pequeña pantalla del móvil. No hubo respuesta. A Celia no le importó. La no respuesta era una posibilidad que había contemplado desde el principio. “Habrá pensado que estoy loca” se dijo para sus adentros. Esa noche Celia y la abuela Eladia contemplaron las lágrimas de San Lorenzo caer sobre la playa. Y muy pronto, por la mañana, salieron de nuevo rumbo a las montañas.

## Agosto, 25

**Y** aquel músico desconocido sí respondió. “Ce n’est pas possible, au revoir, chérie” fueron sus palabras. A Celia le agradó la naturalidad de su respuesta. Estaba a la altura del atrevimiento de la invitación. Lo sorprendente es que esas palabras llegaron por un camino poco común. A través de un blog en el que Celia escribía una especie de diario íntimo en el que era difícil distinguir qué era vida y qué literatura. ¡Una confusión nada especial! pensó Celia mientras tecleaba una nueva entrada de su blog: ¿Quién tiene clara esa frontera entre acción y sueño? Hoy había soñado que su madre se moría y aún así la miraba después de muerta, con una mirada tierna y cómplice, como si su muerte fuera mentira. “¡Qué potencia tiene el vínculo con un madre!” dijo Celia en voz alta, sin darse cuenta de que la abuela Eladia había dejado de coser y la observaba como tecleaba en su pequeño ordenador portátil.

Al instante, la abuela sonrió de nuevo, con ese brillo en los ojos, tan suyo... esa mirada que venía a explicar que algo del mundo de los humanos había conseguido, por fin, despertar su interés. “Si Celia, el vincle amb la mare té una potència brutal. No tan sols per al fill o la filla. També per a l’home que primer és company i després es converteix en pare. També per la dona que primer és mare i després es transforma en iaia. En realitat vivim en un matriarcat absolut on les dones som

considerades les guardianes i les creadores d'una mena d'essència genealògica. Una tasca que és un privilegi pel que suposa l'experiència de donar a llum, però que és també una presó. Una espasa de Damocles que cau damunt de la dona que s'atreveix a trencar el camí previst per la petjada genealògica".

"¡Caray con la abuela Eladia!" pensó Celia. Lo cierto es que desde esa perspectiva, la que pensaba el mundo como una cadena biológica, se podían entender muchas de las reacciones de violencia hacia las mujeres. Los hombres que abrazan esa concepción genealógica del mundo difícilmente podrán admitir que su mujer rompa el status quo familiar y decida vivir sola o lo que es peor, montar una nueva familia.

"Afortunadamente les coses estan canviant" dijo de pronto la abuela Eladia mientras volvía a la costura: "Poc a poc, tant homes com dones van superant eixa visió biologista de la vida i li donen cada volta més importància als lligams que ells han triat per si mateixa" concluyó la abuela Eladia dando por zanjado el tema.

Pero Celia no estaba del todo convencida: "No crec, iaia. Et veig massa optimista. La qüestió més intrigant per a mi, és una molt senzilla: Per qué els canvis socials més importants es produïxen abans en el terreny de la vida privada que en la

vida pública? És que no hi ha espai per a la innovació col·lectiva? Tot l'hem de fer en el reduït espai de les nostres vides particulars?"

La abuela Eladia sonrió pero no dijo nada. Ella sabía por qué sonreía. Cuando su hija tenía apenas tres años, ella se enamoró de un cirujano hasta las trancas y decidió que no podía seguir con el fraude de una vida en común que no era plena. Eladia se separó de su marido Vicent y siguió de maestra en el pueblo. El cirujano siguió con su vida en València, con su mujer y con sus dos hijas. A la iaia Eladia le costó Dios y ayuda seguir de maestra en el pueblo. En su época no estaba claro que una mujer que había decidido separarse fuera considerada "apta" para dar clase a los niños y niñas del pueblo. ¡Qué calvario debió de pasar la abuela! pensó Celia.

"Iaia. Per cert..." dijo Celia cambiando de tema: "Et véns en mi a Madrid a vore el concert de Leonard Cohen? Acabe de comprar per internet dues entradas pensant en anar amb companyia però encara no he convidat a ningú". Un viaje a Madrid para escuchar a Leonard Cohen no estaba mal como plan para cierre del verano pero Celia tendría que ir sola. La abuela Eliada respondió sin dudarle: "És una invitació temptadora però ja estic major. Em costa molt anar a puestos on és segur que es congregarà molta gent". "T'entec

perfectamente, iaia. Fins i tot a mi em dona una mica d'agonia sentir a Cohen a un estadi esportiu" respondió Celia mientras buscaba en youtube uno de los temas de Cohen que más le gustaba.

## Agosto, 28

**H**acía tanto calor que hasta en el pueblo cantaban las chicharras. Estábamos terminando el mes de agosto y Celia se había quedado sin palabras. Sucedió de repente y no sabía explicar por qué. La abuela Eladia parecía no darse cuenta. O quizás si se dio cuenta y por eso fue ella quien sacó el tema: "Hoy hace 40 años que encontraron a Agustín muerto en la cueva de la Peña Blanca" Lo primero que le sorprendió a Celia fue escuchar a la abuela Eladia hablar en castellano. La iaia sólo hablaba castellano cuando quería distanciarse de los hechos. Para ella era como poner una frontera entre el mundo y su alma. ¿Qué pasó aquel día, abuela? Pregunto Celia. "Nada y todo", respondió la abuela.

Agustín apareció muy desmejorado. Hacía más de seis meses que no le veía ni sabía nada de él. Se presentó sin avisar en mi casa. Como muchas otras veces, me pidió que le acompañara a dar un paseo por los bancales, hasta la peña blanca. Al poco de iniciar el camino me dio la terrible noticia: le habían diagnosticado un cáncer de páncreas en estado muy

avanzado. No tenía curación. Cuando recuperé la respiración, pensé por un momento, que había decidido acabar sus días conmigo. Pero no era así.

Como otras veces hicimos el amor, en el pozo que hay bajo la Peña Blanca. Deseé con todas mis fuerzas que no se fuera ya nunca, que se quedara conmigo aunque fuera para sufrir. Pero él se empeñó en que tenía que volver e insistió en que yo me fuera delante con el argumento de que prefería evitar la despedida en la puerta de su coche. Tuve una intuición extraña, pero no acabé de hacerle caso a ese palpito. Seguí sus instrucciones y volví a casa. El resto ya lo sabes: Octavio lo encontró a los tres días muerto en la cueva y con el cuerpo desfigurado. A mi me acusaron de asesinato. Tu madre se fue a vivir con su padre y yo perdí mi trabajo en la escuela.

Así lo contaba la abuela. Como si los acontecimientos fueran las morcillas que colgaban de la despensa tras la última matanza. Sólo que el hilo que las unía lo había tejido el diablo. “El diablo y las habladurías de una sociedad que se resistía a admitir que yo hubiera decidido ser libre” añadió la abuela cuando yo hice mención a mis pensamientos. “Sí abuela - respondí yo- pero Agustín también habría podido elegir otro lugar para quitarse la vida”. La autopsia había demostrado que Agustín murió envenenado. Había decidido acabar con su vida y como era médico sabía cómo hacerlo. Costó un largo

juicio demostrar que la abuela era inocente y que Agustín se había suicidado. Finalmente fue aquel trompetista de jazz el que sacó la pieza clave: una carta que Agustín había depositado ante notario.

“Pues, sí Celia, sí. He pasado la vida tratando de explicarme esa decisión de Agustín” reconoció la abuela. “Primero pensé que era amor y finalmente he llegado a la conclusión de que hay personas que aun muertas quieren seguir dominando la escena” ...

Después de aquella confesión, una buena idea era ponerse a cocinar. Me sorprendió una vez más la capacidad de diagnóstico de la abuela Eladia. Mientras preparaba una tortilla de verduras para esa noche, la radio anunció la muerte de una mujer a manos de su ex amante. Él después de matarla se había quitado la vida de un solo tiro. Seguramente no pudo evitar que fuera ella quien dibujara la escena de su propia vida. La tortilla salió suculenta: pimientos y calabacines de la huerta del tío Octavio encontraron un destino mejor. La abuela cocinó una torta de hojaldre y espinacas, y luego hizo mermelada de tomate, y a la mañana siguiente conserva de melocotón y tabulé. Y por la tarde una torta de yogurt y helado de limón. Al día siguiente se bajaron a Valencia: habían decidido ir a comprar juntas al Mercado Central angulas para

hacer un “all i pebre”. La abuela se quedaría unos días en el piso de Celia: “Habíamos sobrevivido al verano”.

# *JoanaJuan*

M<sup>a</sup> Pilar Doñate Vicen

**J**uanJoana son la misma persona. Cuando Juan tiene sed, Joana bebe y cuando Joana tiene prisa Juan corre veloz. JoanaJuan habla diferentes idiomas y el mismo a la vez, habla con el cuerpo, con el corazón y con la cara.

JoanaJuan es feliz, vive en equilibrio, en su mundo se mueve como quiere y hace y deshace según le parece. JuanJoana no tiene fronteras y posee unas enormes alas que le llevan lejos donde encuentra mil historias que le hacen soñar, reír, recordar, volver a reír, llorar, amar y volver a soñar.

Pero el mundo; que no ve y ni se mira, que no comprende, que no puede tocar ni sentir, que hace mucho que olvidó; no lo ve con buenos ojos y se retuerce en su interior lleno de rabia e impotencia, lleno de incomprensión. No entiende como JoanaJuan puede ser uno. Así que intenta desgajar el uno del otro, porque aún no ha entendido que JuanJoana son la misma persona.

JoanaJuan vive tranquilamente, y el mundo no le alcanza, porque no sabe, porque no comprende, porque ignora.

JuanJoana vive en una galaxia diferente, por eso, mientras el mundo se retuerce, se escandaliza y explota de rabia, intenta encontrar el medio para separarlos.

JuanJoana es un tándem, cuando uno pedalea, el otro lo hace con la misma intensidad que el primero. JoanaJuan se enamora y se odia, se busca y se encuentra, se conoce y se desconoce, se estira y se encoge, se encuentra y se pierde, busca la soledad y la encuentra unas veces, otras le cuesta más porque siempre está JoanaJuan.

A veces, cuando se hace de noche, se ignoran. Entonces, deja de ser la misma persona y el mundo entra a jugar su papel, para conseguirlo, para separarlos... pero después de la noche siempre llega el día y el mundo vuelve a perder porque JoanaJuan son la misma persona.

Unas veces Joana quiere salir para experimentar y explorar el mundo, pocas veces lo consigue, pero cuando lo hace se sube a unos tacones, se pinta y con energía sale a comerse el mundo, pero pronto se decepciona porque el mundo no le deja ser valiente, fuerte e independiente.

Entonces rompe a llorar, no cabe en el mundo, porque el mundo no le deja, y cuando eso ocurre, los ríos se desbordan, el mar se llena y los peces se ahogan. Juan lo sabe y corre a su encuentro para recuperar el equilibrio, para recuperar la felicidad. Y Joana frustrada decide bajar de la incómoda piel femenina que tanto le oprime para poder triunfar en el mundo, pero que en la intimidad tan bien le hace sentir.

Cuando sale Juan, pronto se decepciona también. El mundo le obliga a reprimir sus sentimientos, le prohíbe llorar, emocionarse, compadecerse, sensibilizarse y enternecerse, le prohíbe fracasar. Le obliga a ser valiente, fuerte e independiente. Justamente lo que le es vetado a Joana.

Juan reacciona rompiendo, desgarrando, arrancándolo todo, la rabia le invade, le infla y le llena de pena, dolor e impotencia.

Entonces, las llamas se encienden y lo arrasan todo a su paso, mueren árboles, animales y campos, el viento se agita, y aviva el fuego que lo vuelve a arrasar todo. Y Joana que lo sabe, corre a su encuentro, para calmarlo, para parar la ira y volver juntos a su interior donde nada le dolerá y todo le calmará.

Así que las pocas veces que se decide a salir, a tomar una bocanada de aire, el mundo le frena y le impide ser una única persona.

JoanaJuan lo sabe y comprende que para ser aceptada tiene que renunciar a su esencia. Por eso, JuanJoana suele quedarse donde está, donde nada le molesta, donde nada le dicta quién y cómo ser, donde no encuentra barreras para ser quien es: una sola y única persona.

El mundo cree darle la espalda, pero el mundo se compone de gente, gente que igual que JuanJoana posee ambas facetas, quizá alguna por descubrir pero latente esperando su turno para llegar a ser desarrollada.

Una vez, cuando el día empezaba a despuntar y la noche aún no había terminado su turno, JoanaJuan salió al mundo, ese mundo hostil que tanto le había estado rechazando, que convulsionaba para deshacerse de JuanJoana para que volviera a su pequeña galaxia. Pero esta vez, JoanaJuan salió como una sola persona, y fue en esa salida en que por primera vez JuanJoana pudo permanecer en sí, porque JoanaJuan es la misma persona y como una que es, no se puede separar, y así tan entera, tan íntegra y equilibrada JuanJoana pudo por un tiempo permanecer en el mundo. Un mundo que dejó de ser mundo para convertirse en la Tierra, tierra habitada por más

seres como JoanaJuan que son la misma persona y a su vez tan diferentes entre sí.

JuanJoana pudo por primera vez en su vida conocer, compartir, vivir, saborear y disfrutar de aquellas gentes que iba encontrando en aquel mundo que le había estado rechazando porque no entendía, porque no recordaba, porque no amaba, porque no soñaba; y que ahora admitía y toleraba que JoanaJuan fuera la misma persona.



## *Relato casi anónimo*

M<sup>a</sup> José Fabregat Mestre

**H**acía mucho tiempo que no escribía, no le gustaba el modelo de letra de su ordenador. Pero no había forma de cambiarla.

Sin embargo sí que había cambiado sus planes para esa mañana; por culpa de la lluvia o gracias a la lluvia.

Quería escribir, lo necesitaba, aunque nadie lo leyera. Para ella era “la” forma de comunicarse; no “una” forma de hacerlo.

La escritura alejaba sus fantasmas y le hacía más fácil la vida. A veces tenía varias cosas que hacer en un solo día, y alguna preocupación al mismo tiempo; entonces cogía un lápiz y lo plasmaba todo en el papel. Escribía el nombre de sus preocupaciones con letras mayúsculas y el de sus tareas con letras minúsculas. Cuando lo podía leer sabía que las tenía atrapadas.

Ayer estuvo en la librería que acababan de poner en su misma calle. Preguntó si montarían un Taller de Literatura...

Recordó que varios años atrás, asistió a uno:

- El profesor era bueno; pero eran muchos los alumnos, cuando lo ideal era que fuesen menos de veinte.

Así lo dijo, y marcó un plan de trabajo:

- Al empezar la clase, explicaría, y pondría “deberes” para casa relacionados con lo que acababa de decir.

- Luego se leerían en voz alta los trabajos. Les advirtió que no tenía tiempo de llevárselos y corregirlos en su casa. Y añadió “mi único patrimonio es el tiempo, y lo tengo escaso”.

Lo malo fue que, cuando los alumnos levantaban la mano indicando que habían hecho el trabajo (al pedirlo él), sólo hacía leer a las chicas jóvenes...

Ella no era joven. Ella no era guapa, tampoco fea. Era un poco gordita y llevaba gafas.

Sólo leyó una vez: Esa tarde habían trabajado sobre un cuento de Julio Cortázar; el profesor pidió que se hiciera una crítica, y ella escribió:

“AXOLOTL” (de J. Cortázar).

Estamos ante un cuento estupendo de Cortázar, en el que se mezclan realidad y fantasía, como en los cuentos tradicionales; la originalidad de éste estriba en que ambas cosas (realidad y fantasía), no están mezcladas.

Voy a explicarlo: la realidad está en la primera parte del cuento... la fantasía en la segunda.

¿O al revés?: la fantasía está en la primera parte del cuento... la realidad en la segunda.

Es la confusión que ha querido crear el autor y lo ha logrado.

En un momento determinado, hasta yo pensaba que me había convertido en axolotl. -¿o no lo pensaba, y de verdad me había convertido en axolotl?- ¿o he sido un axolotl siempre?

En fin, ¡un lío!...”.

Mientras lo leía, el profesor sonreía, “parece que le gusta”, pensaba ella. Pero cuando acabó, le dijo que estaba bien, pero no era una crítica.

Siempre le pasaba lo mismo: sus aciertos, eran aciertos a medias.

Un día antes de terminar el Taller de Literatura, el profesor pidió que le rellenaran una encuesta.

Eran las típicas preguntas: ¿qué le ha parecido?, ¿qué hubiera añadido?, ¿qué sobraba?... Y sugerencias. Ella dijo que había llegado a la conclusión de que era invisible, pues levantaba la mano todos los días y sólo había leído una vez.

El profesor era correcto, pidió disculpas y también sugirió que levantaran la mano los alumnos que no habían leído nunca.

Ella había leído lo de Cortázar, y no podía levantar la mano... pero la levantaron todas las alumnas que sobrepasaban los 80 años, indicó a una de ellas que leyera.

Leyó un trabajo titulado: “EL PADRE DE AMPARO”.

“Amparo es profesora de historia. Amparo es mi amiga.

El padre de Amparo había perdido su trabajo a los 59 años. El trabajo había sido su vida.

Estaba muy triste.

Pasó un año escribiendo, sin apenas hablar. Nadie sabía qué era lo que ponía en unos cuadernos de tapas de color rojo comprados en la papelería del pueblo. Su mujer y sus hijas

pensaban que lo hacía porque el disgusto le había alterado la razón.

Al año dejó de escribir. Se dedicó a cultivar un pequeño huerto: seleccionaba las semillas, regaba y abonaba la tierra con esmero y cuando las plantas comenzaban a salir, el padre de Amparo les hablaba. Eran las hortalizas más hermosas del pueblo.

Pasó el tiempo.

El padre de Amparo iba perdiendo la memoria. Empezó olvidando que alguna vez había trabajado. Luego se olvidó de cuidar del huerto...

Olvidó el nombre de sus hijas, y cuando olvidó el de su mujer, todos, con pena, pensaron lo peor...

Aún vivió unos años, por fin murió en paz...

Entre sus objetos encontraron dos cuadernos, los que había escrito cuando dejó el trabajo o cuando el trabajo le dejó a él, ¡qué más da!

Nadie había sentido curiosidad hasta entonces por su contenido. Los leyeron. Eran sus memorias, la historia de su vida. Estaba escrito lo que había pasado en los años 30, 40, 50,

60, 70, 80... lo que le había pasado a él y lo que había pasado a su alrededor.

Amparo incorporó los cuadernos de su padre a sus clases de Historia.”

Un gran aplauso estalló cuando la señora de 80 años terminó de leer. Ella se acercó y le abrazó con fuerza.

\*El profesor les había dicho que no terminaran nunca un escrito con una moraleja\*. Pero no pudo evitar pensar que las personas mayores son muy valiosas.

Ella, dejó de sentirse invisible, a partir de ese momento.

# *El próximo lunes*

Charo García García

**L**a puerta se cerró de un golpe seco, provocando un tintineo escandaloso de llaves. Dos vueltas, cerrada. Repasa mentalmente; la luz, el agua, el gas. Todo en orden, se marcha. Canturrea una melodía pegadiza -que desde que se levantó, ya hace tres horas, no se quita de la cabeza-, pulsa el botón del ascensor, que por ser viejo es lento, y espera perdiendo la mirada en el techo, un poco amarillento por la falta de pintura. Mientras espera, oye cantar a su vecina, la Puri, y sonrío complacida porque bien pudiera haberse ganado la vida con su voz pero, sólo es la Puri, camarera de un bar de copas a las afueras de la ciudad, que borda con su garganta las canciones de la Piquer.

La Puri ¡qué mujer! Se conocen desde hace... ¿cuánto hace?, va para nueve años. Fue a finales del 2002, llegaron de las primeras a la finca, puertas 19 y 20, dos de las viviendas del 4º piso de aquel bloque a las afueras de la ciudad. Por entonces, desde los pequeños balcones de los dormitorios, se podían ver pequeños y cuadriculados campos de cultivo con todo tipo de

verduras y hortalizas, ahora, en su lugar, hay fincas y más fincas.

La Puri llegó embarazada y sola, con dos maletas, un montón de ilusiones y los papeles de una hipoteca a 20 años. Ella, Paula, aterrizó en la ciudad con un traslado propuesto por la empresa de publicidad donde, poco a poco, se estaba forjando un futuro prometedor que, con tan solo 25 años, le proponía la dirección de una nueva agencia en la costa levantina. Una, la Puri, con sangre del sur -Córdoba concretamente-, otra, ella misma, con ritmo de chotis en las venas. Las dos, jóvenes e ilusionadas con un futuro que las convirtió, desde el primer día, en unas buenas vecinas.

El ascensor no llega y Puri abre la puerta con el plumero y la bayeta en la mano. ¿Qué pasa niña? Le dice que se va de fin de semana al campo con unos amigos y que, ya sabe, si oye jaleo en su casa, que llame al 091.

Tres bolsas para dos días. Ya en el ascensor reconoce que, tal vez, se ha pasado en las previsiones; botas por si salen de excursión; cámara por si hace fotos; anorak por si hace frío; libros por si lee, por si, por si... y se da cuenta que la idea de fin de semana sólo era una y muy concreta: descansar.

El coche tiene su particular forma de protesta ante la perspectiva del viaje. No arranca. Parece que prefiere el

bullicio de la ciudad, los atascos, las prisas, las gasolineras, los insultos y los aparcamientos en doble fila a la tranquilidad del campo y a quedarse estacionado a la sombra de un chopo cerca del río.

En honor a la verdad hay que decir que el coche, un Renault Mégane dos puertas, ya había cumplido con su andadura y pedía, con un arranque lento y ronco, ser olvidado en algún soleado rincón del desguace municipal. Se lo compró con sus primeros sueldos y comisiones, a medias con la empresa que le adelantó unas cuantas mensualidades por interés propio ya que, los primeros años de su incorporación al mundo laboral, viajaba a visitar clientes por todo el país. Fueron tiempos de comidas rápidas y cócteles a deshoras, de cenas y espectáculos, de ir y venir de allá para acá con su utilitario amarillo de dos puertas visitando empresas, presentando proyectos y durmiendo en hoteles de sábanas frías y olor a lavanda. Tiempos de carreteras con sol, lluvia, viento y nieve ¡trabajo, trabajo!

Hace unos meses que le ronda en la cabeza la idea de cambiar a su cansado y gastado compañero de carretera, que ya lleva a cuestas más de ciento noventa mil kilómetros recorridos, idea que aparca, un día tras otro, en espera de encontrar un hueco en su agenda y plantarse en la puerta del concesionario más cercano.

Al final, y con la ayuda de Manolo el del quiosco, el coche se pone en marcha. Ha olvidado un poco de música para el viaje, pero el subconsciente sale a la superficie y se descubre cantando una canción de la Piquer.

Está cómoda conduciendo, hace un día luminoso. Un acuerdo tácito entre ella y el coche hace que la velocidad sea relajada y contemplativa. Le resulta curiosa la sensación de conducir visualizando el entorno. Ver por primera vez casas que hace tiempo que están ahí y que a pesar de haber pasado por el mismo lugar decenas de veces, nunca había visto.

En un par de horas llegará a su destino. La temperatura exterior y el color del cielo no hacían pensar que pudiera estropearse la climatología.

Sorprendida de lo que la mente puede elaborar cuando en realidad no se propone un pensamiento en concreto, le van surgiendo, como retales sueltos, decisiones estacionadas para mejor ocasión -cosas que siempre se dejan para el próximo lunes-: ya veré lo que hago; mañana veremos; tal vez otro día; hoy no es el mejor momento para hablar de eso; estoy cansada; mañana hablamos, y un largo etcétera. Lleva semanas dándole vueltas al tema del color de la habitación y, de repente, lo ha visto claro, AZUL. Hablará con Jorge y comprarán la pintura la próxima semana "ya veremos" dirá él, "tal vez el fin de

semana que vienen mis padres, nos den alguna idea, ¿qué tienen que ver tus padres con el color de nuestra habitación? sería su respuesta. Y así un día y otro, una decisión tras otra. La casa sin pintar, las convivencias sin decidir y, de repente, al mirar al cielo lo tuvo claro -por lo menos lo que se refería al color de la habitación aunque, por algo se empieza-. Azul ese azul tranquilo y sin nubes que se veía al mirar hacia arriba y que le producía una sensación agradable a los ojos.

También vio con claridad ese encuentro aplazado con Marta para hablar de sus cosas, cosas que hace tiempo que no se cuentan y se disimulan con una llamada telefónica de compromiso “¿cómo estás?”, “ando agobiada de trabajo”, “te llamo la semana próxima ¿vale?”, “¿todo bien por casa?”, “ya ves, los niños creciendo”, “un beso, te llamaré”.

Una amistad desde el colegio. Sus familias crecieron en la misma calle y sus primeros novios fueron de la misma pandilla. Años de institutos juntas. Juntas al cine, a conciertos, a la parte trasera del coche con aquellos aspirantes, a no se sabe muy bien qué, que les subían tímidamente las faldas para descubrir sensaciones nuevas. Años de facultad inacabada, proyectos, amigos, amantes. Siempre juntas participando la una de todo lo de la otra y, sin saber muy bien cómo, poco a poco se fue haciendo la distancia. Primero fueron los kilómetros, -el trabajo de Lucas, compañero de Marta- lo que

las distanció unos quinientos o más, después ¿qué pasó después?

La vida pasó después.

Fue a su boda (estaba radiante, convencida, enamorada), recuerda que hablaron todo la noche de los proyectos de ella, de los hijos que tendría, de cómo el amor te cambia de un golpe la idea elaborada en tu cabeza, de lo que quieres hacer con tu existencia. No importaba, los proyectos eran aparte, ellas serían amigas siempre.

Fue al bautizo de sus hijos -dos criaturas adorables de ojos azules como su padre que, la convirtieron en la tía Paula-, por los que Marta tuvo que dejar el trabajo y Lucas, ampliar el suyo -dos bocas de golpe, cambian los planes-.

Años de ir y venir -navidad, pascua y el cumpleaños de los niños-. Ya no salían, no bebían, no bailaban, no... sólo se veían un par de días cada tanto y hablaban de pediatras, vacunas, colegios, educación, y la distancia tímidamente iba haciendo su aparición. El teléfono se convirtió en aliado.

Y un día, el aliado aparato la despertó a las cuatro de la mañana y fue al entierro de Lucas. Un accidente de tráfico las distanció más kilómetros.

Marta y los niños se fueron a vivir con los padres de Lucas, propietarios de un pequeño hotelito en Asturias (campo y vida sana, empezar de nuevo).

La ayudó a vender el piso, fueron de bancos e hicieron papeles y más papeles para que a los niños no les faltara de nada pero, y a ellas ¿qué les faltaba a ellas? Se habían quedado mudas de sentimientos.

Perdieron juntas el brillo de los ojos, la risa, las irrefrenables ganas de hacer locuras y pasteles de chocolate. Pero tenían que seguir. La acompañó al tren y, un beso puso mil kilómetros entre las dos.

La tía Paula se convirtió en una llamada para sus cumpleaños y el envío de juguetes y flores. Era esa visita programada con muchos días de antelación por pascua, anulada en el último momento (en verano imposible, el hotelito estaba hasta los topes), y regalitos de última hora para sus chicos favoritos, que iban creciendo sin pedir permiso a nadie.

Va para tres años que está diciéndose, “el lunes sin falta hablo con el jefe y le pido dos semanas de permiso y les doy una sorpresa”. Pero cada lunes, es una historia diferente. Mucho trabajo, un cliente nuevo e importante, un envío urgente, reuniones, etcétera. Y, últimamente Jorge. Su relación

parecía que esta vez iba un poco más en serio. Poco a poco, sin saber por qué, hacían planes juntos y juntos estaban decorando un pequeño apartamento cerca del mar. Un día miraban lámparas, otro armarios e incluso discutían el tono del sofá ¿qué le estaba pasando?, Jorge la quería, de eso estaba segura, pero, ¿y ella? ¿Quería perder su independencia? Una duda la asaltó de repente: La convivencia es compartir y por lo tanto plural, de dos...

El cartel del desvío de la urbanización la devolvió a la realidad más inminente. Veinte kilómetros más, eso era todo lo que le quedaban a sus solitarios pensamientos.

Decidido, el próximo lunes lo primero, hablar con el jefe y no piensa dejarse convencer, no admitirá un no por respuesta, se lo deben, ha trabajado duro y el argumento de “nadie es imprescindible” se lo ha recitado mentalmente un millón de veces. Lo hará, pero... eso será el próximo lunes.

## *Mater...*

Berta Gil Alonso

**U**na sincopada vibración alteró su marcha. Presurosa, intentó con una mano sacar el móvil de la bolsita que colgaba de su cuello mientras, con la otra, seguía empujando el carrito de la compra, lleno hasta los bordes.

Cierto es que, a pesar de la comodidad de las ruedas, cada vez se le hacía más penoso el trabajo; eran los años, pero también el hecho de que, aunque los hijos habían abandonado el nido familiar, éste se veía cada vez más y más concurrido.

El móvil seguía sonando con aquella vibración que sus hijos le habían instalado, dado que ya comenzaba a fallarle el oído. Se paró en la acera y con ambas manos, deformadas por la artritis, abordó la tarea.

—¿Dime? -era su mayor, agitada y nerviosa.

—Mami, te llevo al peque, la tata me acaba de llamar diciendo que no puede venir. Voy rápida, tengo que abrir a las diez...

Su “vale, vale...” se perdió en el aire.

Eran casi las 10 de la mañana Se había levantado antes de las siete para comenzar con el rosario de tareas de cada día. Llevaba ya unos cuantos misterios, **gozosos**, a pesar de todo.

A las 8, como cada día, llegaba la tercera de sus hijos. Entraba a trabajar a las 8'30 y antes dejaba la bebida y también a los gemelos de 6 años en casa de la abuela. Ya les tenía preparado el vaso de leche y el almuerzo en la bolsita, cada una con el nombre y era el abuelo el encargado de acercarlos al colegio. Entonces ella, con gran cuidado, aseaba al bebé, le daba el biberón... A pesar del gozo que le producía, ello constituía el misterio más **doloroso**.

Sentía aquella situación. Su niña, siempre tan simpática, estudiosa y servicial... No podía comprender cómo había fracasado en su matrimonio; cómo tanta compenetración y enamoramiento terminó en dramática ruptura. Parecía que, después de unos años de compartir sus vidas con altibajos y problemas, el bebé iba a ser la solución, la esperanza... ¡Vana ilusión! Le dolió aquel embarazo en solitario, las infames dudas sobre la paternidad, la dureza del juicio aclaratorio, la ruptura total... Y ahora, las penurias económicas que **ella** intentaba compensar. Le duele verla sufrir, en silencio. Siempre ha sido tan reservada y discreta... **Ella** siempre valoró

su manera de ser, la puso de ejemplo ante su segundo, muy *dandi* él. Era tan abierto y espontáneo que a veces parecía un inconsciente. **Ella** le reñía, hoy: le envidia. No entiende bien el comportamiento ante su divorcio. Se lleva bien con su ex, coge al niño cada quince días y lo cuida, lo atiende con mimo... pero **ella** sigue sin entender cómo se puede vivir así. Su hijo tiene otro padre, él atiende a la niña de su compañera actual. No entiende, pero lo acepta. No así su marido, el abuelo que vio perpetuado su apellido en aquel nieto, ahora sólo presente en contados días. *El roce hace el cariño*, dice el refrán. Y así es. Se hizo presente el día de la comunión del pequeño. Aquella fiesta en la que se sintieron fuera de lugar. Sintió envidia al ver la relación del niño con *su otro padre*, el sustituto, y rabia de la actitud de su hijo, al que parecía no importar. *Lo importante es que sea feliz*, comenta siempre.

Feliz, feliz... Se preguntaba **ella** por el verdadero significado de esa palabra.

Siempre es de las primeras en el supermercado, en las tiendas del barrio. Rápida en sus compras y también en los encargos. Continuó la marcha ansiosa, quería llegar a casa antes que su mayor, pues el abuelo, con uno solo bien, pero con más...

– Lo meteré en el parque, así no se acercará al bebé, pues a sus 20 meses es un verdadero torbellino.

Casi tropieza con su mayor, siempre al borde de la histeria. Es su saludo una letanía de observaciones: *en la bolsa verde está lo necesario para cambiarle; en la térmica la comida...* **Ella** escucha sumisa, arrastrando la compra, pensando en el menú diario, perdón, en los menús: el de régimen para el abuelo, sin sal, sin grasas... como ella debería comer, pero al final siempre termina echando al plato las sobras de otros; la papilla para el bebé; el plato de cuchara para los gemelos, el comedor del colegio sale caro, además comen mejor con la abuela, pues con el tiempo se ha convertido en una *maga* de la restauración, como ahora se dice...

Así lo afirma *su muchachote*, su pequeño, siempre tan amante del deporte y con tan buen apetito. Se ha unido al restaurante familiar, pues trabaja cerca y vive lejos, además, a su mujercita, ¡vaya! que no le va mucho lo de la cocina. Es una mujer triunfadora en su profesión -*la ejecutiva* la llaman sus cuñadas- amante de las dietas y del sibaritismo. Manifiesta un escaso afecto maternal, se ve incapaz de pasar por el trance de un embarazo, pero cuida con gran delicadeza a su perrita, a la que llena de mimos y agasajos. Es simpática y cordial cuando va, siempre tiene detalles para todos; generosa con los niños, zalamera hasta la exageración con su marido... al que tiene

totalmente enamorado, abobado más bien. Ella hubiese preferido una mujer de otro estilo para su hijo, pero al final, más vale eso que lo de su tercera..., incluso que lo de su mayor, a quienes con tanto afán de abrirse camino, de escalar posiciones, les ha pillado la *crisis* totalmente empeñados por los negocios y tratan de capear el temporal trabajando tanto que no tienen ni tiempo para atender a los niños, siempre en manos de extrañas.

A **ella** eso le duele, pues los niños necesitan cuidado familiar, el tiempo de los suyos: por eso, al final ha convencido a su mayor para que la niña, la que desde temprana edad pasa en un colegio elitista más tiempo que en casa, vaya a la parroquia cercana, a la de toda la vida, a prepararse para la comunión. Así el abuelo, un par de veces a la semana, a las 5, antes de ir a recoger a los gemelos, se acerca a la parada de autobús y recoge a la nieta. Meriendan juntos los primos, bajo la mirada de los yayos y da **gloria** verlos jugar, reír, hablar... mientras se pregunta qué será de ellos, qué les deparará la vida.

La vida tiene caminos desconocidos, misteriosos. **Ella** intentó criar, educar a sus hijos de forma similar, procuró proporcionarles estudios y las mismas oportunidades... pero ahora sus vidas caminaban por sendas bien diferentes.

Pasan los días, los meses... y **ella** continúa su rosario de vida, su letanía de acciones.

... *mater amabilis, mater admirabilis, mater boni consilii...* resuena en su interior. Recuerdos de años lejanos, años de rosario impuesto cada día como conclusión a la jornada escolar. *Ora pro nobis* era la monótona respuesta a cada una de las invocaciones. Respuestas desgastadas, vacías ante un incomprendido mensaje.

La vida, el tiempo se han convertido en excelentes traductoras... *madre amable, madre admirable, madre del buen consejo...*

# *Formigues roges*

Amparo Grafiá Hernández

**U**na. L'he agafada amb molta cura perquè no caiguera. Cura..., cura hauria d'haver tingut. Ja m'ho deia mare. Sóc massa impetuosa, potser ha sigut per això... Ho faig tot sense pensar, sense la delicadesa necessària, sense ficar cap mena d'atenció, potser ha sigut això.

**D**ues. En tinc dues, xicotetes, vermelles com dues gotes de sang. Sang. Em fa por la sang. És com un crit en la foscor que es perd en la nit i que ningú pot escoltar perquè estàs sola, com ara. Ningú les veu però hi estan. Les puc vore córrer per les meues mans dolorides.

**T**res. Aquesta tercera, viva, s'escorre amb rapidesa entre els dits. Sembla que estiga jugant. Em provoca però no tinc gens de ganes. La veritat és que fa molt de temps que no tinc ganes de jocs de cap tipus, ni tan sols les cosquerelles que em fa m'agraden.

**Q**uatre. Ja n'he agafat quatre, em caben perfectament a una mà. Rogetes, juganeres. Llisquen lleugeres com les

paraules a la meua boca. És que parle massa, ja m'ho deia ma mare, *la dona ha de saber callar*. Tant de bo li haguera fet cas, potser haguera aconseguit que la meua opinió tinguera pes, que fos més apreuada. Però no, no sé callar. Ha sigut per això, segur.

**C**inc. Cinc és un bon nombre però no sé si en seran suficients. Tant se val, n'agarraré una altra.

**S**is. Encara no són suficients, encara em caben més i necessite moltes. La veritat és que té raó, no tinc mai prou. Serà per això. Ma mare m'ho tenia ben dit, sembla que l'estiga escoltant. *Has de saber conformar-te amb el que tens. No desitges mai allò que no tens i seràs feliç*. I jo ho he intentat, ho jure. Ho intente tots els dies perquè vull..., vull ser feliç. Què pot tindre això de dolent?

**S**et. Si les premera amb força em deixarien la mà bruta de roig, d'un roig intens, vermell. Però no ho faré, les estime massa. Vaig a traspasar una porta i m'han d'acompanyar. Deixaré aquestes parets que tant m'ofeguen i m'endinsaré en un somni profund del que no espere despertar.

**V**uit. Són moltes però són tan boniques que no puc dir que no a cap d'elles. Les agafaré totes i més que puguen haver-hi. Me les emportaré i així no hauran de patir. El patiment no s'hauria d'acceptar en cap lloc. Caldria tancar-lo

entre quatre parets com aquestes i llançar la clau a la mar. Només així s'oblidaria que una vegada va existir.

**N**ou. Nou? Una, dues, tres, quatre..., sis..., vuit i nou. Sí, en són nou. Com els mesos que duc ací tancada, entre aquestes quatre parets. Açò és la felicitat, mare? Què puc fer si jo entenc la felicitat d'altra forma? Però m'he de conformar, ho sé, no cregues que no ho intente. Però és que jo vull una altra cosa. Felicitat. Què paraula tan bonica...!

**D**eu. Merda! Ha caigut a terra. Vols fugir? Jo també, però no té'n pots anar encara, m'has d'ajudar. Felicitat... Per on parará la felicitat? Potser estiga tancada entre quatre parets i per trobar la clau, u haja d'enfonsar-se en la mar.

**O**nze. No és un número redó com el deu, no està complet. No és perfecte però qui ho és? Jo ho he intentat. He intentat ser una bona mare i una bona esposa. Pel que es veu no ha sigut suficient. M'he esforçat per atendre la meua família i la meua casa el millor que he pogut, de veres. Però sóc desmanotada i no molt llesta, ho reconec. Per això la meua filla suspén tantes assignatures: ha eixit a sa mare. Pobreta..., dona i bova. Si almenys haguera tret la intel·ligència de son pare... no li esperaria un futur de patiment. Encara que ja fa temps que patix. Ho fa des del dia

que em va trobar plena de sang al terra de la cuina, fa nou mesos.

**D**otze. Ja les agarre amb dificultat, si no vaig amb cura cauran i serà difícil arreplegar-les perquè correrien pels taulells com a boges. Potser siga això, estic boja. Estic sola i boja. M'ho deia tots els dies, en cada racó de la casa, en cada colp a l'estómac. Perquè al principi els cops no anaven a la cara, no volia que algú de l'escala poguera sospitar. Per això em tapava la boca amb força. La xiqueta tampoc no ho podia escoltar des de la seua habitació... O sí? Potser llavors fóra l'inici del seu patiment.

**T**retze. En són tretze, com els seus anys. Ara està a l'institut. Se n'ha anat preocupada. El dia que em va trobar inconscient va telefonar l'ambulància. No sé com va saber el que havia de fer, d'on ho havia tret, qui l'havia informat dels passos que calia seguir. Actuava amb diligència. I jo la veia com si no fóra la meua filla, com si no fóra la xiqueta que s'amagava en els armaris quan veia entrar a casa son pare. En l'hospital, davant meu, sense cap consulta, sense escoltar-me, va telefonar la policia amb el seu lluent mòbil rosa. Amb l'informe del metge de guàrdia a la mà, em va clavar dins d'un taxi que ens va portar a la comissaria.

Catorze. Només en queden tres. Roges, profundes, obscures. Les veig allà lluny, en la foscor circular del fons del pot. Els ulls d'ell. Els seus ulls també són redons, foscos, llunyans. Els té unflats i sangonosos, serà per l'alcohol o per la ràbia. Sé que ell esperava més de mi, ho sé, però és que jo sóc així: curta, fava, baixeta i..., i no tinc els pits bonics, ni les cuixes. Ho vaig intentar, em vaig apuntar a un gimnàs per tal d'agradar-lo però ell no va estar d'acord, deia que *a eixos llocs només van les fulanes que tenen ganes de tio*. Ho deia mentre em singlava amb la corretga i em mirava amb els seus ulls redons plens de sang. Així que vaig deixar d'anar, clar. Tampoc podia despullar-me al vestuari plena de blaüres i ferides. Què pensarien de mi?

Quinze. *La niña bonita*. I què pensarà la meua filla de sa mare? Deu sentir-se una persona desafortunada per tindre una mare inútil que només sap plorar pels racons de casa amb el pànic de creure's que darrere de la porta està l'amenaça del seu home, i que té com única pretensió tallar-se les venes del braç per posar fi a una vida a la qual no sap plantar cara. Pensarà que sóc una covard, que no tinc valor per enfrontar-me a ell... I tindrà raó. Quantes vegades m'ha dit d'eixir de casa? *Mare, no pot apropar-se a tu a menys de tres-cents metres*. Millor seria que no pensara cap cosa, per a una dona no és bo pensar i menys ella, que ha heretat de mi la intel·ligència.

**S**etze. No m'agrada gens el setze. Als setze anys el vaig conèixer i setze anys portem casats. Setze anys de galtades, de puntellons, d'escopinyades, d'insults, de burles, de sang seca als llavis... Setze anys de pallisses i de silenci. La meua filla no començà a parlar fins que va tindre quatre anys. El valuós silenci. El meu home pensava que la xiqueta era retrasada, com jo, no podia comprendre que cadascú patix d'una forma, i la meua filla des que va nàixer està patint. I tot per culpa de sa mare.

**D**èssel. Dèssel formigues roges posades a la meua mà, lluentes. Ja no en queden més al pot. Pobreta, abans d'eixir es pren la molèstia de revisar els calaixos. Res de ganivets, ni gots de cristall. Res que talle o punxe. Cap corda, cap corretja d'on penjar-se. Va fer instal·lar el gas ciutat per tal de fer desaparèixer les bombones. Però és curteta, només cal vore les notes de l'última avaluació. Mira que no revisar l'armariet dels medicaments... Ací està el pot. Buit, amb el fons redó i fosc. I ací les formiguetes juganeres, rogetes, lluentes. No em caben més a la mà. Només cal un glopet i ja serà l'última cosa que faça. No, aigua no. L'aigua em recorda el sabor del ferro dels llavis unflats. Millor un colpet de ginebra. Espere que no l'haja trobada la meua filla, la tinc sota el coixí del llit. Merda! A terra han anat a parar. No puc fer dues coses a la vegada, és que sóc desmanotada. Mira que m'ho ha estat recordant durant anys. Setze, i jo, torna. Haurà

sigut per això. Una, dues, tres, aquesta l'he xafada, ara hauré de prendre'm setze i no m'agrada el número. Què inútil sóc! Tant se val, poc m'anava a servir una píndola fofa i buida... Buida? Està buida...? Però... Què llesta! Ha buidat les píndoles una a una... Potser la meua filla no és com jo... Potser..., potser té raó i no em fa falta cap formiga roja que dur-me als llavis... Potser...



# *Els vells arbres*

M<sup>a</sup> Isabel Marín Royo

*Somos como esos viejos árboles  
batidos por el viento que azota desde el mar.  
Hemos perdido, compañeros,  
paisajes y esperanzas en nuestro caminar.  
Vamos hundiendo en las palabras  
las huellas de los labios para poder besar  
tiempos futuros y anhelados  
de manos contra manos, izando la igualdad.*

*JOSÉ ANTONIO LABORDETA*

## I

**C**onduir em tranquil·litza. Tenir tres hores per davant m'assossegava de l'estrés ciutadà de tota una setmana. Andreu no entenia com no perdonava cap dimecres aquell viatge, en canvi jo desitjava que arribara dimarts a la vesprada per fugir de les presses i de tot allò que en tornar, vint-i-quatre hores després, trobava igual. Encara em tamborinejava tota la informació que havia manejat mitja hora abans, al treball. Durant el viatge intentava no pensar en res i, en canvi, trobava

sense esforçar-me la forma que li donaria a l'article que havia d'escriure, recordava les coses que m'havien quedat pendents i prioritzava amb una facilitat que només trobava al volant, conduint cap aquell poblet menut on trenta-quatre anys abans havia nascut i on ma mare s'aferrava a seguir vivint. Fins dijous al matí deixava de ser una "urbanita" i em sentia una altra "jo", rural com un arbre. Blanca com un núvol. Lligada i lliure com les fulles dels albers.

Ma mare ja m'esperava. La vaig besar com si fera anys que no ens vérem. Ella em va estrényer contra el seu pit en una abraçada de les que anomenem "vitamínica".

— Filla! No passaria res si no vingueres totes les setmanes.

— Acabe d'arribar i ja em vols perdre de vista? Què bé!

— Saps que m'encanta que vingues, Eva. Però estàs molt lluny, tú bé saps! La carretera em fa por.

— Vaig amb molt de compte, mare. Isc amb temps i sense pressa. M'agrada vore com va canviant el paisatge.

I tant, que canvia! De les primeres autopistes ràpides a aquelles carreteres de muntanya després, el canvi és brutal. Però eixe paisatge ferèstec és el meu i trobar-lo és trobar-me amb mi mateixa. Cada estació dóna uns colors i unes

sensacions. Ara, els arbres estaven perdent la verdor. La muntanya es tacava de rojos dels aurons, dels darrers verds esmorteïts i de grocs que prompte serien fullaraca seca. Allò era el preludi d'un llarg i fred hivern. En canvi, en aquella tardor, com totes les tardors, el cel donava a cada moment un paisatge nou, amb núvols poderosos i juganers, còmplices del sol en un joc capritxós de clarobscur intrigants.

—Fas cara de cansada.

—Uf! L'últim tram de carretera és horrible, ja saps. A vore quan es pot vore una carretera decenta, només decenta! La darrera mitja hora és crua. No m'he creuat cap cotxe. Un tractor que duia davant, i prou.

—Sebastià? Aniria a la granja.

—Sí, era Sebastià. M'ha donat pas quan ha pogut.

Als pobles menuts tothom es coneix i es relaciona. Hi ha molta gent que s'hi troba reconfortada amb la familiaritat de tracte amb el veïnat. En canvi, hi ha qui no pot suportar pensar que allò que fa, i allò que no fa, interessa a tothom; aquests se senten espiats i no poden suportar-ho. Ma mare és del primer tipus; jo, del grup dels susceptibles, gelosos de la pròpia intimitat encara que no hi haja res d'emocionant ni cap drap brut digne d'amagar. Sempre he presumit de sincera, fins i tot

de transparent. I m'agrada la vida rural a les vacances, sí; a prop de la natura, lluny dels tubs d'escapament. Però ací no hi ha internet, per tant no hi puc treballar. Què fa una redactora d'un diari sense internet? Doncs, ni més ni menys; desconnectar durant un dia feliç i reparador i, si en són dos, grimpar per les parets.

Tenia clar què era el que li convenia a ma mare, i el que em convenia a mi: dur-me-la a la ciutat. Ho teníem mig aparaulat.

– Creus que t'enyoraràs molt del poble, mare?

– Amb quina m'ixes, ara?

– No te'n recordes de com vam quedar, dimecres passat? Vindràs amb mi.

– A vore, Eva: et vaig dir que m'ho pensaria. Mira, les veïnes es porten tan bé, o millor, que la pròpia família. De fet, som com una família.

Allò em va deixar un poc espantada i, per suposat, la mare m'ho va llegir a la cara.

– Mare: dimecres passat em vas dir que avui estaries amanida per venir amb mi demà. Tots t'estem esperant.

– Neeena!

Quan em diu “nena” és que va a contradir-me.

– Mare, tens preparat el dormitori. Xicotet, però això és el que hi ha. El meu pis és com és.

– Això són moltes molèsties.

– Mare, t’he de recordar que a l’estiu vas tindre vertigen? Que aleshores estàvem tots ací, amb tu, però ara, tu ací a soles...

– Les veïnes estem sempre juntes, no estic a soles. I estic perfectament recuperada, ja. No estàs exagerant una mica?

– D’acord, mare, però prompte vindrà l’hivern. Com has d’estar-te en un poble on, com aquell qui diu, no venen ni mocadors de paper!

– Ai, mira, coses de l’abandonament rural. Em moriré sense entendre per què la gent s’amuntega a les ciutats podent viure en llocs tranquils i pacífics com el meu poble.

– Ací s’està prou bé, sí... sobretot amb un cotxe aparcat a la porta i amb companyia a dins de casa, que són dues coses que no tens més que un dia a la setmana. I espera’t que neve i us quedeu aïllats!

—No sé com dir-t'ho, filla, perquè ets la millor filla del món. I Manel: tinc uns fills que valeu el vostre pes en or i en diamants. No tinc paraules... Però, carinyet, avui en dia els joves voleu fer la vostra vida. Com ho dieu? Triomfar, tindre èxit! La vostra professió és el més important! Ton pare i jo ens vam sacrificar privant-nos d'algunes coses per donar-vos estudis i que tinguéreu una vida millor, lluny d'ací...

—Als fills ens desitges una vida millor fora d'ací i tu, com si hi estigueres enganxada amb claus. És coherent? A què juguem?

—Ai! I què vols? Ací he nascut i ací voldria morir!

—I si la setmana que ve l'oratge diu que neva, no podré vindre ni dur-te la compra.

—Quan neva, ens reunim amb Josefina i Carme a casa d'alguna de les tres, recordem vells temps... arreglem el món. I fem ganxet. Josefina, molt moderna ella, fa *pachword* i Carme, com quasi no s'hi veu, toquinya coses ací i allà; no aclareix res però ens prepara alguna coseta per berenar i ens ajuda si pot, amb açò o amb allò.

—Mare, tu saps si ets cabuda? Venia decidida a portar-te amb mi, demà.

—És veritat: ho sóc molt, de cabuda. Mira que ací estem prop de l'Aragó i ens toca una part d'herència.

—Mare: et necessite, a ma casa.

—De veres? Creus que una dona vella i de poble et serà útil?

—Clar que sí. Et necessite a prop. Et puc dir les coses amb confiança. Em fas molta companyia.

—Però no dius que sóc jo qui està sola?

Quina contradicció! Aquella dona estava deixant-me clar que jo, amb un marit i dos fills, estava més a soles que ella.

Quan ella venia a ma casa, ja l'entrada s'omplia d'energia. Era com si les virtuts del poble vingueren amb ella, com ensumar l'aroma de les fulles dels àlbers humides per la pluja, com si per una finestra oberta entrara el sol a dojo, carregat de flaires de timó i d'espígol; de sàvia i de romer; d'herba sana i gerani.

—Mare, quan véns a casa se'ns carreguen les piles. Vindràs amb mi? Faràs les maletes?

—Quin altre remei em deixes?

Quan estava a punt d'adormir-me em vaig recordar:

– Mare, que dorms?

– Mmmm.

– T'he dut el disc que tant t'agrada. El de Labordeta.

– Ai, què bé. Labordeta i jo vam nàixer el mateix dia.  
Gràcies.

– Ja ho sé. Demà el sentirem. Bona nit.

– Bona nit, filla.

Sense poder evitar-ho, em vaig adormir amb la tonadeta de la cançó preferida de la mare: “*Somos como esos viejos árboles...*”

## II

**H**avien passat tres setmanes des d'aquella conversa en què quasi la vaig convèncer perquè se'n vinguera a Alzira a viure amb mi. La mare va insistir a romandre al poble. Em va convèncer per a estar-se unes setmanes més. Les previsions de l'oratge no donaven neu, però feia fred. L'hivern ja hi era de ple.

Aquell dimecres, la mare havia ficat unes branquetes seques de romer a dins l'estufa de llenya i una agradable olor omplia l'estança. Quasi tota l'activitat diària la feia ací: una estufa imprescindible, la butaca enfront de la televisió i una taula rodona amb quatre cadires. Aquell menjador era al mateix temps sala d'estar. El balcó donava al carrer i aplegava el càlid sol de la vesprada, tan escàs a l'hivern. La cuina era menuda, amb una finestra que donava al mateix carrer. Els dormitoris eren al pis de dalt; els calfava amb un aparell elèctric.

No l'esperàvem, el meu germà Manel. Va vindre per sorpresa, però s'havia assegurat que jo hi era.

La mare es va fer contentíssima de tindre'ns als dos allà, amb ella. Es va entusiasmar tant que ens va recordar aquells moments "memorables" que hi ha en totes les famílies. Quan Manel va comprar un pollastre vell en la subhasta de Sant Antoni, amb uns espolons que delataven que era més vell que Matusalem; el dia que em vaig menjar les cabotes dels mistos i em vaig posar malalta; aquell viatge al Monestir de pedra on la mare es perdia per la pensió i saludava un espill; o les incomptables anècdotes del pare. En arribar al pare, el somriure era tendre i havíem de canviar ràpidament de tema per tal de no ofegar-nos amb la nostàlgia i l'enyor.

Després d'una migdiada reparadora vaig tenir temps de parlar amb Manel. La mare no hi era.

Em va contar que tenia grans projectes i poc de temps per enllestir-los. Que haurien de fer dies de més de vint-i-quatre hores per poder-los dur endavant. El vaig posar al dia de les meues coses.

—Em van proposar d'anar a Egipte. Vaig estar a punt de dir que sí.

—Haver-ho fet, Eva! Per què no? Hagueres viscut un canvi històric en primera persona.

—No vull pensar més en això. Et vas assabentar d'aquella xiqueta que va morir condemnada per una fetua? Només tenia 14 anys i l'havia estat violant de seguit un home pròxim a la família, un de 40 anys. Un vell, per a la nena. A ella li van pegar 80 cops amb una canya de bambú i una setmana després va morir.

—No coneixia els detalls, però vaig llegir l'article que vas escriure. Em va agradar el tractament que li donares. Cal denunciar aquestes venjances que fan en nom de l'islam i més quan són lleis cruels i violentes contra les dones.

—Només tenia catorze anys! M'haguera agradat anar i parlar amb els familiars, sentir el seu dolor com si fora meu... vaig haver d'aconformar-me amb la columna d'opinió.

—Tenies la possibilitat? No tornes a rebutjar una ocasió així, Eva. Als periodistes us encanta estar al plat i a les tallades.

—No és el moment de viatjar. Quan els xics siguen més grans podré disposar del meu temps d'una altra manera. Ells em necessiten, i vull pensar que la nostra mare també.

—Ella no tant. S'ho monta bé, ací.

—Manel, pensa-ho: té 78 anys i a l'estiu ho vam passar malament amb el vertigen. La vam arreplegar de terra dues vegades, saps?

—Però ara ja està bé. Fa quasi dos mesos d'això i no ha tingut ni tan sols un refredat de res. Tots els anys es vacuna contra la grip.

—No em diràs el mateix que ella? Que ací està molt bé, que les veïnes vénen a tothora, que no està a soles...

—No ho està.

– Sí que ho està. Cap de les veïnes té menys de 70 anys. No tenen vehicle.

– Que es pague un taxi, si cal. Pot fer-ho.

– Mira, Manel. Ja sé que tu tens molta faena. Jo també, però ja està decidit: la mare ve amb mi, a Alzira. És allunyar-la del poble, que tant li agrada, però jo estaré més tranquil ·la.

– Tu més tranquil ·la, i ella?

– No ho sé. Provarem. Vaig a fer que es prepare les maletes.

– No és a casa. Ha dit que havia d'anar a comprar.

– A comprar? No pot ser. Ahir li vaig dur la compra. Quina en deu dur al cap?

– Eva, estàs un poc nerviosa. No l'aclapares. És major, però està prou bé. No és depenent.

– Esperem que no ho siga mai. Enten-me a mi: no vull que ma mare visca a soles, com tampoc voldria que anara a una residència tenint dos fills.

– Vinga, anem a fer una volteta pel poble, que a tots dos ens anirà bé prendre el solet.

Els carrers, de vegades deserts, durant aquella hora tenien moviment. A l'hivern, la gent aprofita qualsevol excusa per deixar-se tocar pel sol de la vesprada. Vam trobar la mare amb Josefina i Carme. Les dones ens van saludar càlidament. La mare feia un posat més seriós que menys.

—Heu comprat verdura? I ous?

—Són espinacs. Els acabem de collir.

La mare tenia una expressió distant. Ens havia ocultat que havia sembrat espinacs a l'hortet familiar i, a més, havia comprat gallines ponedores.

—No tastareu uns ous més bons que aquests, que són naturals! -deia Josefina, rient-se i mostrant orgullosa un ous grossos i llustrosos.

De camí cap a casa no vaig gosar dir res. Estava clar que la mare no podia fer tot allò que li agradava si venia amb mi. En quina posició quedava jo? Era una pesada.

Manel sí que va donar conversa a les tres dones. Així ens vam assabentar que la mare també tenia un gosset que havia arreplegat i que vigilava el corral i un gat que mantenia net de rosegadors tot allò. Jo em sentia confosa. Manel em va fer desistir de dur-me-la amb mi. Vaig insistir que: “de moment”

només. Sabia que tard o d'hora jo seria qui la cuidara. L'artrosi anava fent camí i els genolls eren el seu punt feble. Jo estava fent-me l'ànim que amb la meua cura viuria molts anys. Ja havia perdut els avis i el pare; volia tindre-la el major temps possible amb nosaltres.

—Mare, fes-te a la idea que et fas major i necessitaràs que algú t'ajude. I jo no puc viure ací, ja ho saps -li vaig dir en acomiadar-me.

—Sí, filla. T'agraïsc el teu oferiment. Molt. Però lluny d'ací crec que em moriria de pena.

No em vaig fixar en la cara del meu germà quan la mare va dir allò últim. Si ho haguera fet, tal volta no m'haguera sorprés tant la seua decisió. Quan una cosa no te l'esperes, és una sorpresa. I de primer no vaig saber si m'havia d'alegrar o no.

Manel venia per quedar-s'hi. L'empresa on treballava havia fet un expedient de regulació, un ere, i ell anava a l'atur durant tres mesos.

—He pensat quedar-me amb tu, mare. Si et sembla bé. Estic en un projecte que podré fer a distància, des d'ací. Hauré d'anar pels pobles per tal d'arreglar informació però vindré totes les nits. Tindràs un vehicle a la porta i algú a casa durant tota la nit. Tret de que isca una estoneta amb els amics!

— Això faltava, que no isqueres un poc per a desemboirar-te!

— I per a deixar-te una miqueta d'intimitat, oi, mare? Que et conec com si...

— ... com si t'haguera parit...! -van dir els dos, a cor.

I que jo em vaig repetir mentalment. Sabia de bestreta que aquella conversa acabava amb aquella vella expressió. Era com si estiguérem repetint una escena viscuda anteriorment, només que ara, amb aquell canvi de plans del meu germà, s'espatlaven els meus. Jo necessitava la mare amb mi. Ella em donava força. Feia anys que estava trobant-la a faltar cada volta més. Aquell imprevist canviava les coses però, en el fons, espolsant-me l'egoisme, m'alegrava que la mare poguera quedar-se al poble, que era el que desitjava.

### III

**A**l diari em van demanar una columna referent al meu germà: un fill que ha tornat al poble per ocupar-se de la mare. Em va costar escriure'l. Els temes socials solia tractar-los jo i aquell ho era. Per què em va resultar tan difícil? Em sentia suplantada? Era culpabilitat? Gelosia? Els germans majors

sempre tenim cels dels menuts. Més que gelosia, el fet que ell fóra home em trencava els esquemes.

Sempre havia pensat que jo la cuidaria, per això no li donava tanta importància al fet que el meu germà cuidara d'ella durant uns mesos. Però, no sé si el destí està escrit o no, la mare va disfrutar aquell hivern i l'estiu del seu hortet i dels seus animals, perquè l'hivern següent el va començar malament.

El meu germà va acabar aquell projecte tan engrescador i apassionant sobre pobles abandonats i va ser bo per a ell, perquè a més a més el va vendre bé. Però la mare es va posar malalta i, aleshores, ell va renunciar al nou treball que li oferien, amb la certesa que, durara el temps que durara com a cuidador, algun lloc de treball li guardarien.

—M'han dit que estic boig de rebutjar una oferta com aquesta, saps? -em va dir.

—Si tu no et deixes la feina per cuidar-la vindrà amb mi o li posarem una dona.

—Vull estar-me amb ella. No em sobren els diners, però puc estar-me un temps amb ella -va dir Manel.

– Demana'm el que necessites. T'agraïsc que estigues disposat a fer-li costat.

– És ma mare. Estarà millor amb un dels dos que amb un desconegut, la conec. I li ho devem.

– Estic d'acord, Manel. La mare necessita viure en sa casa; és el que ella vol i l'hem de fer costat. Conec pocs homes que renunciïn a un bon lloc de treball per cuidar d'una mare major.

– Potser hi ha pocs, però no sóc l'únic.

Em consta que va saber atendre-la més que bé. Jo hi anava sempre que podia. Fins que un dilluns em va telefonar:

– Eva. No t'esperes a dimecres. Si pots, demana permís. No ho dic per mi, que puc atendre-la. Ho dic per si de cas... per si vols acomiadar-te... m'entens?

Vaig preparar el viatge, amb moltes dificultats. Havia blindat el meu dimecres lliure, però un dimarts m'era complicadíssim. Fins que Andreu em va dir: "és ta mare". Sí. Ara jo estava actuant com molts homes, posant el treball per davant. O no? O no és qüestió de sexe? Fet i fet, vaig volar cap a Portell.

El meu germà li agafava d'una mà i gràcies a ell vaig poder arribar a temps d'agafar-li l'altra. Manel ens va fer dos regals: li va permetre viure a sa casa fins l'últim dia i em va avisar per poder acomiadar-me.

—Saps? Fa un moment m'ha demanat sentir aquell disc de Labordeta. La cançó aquella...

—*Somos como esos viejos árboles.*

—Sí. M'ha dit: sóc un arbre que s'ha fet vell, però estic molt orgullosa dels arbres que vénen darrere meu.

El dia que la mare va morir se'm va obrir un forat immens a l'ànima. I, sota el títol "Com cuida un arbre un altre arbre" vaig enllestir l'article que em demanaven.

*Oblit i negror. Un forat immens a l'ànima. Em deixes perduda i, mentre la nitidesa de les faccions que tan estimo es desdibuixen, peroiurà en mi perennement el teu record, la teua mirada tendra i dolça. Llàgrimes i enyor. Què faig amb tota l'estima que sent per tu, ara que no hi ets? A meitat tarda, davallant les muntanyes dels Ports, el sol té un color sangonós. No calfa ni il·lumina, només sobreviu amb respirar forçós. Com tots nosaltres, el sol és més a prop de la mort que de la vida. Acota tristament el cap darrere els cims, cercant el seu llit. Com pot fer-ho? Com pot acabar un dia sense tu? El sol trobarà el camí per començar un altre dia, si no ets ací? No puc*

*dir-te adéu, mare. Sense tu, el món és un lloc on no trobo les forces per seguir endavant. El meu germà o els meus fills també senten esta tristor infinita que m'envaeix? Només per ells, faré per ser-hi ací uns minuts més, unes hores més, un dia rere l'altre. Gràcies, Manel, per cuidar d'ella com a mi m'haguera agradat fer-ho. Sobretot, gràcies perquè és com ella desitjava: sense moure cap arrel d'aquell vell i preciós arbre.*



## *Algo que recordar*

M<sup>a</sup> Paz Martínez Cervera

**L**a bicicleta negra tendría más de 60 años pero seguía siendo la preferida de Aurora. El manillar conservaba la misma firmeza que antaño aunque estaba algo oxidado, y bajo el sillín del que sobresalían pequeños trozos de desgastada espuma, los muelles amortiguaban casi como siempre, lo que le permitía rodar cómodamente por aquellos caminos poco transitados de las afueras del pueblo. A su abuela Asunción, una mujer de fuerte carácter en la que decían “no se posaba ni una mosca”, le había sido realmente útil durante muchos años, siendo su principal y único vehículo desde casa hasta el pueblo al otro lado del puente; con ella iba a por el arroz, las patatas, la levadura para hacer pan mientras quedase harina en la despensa, y la botella de gaseosa que se esperaba “como agua de mayo” en casa, y que se abriría el día de matanza del cerdo a principios del mes de enero. En la tienda de ultramarinos del señor Enrique despachaban a la abuela todo lo que necesitase, y con la recaudación de la primera venta de uva a la bodega del “tío Corneta”, se pagaba sin demora hasta el último céntimo que se debía... En casa de los abuelos

vendían carbón que extraían de la madera de los almendros y de las oliveras, madera de la que no se desperdiciaba nada pues con las pequeñas ramas la abuela arreglaba cuidadosamente garbas con las que alimentar a las ovejas. Hubo una época en la que vendieron también arcilla amarilla para pintar la parte baja de las fachadas, y cal, y hasta crujientes tortitas que la abuela cocía en el horno que el abuelo construyó en el corral, hechas con las almendras que se destinaban a los fogones caseros... Sus abuelos vivían en un lugar de paso, en el camino de “Los Almendros” y muchas veces algunos trabajadores de las minas cercanas y labradores paraban allí a tomar un vaso de vino y a comer algo, a reponer energías mientras la abuela Asunción les invitaba a sentarse en aquellas sillas de anea que la tía Teodora le había regalado el día de su boda...

A Aurora le encantaba escuchar de boca de su padre las hazañas de la abuela Asunción y del abuelo Pepe. Aurora le pedía que se las relatase y su padre se afanaba en aportar nombres, fechas y detalles concretos como si tratase de retroceder en el tiempo y trasladarse a aquellos instantes pasados; sus narraciones resultaban de lo más sentimentales y había momentos en los que su padre cerraba los ojos fuertemente, no sabía si para recordar exactamente cuántos céntimos había recibido cada hermano aquel día de Año Nuevo, o para reprimir la tristeza que le causaban los viejos

recuerdos. Aurora le tomaba la mano y podía sentir su pesar... El abuelo Pepe sólo pensaba en trabajar para tener algo propio, sin descanso, haciendo todo lo que estuviese en sus manos, de día o de noche, de lunes a domingo, segando desde antes del amanecer hasta después del anochecer. Hubiera dado su vida por cada uno de sus cinco hijos pero no tenía tiempo para entretenerse en mimos ni palabras cariñosas. Esa tarea quedaba relegada a la abuela quien se empeñaba en leerles cuentos cada noche, en hablarles mucho, explicarles y razonar con detenimiento sus dudas, abrazarles y darles el calor humano que necesitaban. Se esforzaba por inculcarles una correcta educación, como la recibida durante el tiempo que sirvió en casa de una familia muy bien posicionada de la calle Caballeros, en Valencia. Quería que el comportamiento de sus hijos fuera impecable dentro y fuera de casa, y les acompañaba a misa los domingos que podían pues "... aunque yo nunca los mandaría, no les van a enseñar nada malo..." solía decir el abuelo.

El abuelo Pepe no tenía fuertes convicciones políticas pero sabía el lugar que ocupaban, sabía que eran pobres y que, aunque algunos de sus familiares contaban con los mejores viñedos del pueblo, nadie les iba a regalar nada. No se iba a equivocar con aquello, no odiaba a la gente rica pero tampoco simpatizaba en exceso con aquellos que decía "... ganaban mucho, gastaban muy poco y aún daban menos a los que lo

necesitaban...". No se iba a convertir en un hipócrita como sus vecinos, que segaban desde antes del amanecer hasta el ocaso, y sin embargo se desvivían por amistar con las mejores familias del pueblo, como si ellos les fuesen a sacar de sus apuros diarios. No ansiaba la fortuna de los burgueses pero en el fondo se revelaba contra ellos, contra la injusticia que les había tocado vivir, y nunca a lo largo de su existencia se rebajó a trabajar para ninguna de aquellas familias pudientes.

La casa en la que vivían había sido construida con adobe mojado en su sudor y la ilusión por tener algo propio, encima de un suelo heredado de sus padres y que por lo tanto, no tendrían que rendir cuentas a nadie sobre la semilla que allí germinaría con el tiempo. Era un suelo firme y contaba con pocos metros, pero era completamente suficiente para construir su hogar, su pequeña república en la que no dejarían que nadie les dijese lo que hacer. El carácter obstinado y emprendedor de su abuelo le empujaba a no desfallecer ante las cosechas mal pagadas, los interminables días de fatiga y hambre y la responsabilidad de sacar adelante a sus cinco hijos y a su mujer, su principal pilar. Por las noches no pensaba en casas que nunca tendría, ni en inacabables terrenos que explotar, ni tan siquiera en ropa nueva para el día de San Blas, uno de aquellos días en los que la chispa de la ilusión prendía en sus adentros, sino sólo en su realidad... ¿Cuánta arcilla serían capaces de extraer al día siguiente? ¿Tendrían suficiente

pan y queso de cabra para la comida? El abuelo sólo necesitaba sus hábiles manos y su perspicacia para hacer todo lo que quisiera, nada más, ni nadie más...

La infancia pues del padre de Aurora, de Hilario, no había sido un cuento de hadas precisamente. Los días pasaban lentamente y él sólo pensaba en que llegase pronto el mes de agosto, para ver a su querido tío Roberto conocido en el pueblo como "El Campanero", el marido de la hermana su padre, aquel hombre alto y delgado con una incipiente calva y prominentes orejas que siempre venía provisto de tesoros; grandes piruletas de colores, piñones de azúcar, peladillas, y como no, aquellos apetecibles merengues que hacían las delicias de la abuela Asunción, quien las llamaba "libertades". Hilario sentía una gran devoción por su tío y a finales de agosto cuando marchaban de vuelta a su rutina habitual, su pequeño corazón se le encogía aventurando cuándo regresarían, a fin de sosegar su pena... ¿le traería quizás aquel juguete de hojalata con el que soñaba? Seguro que sí, su tío era capaz de todo y probablemente tenía guardado para él un bonito zepelín de hojalata con mecanismo de cuerda, como el que le había visto al hijo de D. Luís, el notario del pueblo. Si a Hilario le parecía un sueño el pequeño balón de cuero de color tierra, que les habían regalado su padre aquellas navidades, no podía ni imaginarse un juguete de hojalata en sus manos. Aunque lo cierto es que él prefería un arrastre con caballos

como con el que, en su imaginación, araba los bancales de su padre rápidamente. Pero a la mañana siguiente el sueño se desvanecía y la realidad se apoderaba de él.

Aurora pedaleaba a la par que estos pensamientos le venían a la mente; había recordado aquello al desviarse por el camino Real desde el que divisaba a lo lejos la casa donde vivieran sus abuelos mucho tiempo atrás. Era una mañana en la que el sol despuntaba. Aunque le molestaba bastante en los ojos, Aurora se encontraba radiante por el hallazgo de tan agradables temperaturas a finales del mes de febrero. Había llegado a la altura de la casa cuando se detuvo y observándola a lo lejos intentó recrear la vida en los años 40.

Dejó la bici apoyada a orillas de un bancal de almendros y poniendo los brazos en jarra, fijó su mirada donde crecieran claveles rojos, esos que su abuela arreglaba con tanto amor... Estaba completamente absorta en los pensamientos que caprichosamente se habían instalado aquella mañana en su mente, cuando un ruido cercano le sobresaltó. Al girarse vio que la bicicleta había resbalado y se había caído al suelo. Mientras se acercaba a ponerla en pie notó como el corazón se le apresuraba y le latía muy deprisa. Esperaba que no se hubiese dañado nada, una bici tan antigua no era fácil de reparar y además la quería más que a cualquier otro objeto en el mundo. Comprobó que estaba todo bien y subió a la bici con

tranquilidad, pero entonces se percató de que el sillín había cedido hasta el tope. Bajó de la bici y estiró hacia arriba con tanta fuerza que se quedó con él en las manos. El sudor le resbalaba entre sus dedos, algo que le solía ocurrir normalmente cuando se estresaba, y en su pecho le palpitaba otra vez el corazón. Al ir a ponerlo se fijó en que sobresalía un papel del tubo; con sus dedos índice y pulgar estiró despacio hasta que logró sacar un pequeño papel enrollado. Con mucha curiosidad y cautela a la par desenrolló aquella amarillenta hoja. Para su sorpresa, vio que había unos garabatos dibujados... eso es lo que le parecía a simple vista pero... fijándose con detenimiento descubrió que no era sino unos animales que parecían caballos, con patas desproporcionadas para su pequeño y larguirucho cuerpo, trazados por la mano de un niño, de aquello no cabía la menor duda. Por la parte de detrás había unas letras apuntadas y una dirección, "Claudio Reig, Cervantes, 15". Lo volvió a enrollar y envuelto en un pañuelo de papel, lo guardó en su bolsa para no lastimarlo, como si de un pequeño y frágil tesoro se tratase. A Aurora le encantaba resolver los misterios y pequeños enigmas de su vida cotidiana, ligar datos y personajes... y todo aquello que disparaba los mecanismos de su imaginación. En estos casos salía a relucir su vena de arqueóloga, su profesión frustrada. No sabía quién habría puesto aquel dibujo allí ni con qué propósito, así que colocó de nuevo el sillín en su bici

asegurándose esta vez de apretar bien la llave, y partió hacia casa con la incógnita a pensar en calma.

Al llegar, subió al porche donde la bicicleta de montaña que alguien le regaló, seguía todavía sin estrenar: la consideraba demasiado profesional para ella, y por supuesto, prefería rodar con la antigua bici de la abuela Asunción. El porche era muy grande, y en él tenían cabida tanto los trastos viejos a la entrada como un espacio que meses atrás había habilitado a modo de salita de estar al fondo, iluminado por la luz natural que entraba a través de las 2 ventanas. Sacó la tetera de porcelana roja y la lata donde guardaba el té y lo puso a preparar en el hornillo que había comprado días atrás, a fin de poder disfrutar de una taza caliente mientras leía sus libros preferidos. Se dirigió a la estantería que ocupaba gran parte de la pared en el lado izquierdo de la estancia, en la que habían libros de toda clase, de cocina vegetariana, cocina tradicional, de la guerra civil, atlas, álbumes de fotos, apuntes de la universidad, cuentos de Beatrix Potter... Le llamó la atención un libro que le había regalado su padre tiempo atrás acerca de las grandes civilizaciones perdidas del que le seguían impresionando como cuando era pequeña, los frescos del Palacio de Knossos, la leyenda del Minotauro y la desafortunada historia de amor de Teseo y Ariadna... Decidió cogerlo cuando oyó pitar la tetera así que lo dejó en la estantería sin darse cuenta de que estaba a punto de caerse.

Apagó la tetera y oyó el caer del libro, y fue al girarse cuando descubrió que había caído algo más al suelo. Preparó un gran tazón de té con dos terrones de azúcar; dentro de su casa hacia más frío que fuera, algo normal en las casas antiguas y un té caliente le reconfortaría. Dejó la taza en la mesita auxiliar y se agachó a recoger lo que había caído... ¡Qué destino más caprichoso! En el suelo estaba la foto que su madre le dejó para que enmarcase y después regalársela a su padre en el día de su cumpleaños. Aurora la había guardado entre los libros para no estropearla, pero lo cierto era que no recordaba dónde la había puesto. Esa foto de familia en tonos sepia, hecha en grueso cartón, como las de la época, era una de las pocas que sus abuelos se habían tomado a lo largo de su vida. La abuela aparecía sentada, con su blusa almidonada de algodón y una falda oscura larga de lana. El abuelo a su lado de pie, con semblante serio y muy arreglado, apoyaba el brazo en la silla donde estaba sentada la abuela al tiempo que la rodeaba por la espalda. Y sus cinco niños a los pies de su madre vestidos con pantalones cortos, camisa de algodón y chaleco. Observó detenidamente las caras de cada uno de ellos como intentando averiguar su estado de ánimo en aquel instante. La abuela tenía la mirada triste pero el brillo en los ojos de los niños delataba la ilusión por hacerse su primera foto. Repasó los detalles de la foto... estudiaba los botones de las camisas, los calcetines, el moño de la abuela... e intentaba también sacar

parecidos entre los hermanos cuando se dio cuenta de que su padre llevaba un papel en la mano.

Aurora tuvo un presentimiento y quiso ver de qué se trataba. A simple vista era imposible así que cogió su flexo con lupa y al poner la foto bajo el mismo, el corazón le dio un vuelco. No se podía creer lo que veían sus ojos, a la luz de la lámpara quedaba desvelado el misterio; el mismo papel que llevaba en aquella foto era el dibujo que esa misma mañana había encontrado en la bicicleta de su abuela. Sin duda aquel día se habían puesto de acuerdo los astros para que sucediese aquello, primero los pensamientos acerca de su familia, luego aquel dibujo dentro de la bicicleta y más tarde el hallazgo de la foto de los abuelos. Ahora sabía que muy probablemente el dibujo lo había hecho su padre, pero ¿qué significaban las letras que había detrás? Sin duda no estaban escritas del puño y letra de un niño, seguramente las había escrito su abuela a modo de recordatorio... pero recordatorio ¿de qué? Pensó en su té. Debía de estar enfriándose así que sorbió un trago, luego otro y así hasta que en un santiamén se lo bebió completamente sin apenas saborearlo. Estaba ansiosa por saber más acerca de aquello, tomó de nuevo la foto en sus manos y le dio la vuelta. No podía creer que nunca hubiera reparado en aquello, ni en el día en que su madre le entregó la foto; delante de sus ojos halló unas breves palabras escritas con tinta azul, ya descolorida:

*“Los hijos son las anclas que atan a la vida a las madres”*

*Asunción Palomar*

*22 de Febrero de 1945*

Aurora no pudo evitar estremecerse. Sintió un escalofrío y de sus ojos comenzaron a brotar tímidamente unas lágrimas. Su abuela había fallecido poco tiempo más tarde, en abril de 1945, poco antes del cumpleaños de su padre, de Hilario, y esta frase recogía todo el amor que sentía hacia sus hijos. Más abajo, en letras minúsculas rezaba lo siguiente:

*“Claudio Reig, Cervantes 15”*

*Valencia, caballos con arrastre de hojalata, 250 pesetas.*

Ahora sí que podía atar cabos. Seguramente, su padre había hecho un dibujo para explicarle a la abuela el regalo que quería para su próximo cumpleaños, pero lamentablemente la abuela Asunción había muerto días antes de esa fecha. En su última foto había escrito todos los datos del juguete, quizás por si ella moría antes y no podía comprárselo para que quien encontrase la foto lo hiciera, aunque fuera 40 o 50 años más tarde... ¿Habría escondido aquel papel en su bici, en un lugar que sabía que nadie encontraría, para hacerle olvidar a su hijo un juguete que tenía un precio prohibitivo, o por el contrario

quería esconderlo mientras ahorra y darle la sorpresa el día menos pensado? Sea como fuere el caso es que Hilario nunca tuvo su juguete de hojalata, un juguete que posiblemente olvidaría el día que su madre les abandonó...

Aurora no lo dudó ni un instante y buscó el arrastre de hojalata que tanto había ansiado su padre en la infancia. Con las referencias que tenía se puso manos a la obra y al día siguiente fue a la dirección que le indicaba el papel. Al llegar, encontró una planta baja. De la puerta de madera pintada en verde con cristales colgaba el cartel de abierto, así que no dudó en entrar. Dentro un señor mayor le recibió muy amablemente y el informó de que allí hubo una juguetería hasta hacía pocos años pero que al cerrar, él había alquilado la planta baja pues era anticuario.

—Entonces, creo que me he equivocado de lugar -afirmó ella.

—Busco un juguete antiguo de hojalata, de la firma Claudio Reig... lo que busco difícilmente lo encontraré pero me conformaría con algo parecido -prosiguió.

—Déjame ver, aquí tengo varios juguetes de hojalata... un tractor, una barquillera, un tren... -dijo el anticuario.

– Lo que yo busco exactamente es un arrastre con caballos - aclaró Aurora.

– Bueno, un arrastre con caballos no pero ¿de que firma me decías que era ese juguete?

– Claudio Reig... he estado indagando y parece ser una firma de juguetes de Ibi en Alicante... el juguete es de los años 40.

– Mira esto -le dijo él.

El anticuario le mostró una tartana de color rojo con dos caballos. A Aurora le encantó a pesar de estar algo oxidada. La pintura de los caballos se había desprendido en parte pero las ruedas de la tartana seguían rodando, al igual que las de la bici de la abuela. Era un juguete precioso de los años 30 según le explicó el anticuario, así que no dudó en comprarlo.

El día 16 de abril de 2009, 40 años después del décimo cumpleaños de Hilario, Aurora preparó en un pequeño baúl un detalle para su padre. La fiesta de cumpleaños hubiera sido una más a no ser por aquello que cambió la vida de Hilario. Cuando abrió aquel baúl, su cara se iluminó; sus pequeños ojos se abrieron de par en par y se echó la mano a la boca como intentando reprimir la emoción del momento. Transmitía una alegría que Aurora no recordaba en su padre.

Junto a la foto, envuelta en un papel de seda, había algo que le hizo llorar de emoción, el juguete que siempre quiso y que nunca pudo tener, aquel retazo de su infancia que quedó olvidado en su corazón y que hoy su madre, a través de su hija Aurora, por fin le regalaba.

# *Las 4 y 10*

Susana Mefford Pritchard

**N**o son las 4 y 10, pero el reloj de mi madre dice que sí, dice que siempre son las 4 y 10.

Me di cuenta el otro día, cuando estábamos sentadas las dos juntas en la iglesia. Ella estaba a mi derecha, serena, arreglada, con el pelo hecho y las uñas pintadas, vestida de domingo. Lo único raro era la hora del reloj porque eran las 11 y 10, no las 4.

Le pregunté por lo bajini, “Mamá, ¿se te ha parado el reloj?”

Ella me miró a mí y luego al reloj, con esa parsimonia que la caracteriza, y me contestó: “No, es que no va bien.”

Y se acabó la conversación.

Últimamente nuestras conversaciones son así de cortas. Con lo que ella ha conversado, con lo inteligente que es, o que era, con lo interesante que le parecía todo, con lo curiosa que ha sido siempre. Ahora ya no. Se ha parado, como su reloj.

Mi madre tiene nombre de color, se llama Lila. Claro que sus padres no le pusieron nombre de color porque se lo pusieron en inglés y en inglés Lila no es un color, sino un nombre de mujer, aunque poco común. En España alguna vez alguien se ha confundido y la ha llamado Violeta, pero ese no es su nombre, ni siquiera es su color. El lila es más suave, más neblinoso que el violeta. Como se está volviendo ella, más difuminada, con los bordes sin definir, más polvorienta, como los polvos de talco, más blanda. Ya no tiene tono ni fuerza en las manos, se le caen las cosas. Y se queda como sorprendida y exclama con confusión: “¡Lo siento!” y mira a su alrededor con sus ojos azules claros, cada vez más claros.

Sigue leyendo. Ha sido siempre una lectora compulsiva. Desde que la Cruz Roja le compró sus primeras gafas a los ocho años, ha leído en todo tiempo, en todo lugar. Leía bajo las sábanas con una linterna para no molestar a sus seis hermanas que dormían, leía sentada arriba de un árbol para escaparse de las tareas inacabables de la granja y la casa de su infancia, leía esperando el metro o un avión, siempre leía. Me acuerdo que me leía cuando estaba enferma y que me encantaba. Una vez hasta fingí estar enferma para quedarme en casa y que me leyera, pero se dio cuenta y no me hizo ni caso en todo el día. Nunca más lo intenté, claro. Lo diferente de ahora, es que lee las notas del final del libro, no las consulta, sino que las lee. El otro día eran las del Quijote. Lee por leer, porque se acuerda

de cómo hacerlo, porque se acuerda de que eso le gusta, leer. Aún le gusta leer.

También escribía. Artículos para revistas, devocionales, cuentos, libros infantiles; le publicaron dos que recuerde yo. Uno tenía a mi hermana Silvia de protagonista, se llamaba “Sylvia goes to Spain” (Silvia se va a España). Tomaba notas de todo lo que oía, los sermones en la iglesia, conferencias... ahora ya no. Su letra se ha ido engarrotando y cada movimiento de su mano se ha ido oxidando, se le olvida la secuencia de las letras, repite palabras, escribe sólo en mayúsculas, hasta que casi lo ha dejado. Solo se escribe notas para acordarse de lo que quiere hacer, como regalarle un libro a su nieta, mi hija, la pequeña. Ayer se escribió la nota, en una servilleta de papel. ¡Con lo que cuesta escribir con lápiz en una servilleta! Se arruga, no se ve bien. Decía así:

For Alicia (Para Alicia)

This is a verry good good book. (Este libro es muy bueno bueno.) Tachó al final la segunda erre de “verry” (muy) y se dio cuenta de que había escrito “good” (bueno) dos veces, pero lo dejó, “Porque es que es muy bueno”, dijo.

Ahora la que toma notas, soy yo. Hasta estoy empezando a escribir. Lo que enseñan las madres, fíjate.

Se acerca el día de San Valentín, Valentine's Day en inglés. Para los anglo-sajones es más que el día de los enamorados, es el día para acordarte de todas las personas que quieres, también los amigos y familiares. Se celebran todas las vertientes del amor, con el significado específico que le daban los vocablos griegos, no sólo el eros (el erótico), sino también el filia (el amor entre los miembros de la familia y los amigos). Mis padres celebraban incluso el ágape (el amor sin condiciones, el que no pide nada a cambio, el sacrificial, el que solamente puede venir de Dios).

Os cuento esto porque ayer, después de regresar a casa tras visitar a mi madre en el hogar de ancianos, donde vive, me encontré por casa un libro que le había regalado mi padre hace años, en 1990, por "Valentine's Day". La dedicatoria pone:

Dear Lila (Querida Lila)

What better day than Valentine's Day to gift my love with this wonderful Story of Love? (¿Habría un día más indicado para regalarle a mi amor esta maravillosa Historia de Amor?)  
Enjoy! (¡Disfrutalo!)

X O X O X O X O X O X (Las X son besos y las O, abrazos)

Joe

El libro es una Biblia. El libro del Creador del Amor, del que ES amor. Que bonito, ¿no?

Hoy estoy arriba del tren, camino a Madrid. Voy a una reunión de una asociación de mujeres evangélicas, de diferentes denominaciones. Los Evangélicos en España somos en general poco conocidos. Hemos sido históricamente perseguidos desde la mal llamada “Santa” Inquisición, hasta la más reciente dictadura de Franco. Por eso vinieron mis padres a España el 3 de Septiembre de 1953, con la primera apertura del Estado hacia el exterior. Se levantó la veda de los visados para Norteamericanos por eso de que interesaba tener bases militares en territorio español. Así pudieron entrar, por el puerto de Barcelona, como “Representantes” de la Misión Internacional Bautista de los Estados Unidos de América.

Mi madre siempre contaba que mientras estaban amarrando el barco en el puerto (el Queen Elizabeth, por cierto) toda la familia estaba observando las maniobras, y que había un grupo grande de personas esperando en tierra. Pensaron que debía ir alguien importante en el barco con tan gran comité de bienvenida. “Pero éramos nosotros, nos esperaban a nosotros.” Siempre lo contaba con asombro en la mirada. Les esperaban un grupo de Bautistas de Cataluña. ¡Hacía tanto tiempo que no tenían contacto con el exterior! Aunque mis padres no hablaban ni una palabra de castellano

(¡ni mucho menos catalán!) las sonrisas, las flores, los abrazos y los besos de bienvenida, hablaban con claridad en esa lengua internacional, la del Amor.

Al principio, como aún no sabían hablar el idioma, cantaban. Iban a las iglesias que habían estado precintadas y cantaban la canción que sabían en castellano “Oh, Amor de Dios”. Mi padre aprendió a tocar el acordeón, fácilmente transportable, porque muchas de las iglesias no tenían instrumento alguno, o se lo habían confiscado. Luego la gente hablaba con ellos, porque como cantaban tan bien, creían que podían entender y hablar el castellano. Decía mi padre que así aprendieron humildad, porque tenían que pedirle a mi hermano Tony (que tenía 6 años) que les hiciera de traductor. Los niños aprenden los idiomas más rápido que los adultos.

El trabajo de mi padre en esos días implicaba viajar bastante. Visitaba las iglesias con problemas, las que habían perdido sus locales, a algunos Pastores encarcelados por ser simplemente Protestantes o por ser Republicanos. Las iglesias estaban llenas de viudas y huérfanos después de la guerra, después de los fusilamientos. Cuando nací yo (en el 60) me cuidaba una de esas viudas, de Paterna, la Sra. María Cosín. Recuerdo su sonrisa amplia y que hacía *arròs caldós amb bledes*, ¡que bueno! Contaba mi madre de una vez que le consultaron a la Sra. María la cuestión del género de los garbanzos, que si

la palabra era masculina o femenina. Y ella, que apenas había aprendido a leer, contestó contrariada que no eran ni masculinos ni femeninos, que simplemente eran garbanzos. ¡Claro! Qué pregunta más tonta. Estos americanos.

Mientras mi padre estaba trabajando mi madre se quedaba en la casa de la Plaza Tetuán con mis hermanos, conmigo y con la Sra. María. A mis hermanos mayores les enseñaba en inglés mientras yo iba a la compra con la Sra. María o a hacer la comida. Es que mi madre es maestra, o lo era. A lo largo de su vida, además de tener de alumnos a sus hijas e hijo, ha enseñado a leer a seis mujeres españolas de su generación (nació en 1921). Utilizaba el método *Laubach* para la enseñanza de la lectura a adultos. Recuerdo que la “a” estaba dibujada dentro de la boca abierta de una persona que representaba que la estaba diciendo: “a”. Todas sus alumnas eran mujeres evangélicas que querían aprender para poder leer la Biblia, ese libro del amor.

Ha tenido una vida interesante, mi madre. Es la tercera hija de David Pritchard, un agricultor, hijo de emigrantes galeses, que perdió la granja familiar en la gran depresión de final de los años 20 en Colorado. Fue a la Universidad en Fort Collins con beca y trabajando durante los veranos, limpiando los chalés de los turistas en las Montañas Rocosas. Allí conoció a mi padre y cuando él se fue al ejército (en la Segunda Guerra

Mundial), se escribieron, enamoraron y prometieron casarse por carta. ¡Sin ni un beso antes del compromiso! Decía la hermana mayor de mi madre que eso no podría funcionar, ¡nunca! Se equivocó.

Mi padre falleció hace ya seis años. El año anterior habían cumplido su 60 aniversario de boda, el 28 de Mayo. En marzo de ese año se habían ido a vivir los dos al hogar de ancianos donde ahora vive aún mi madre. Él había enfermado y ya no podía caminar, pasó los últimos meses de su vida entre la silla de ruedas reclinada y la cama. Ese hombre tan alto y tan gentil. Yo pensaba que todos los padres eran así, como él. Era músico y poeta, pastor y predicador, pintor, padre, abuelo y el esposo de mi madre.

Ella aún tiene la foto de él en la pared al lado de su cama, pero no es la única. Tiene muchas fotos: de mis hijos, sus nietos; de mis sobrinos, sus otros nietos; los bisnietos, los amigos, sus hermanas y sobrinos-nietos... muchos rostros que le sonríen, pero ella no los reconoce, no los recuerda, no sabe quiénes son o eran. Son todos de su familia pero ninguno lleva su apellido, el de su padre, Pritchard, sólo yo. Las españolas conservamos nuestros apellidos aún después de casarnos, pero las norteamericanas, por costumbre general, no, adoptan el de su marido. Por eso la única nieta de mi abuelo David que lleva su apellido soy yo, porque sólo tuvo hijas y la única nieta

española, que lleva el apellido de su madre aunque ella no lo lleve, soy yo: finis familiae de David Pritchard. Su esposa, mi abuela, Edith Lillie, ni se nombra. De vez en cuando les quitamos el polvo (a las fotos) y hablamos de ellos. Ella se alegra, aunque no los conoce, ve que le sonríen, y les devuelve la sonrisa.

Está contenta de vivir en el Hogar. Le gusta sentarse en el jardín y ver las flores. El año pasado aún las regaba y podaba. Cuando se fue a vivir al Hogar yo le pregunté si quería plantar un huerto y me dijo que no. Ella quería flores. Ya trabajó bastante en el huerto en su infancia. A mí me encanta eso del huerto y comer de mis cultivos, pero a ella no. Hemos tenido infancias diferentes, claro. Yo querré plantar lechugas y tomates cuando me vaya a vivir al Hogar. Antes de que se me pare el reloj. Como el de mi madre, a las 4 y 10.



# *Carla María*

Verónica Palomares Langa

**Q**ué bien huelen... !!! y ese pelo tan liso, tan largo y tan bien cuidado...

Claro, que ese color no es suyo, creo que se llaman mechas, todas lo llevan.

Qué lindas son las señoritas, aunque no sé porque tengo que llamarlas así. La mayor se separó hace poco y tiene dos hijos. Ha vuelto a vivir con sus padres y con su hermana. ¡Claro! en esa casa tan grande caben todos.

Como son tan altas, además de bonitas, no necesitan usar tacones para estar relindas.

Mi marido dice que viene a traerme y a cuidarme un rato mientras limpio el patio, pero no es verdad... yo sé que le gusta verlas.

Pasan delante de mí para alcanzar el garaje y dejan ese perfume...

Con ese nuevo todoterreno negro que se ha comprado la señorita Carla después del divorcio parece una amazona.

Roberto dice que por lo menos nos llamamos igual y que mi nombre es más largo y lleva el nombre de la Virgen, pero yo sé que le gustaría que fuera como ellas, no me gusta como las mira. No sé si es odio o deseo.

Podría tintarme el pelo, pero con lo morena que soy parecería una prostituta como las que había en mi pueblo.

Estas Navidades, Roberto me compró un bolso muy bonito. Es como el de la Srta. Carla, pero no de marca, de imitación. A mí me gusta, pero me da vergüenza usarlo por si me lo ven.

Todo el mundo supone que no es bueno porque sería de locos gastarse todo el sueldo de un mes en un bolso.

Las señoritas tienen muchos y deben ser buenos... los he visto en las revistas y los llevan las artistas.

Yo prefiero ir al trabajo con una bolsa de plástico o una de papel muy buena que me dio la señora con mi regalo de Navidad.

Era un pañuelo muy bonito y de marca. Tampoco lo uso. ¿Para qué? Todo el mundo en casa piensa que estaba usado y me lo regalaron para no comprarme nada.

Los niños también son preciosos. Así como castañitos y con el pelo lacio, delgados y se ven muy lindos con su uniforme. Llevan hasta una corbatita.

A la niña la vi casi nacer y yo creo que me quiere de verdad. Roberto dice que no le coja cariño, que no es nada mío y cosas así, pero siempre que puedo le doy un beso.

A mí también me gustan los niños con uniforme, pero me viene justo comprarles el chándal obligatorio del colegio a mis chamacos.

Hoy me duelen las manos.

Hace frío y no me han repuesto los guantes de goma. Me los compran baratos y no me duran nada.

¡Madre mía! Un día ayudé a Doña Carla y a su hija a cargar el coche y me fijé. ¡Que manos tan bonitas tienen! Llevan las uñas de porcelana y pintadas de un color muy bonito.

Son tan perfectas!!

Yo no sé qué hacer con mis uñas, siempre cortas y me gusta pintarlas de rojo.

Aunque a veces las pinto "a la francesa" son feas, son manos de pobre.

Mi marido dice que no hable así, que son manos de persona trabajadora, que eso es algo de lo que presumir, que tengo que dar gracias a Dios por todo lo que tengo y no sé qué pláticas más pero él, dentro de nuestro coche de cuarta mano piensa lo mismo que yo.

Yo me doy cuenta de que intenta disimular su acento y desde que vinimos aquí no quiere tomar el sol. Su piel es bastante clara y es más bien alto para lo que solemos ser nosotros. Yo creo que quiere pasar por español.

Me viene bien cuidar de la abuelita de vez en cuando. A veces se marchan fuera y no se la llevan. A doña Carlota le cuesta andar y prefiere quedarse en casa. Debió ser muy linda porque tiene unos bonitos ojos y un pelo bueno, ahora todito blanco.

Lo que pasa es que tengo que quedarme a dormir y todo y no veo a los míos más que un ratico cuando la llevo al parque por la mañana, el domingo. Le gusta que cocine cosas de mi país, aunque a su hija no le hace gracia.

Esa es una gran señora. Un día me contó que cuando era joven, se fue con su marido a Santa Isabel. Tuvo que irse porque su suegro se arruinó y tuvieron que salir de España. Montaron una pequeña empresa de madera con lo poco que les dejó la venta de la casa. Dice que lo pasaron muy mal.

Compartieron casa con otros españoles y pasaron 10 años hasta que ahorraron para poder venir a ver a su madre.

Tuvieron suerte y empezaron a exportar maderas bonitas a buen precio a otros países. Eran los únicos blancos de la zona y se sentían muy tristes y solos.

Algunos altos cargos de la ciudad más cercana les invitaban a alguna fiesta, pero Doña Carlota dice que todos los observaban como bichos raros y les hacía gracia verlos tan blanquitos.

Aun así hicieron grandes amigos que ya murieron y sus hijas compartieron colegio y otras cosas con la gente de allí.

Doña Carlota se ríe cuando dice “otras cosas”. Yo creo que se refiere a algún amor de la señora... que seguramente tuvo que dejar cuando se hicieron ricos y se volvieron a España.

Ahora todavía eran las dueñas de un negocio de exportación del que se ocupaba el marido de la señorita pequeña. El otro yerno era abogado y también trabajaba para empresas extranjeras. Después del divorcio, Carla recuperó todas sus acciones. Nunca conocí al señor, había muerto tres años antes de que yo empezara a trabajar en esta casa.

La viejita me mira con cariño, yo creo que se acuerda de cuando era jovencita y tuvo que emigrar. Su hija nunca habla de eso, ni les cuenta cosas a sus nietos, parece que le da vergüenza haber sido una emigrante, aunque ahora fuera tan rica. Yo le mantengo el secreto porque las dos nos respetamos y estamos en nuestro sitio, creo yo.

Ojalá volviera yo a mi pueblo con un gran coche y bonitas ropas, como las que llevan ellas!!!

A veces, cuando cambia la estación, me regalan la ropa que ya no quieren. Es ropa muy linda y casi nueva pero, claro, a mí no me está o me parece demasiado buena para mí. Se la regalo a las chicas del club de debajo de nuestra casa. Ellas la lucen bien, son altas, y muy morenas de piel.

Mi marido las llamas “cubanas” aunque creo que son de Africa.

También las hay muy blancas y con ojos claros, esas son rumanas o algo así; pero son muy raras y nunca tratan con las otras.

Lo que más me gusta es arreglar el chalet cuando van a irse en verano. El año pasado me fui con ellas casi todo el mes de agosto y saqué bastante plata porque por las tardes, cuando

tenía libre, la señora Carla me dejó que fuera a otras casas a limpiar.

La casa es bonita pero lo que más me gusta es el jardín. La señora mayor lo llenó de macetas con plantas de flor. No es un jardín normal con grandes árboles sino como los de antes, con muchas macetas. A la Sra. le gusta hacer trasplantes en pequeños recipientes, dice que le recuerda a su primera casa fuera de España, donde su único entretenimiento, a falta de dinero para otras cosas, era hacer trasplantes para sus amistades y tenía dos o tres tipos de plantas pero por todas partes de la casa y de distintos tamaños.

Creo que a las plantas les gusta la anciana porque crecen casi sin cuidados.

Cuando han crecido mucho, las cambiamos a una jardinera o las convertimos en dos o tres.

A mí me recuerda a mi casita del pueblo con todas esas planticas en latas de hojalata.

No sé si este verano iré con ellas. Espero que no me lo pidan porque a mi marido no le gusta quedarse sólo con los chavales, dice que eso es cosa de mujeres, aunque yo pienso que es cosa de los dos porque el dinero que gano también lo disfruta él, ¿no?

Como hay un poco de crisis a lo mejor sólo quieren que limpie un par de veces a la semana...

Ojalá mis hijos saquen una buena carrera y tengan un buen trabajo. Yo les digo que estudien mucho y sean buenos. No quiero que les pase como a sus primos que se echaron a perder. Si mi marido sigue con su trabajo, a lo mejor me traigo al mayor, a ver si se endereza. Creo que podemos aguantar una boca más, pero si le consigo algún trabajito sino igual es peor. Allí anda con mala gente y pasando malas cosas para ganar algo de plata y a mi hermana no le dá nada más que disgustos. Además con 17 años ya es papá. La chica emigró con sus padres y no sabe nada del chiquito, aunque es mejor así. A él parece que no le importa. La miseria hace a los chicos muy duros por allá.

Acá los chicos de esa edad andan tonteando y viajando. También estudian y hacen buenas cosas, es verdad.

Conozco un grupo que hace talleres para los emigrantes, lo hacen gratis y los niños la pasan muy bien. También dan clases de castellano en la Casa de los Jubilados para gente extranjera.

No sé por qué se separaron los señoritos. Creo que fue Don Nacho quien quiso separarse. Con lo bonita que es la señorita Carla...! Dice la portera de la finca de enfrente que discutían mucho.

La señorita Carla siempre ha estado muy consentida y ha crecido rodeada de mimos y caprichos y a pesar de ser tan linda su carácter es muy particular.

Parece que su marido se cansó de estar casado con una niña mimada que al primer problema salía corriendo a buscar a su papá.

Hoy voy a terminar prontito. Hoy he cocinado eso que llaman cocido y mientras hago la casa la comida se vá haciendo. Además la señora me dio permiso para hacer caldo para más personas y puedo llevarme a casa para la cena. Ellos casi nunca comen la carne del caldo y nosotros la disfrutamos para el domingo.

Siempre que cocino algo así me acuerdo de nuestro pueblo. Los domingos se cocinaba para todo el pueblo en grandes ollas, poquita carne, la verdad... pero había personas que no la comían nunca.

No sé qué me pasa hoy, siempre ando cantando y concentrada en mi trabajo, pero hoy estoy todito el rato pensando cosas.

¡¡¡Tengo tantas ganas de ver a mi mamá!!! ¿Cómo estará? Ella dice que bien, que le viene de maravilla el poco dinero que le mandamos, pero yo no sé si estará bien de salud. A

veces me llora en el teléfono y me dice que me echa de menos. Yo creo que está malita y no me lo cuenta.

Después del verano, si trabajo en varios chalets podré recoger plata para un pasaje, no sé si ir a verla o traerla. Mi marido dice que su madre está primero porque es más viejita.

Dentro de poco se acaba el curso y los niños dejarán de ir al colegio. Otro año más aquí. Cuando vinimos pensamos quedarnos lo justo y regresar con los nuestros pero ya llevamos ocho años, la edad del chico mayor.

A lo mejor, con dos o tres años podemos volver. Mi marido piensa que aquí estamos bien y si tenemos trabajo el mundo es nuestra casa.

La gente de aquí nos quiere bien y mis hijos crecerán en un lugar mejor. Ya hablan valenciano casi perfectamente y sus compañeros de clase los tratan como iguales.

Hoy me duelen las manos y también el corazón... ya vuelve la señorita Carla de recoger a los niños... ¡qué bonita es y qué bien huele!!!

# *Sueños rotos*

Paqui Pérez Gallego

**C**uando sonó el teléfono en mitad de la noche, su corazón se aceleró de repente. Intuía de quién era la llamada y qué le iban a decir.

\*\*\*

— **M**amá, mamá, lo he conseguido -dijo Laura entrando como un torbellino en su casa.

—¿Qué es lo que pasa hija? -contestó su madre saliendo de la cocina alarmada. Un delicioso aroma a comida recién cocinada inundaba la casa.

—He aprobado el examen mamá. Ya soy soldado profesional.

Pilar, la madre de Laura, hubiera deseado que nunca llegara ese momento. Albergaba esperanzas de que no la declararan apta. Aquellas palabras, dichas a bocajarro: "soldado profesional" la herían profundamente.

—Es una profesión como otra cualquiera -se apresuró a decir Laura, al observar la desesperanza dibujada en el rostro de su madre.

Lo habían hablado en muchas ocasiones y ella no hacía más que ponerle reparos.

—Sí, pero es un oficio donde mueren personas, donde te juegas la vida. ¿Es que no podrías haber elegido otro trabajo? -dijo Pilar sollozando.

—Mamá lo hemos hablado cientos de veces y esto es lo que verdaderamente me gusta y lo que quiero hacer el resto de mi vida. No te pongas así. Mi novio también lo ha conseguido. Trabajaremos juntos e intentaremos que nos den misiones en los mismos destinos -dijo para tranquilizarla.

Estaba deseando que llegara papá del trabajo para contárselo. "Seguro que él estará muy orgulloso de mí" -pensó.

Laura adoraba a su padre. Desde pequeña había compartido todas sus inquietudes y desvelos, mantenía con él una camaradería que jamás había conseguido con su madre, con ella discutía continuamente. Le recriminaba cómo iba vestida, con quién salía, e incluso divagaba sobre la carrera que tenía que estudiar o la profesión que debía elegir acorde con su estatus.

– ¿Qué estatus mamá? -le reprochaba Laura.

– Tú eres una señorita -alegaba su madre.

– ¿Y qué quieres decir? ¿Que tengo que estudiar peluquería o algo por el estilo? ¿Es eso?

– Podrías preparar alguna oposición. Te aportaría una estabilidad para el resto de tu vida, como ha hecho Luisa, la hija de mi amiga...

– Yo no me veo de funcionaria mamá, -la interrumpió Laura- no va conmigo. No quiero pasar el resto de mi vida detrás de una mesa archivando documentos. Necesito algo más. Necesito acción, conocer mundo, vivir intensamente. ¿No puedes entenderme?

– No hija, no puedo -contestaba Pilar apenada.

Al final siempre acababa igual la conversación, Laura se marchaba dando un tremendo portazo, hecha un mar de lágrimas.

Había realizado su sueño. Iba a empuñar armas de verdad, obedecer órdenes y ejecutar misiones peligrosas. "Ojalá me mandaran a Afganistán" -pensó ilusionada. ¿Por qué no podía comprenderlo su madre?

Cuando llegó su padre, ella le estaba esperando con el nombramiento en la mano. Se lo tendió y él se puso a llorar. Lloraba de satisfacción, lloraba de miedo, no sabía muy bien por qué lo hacía, pero no podía reprimir ese sentimiento. Laura lloraba con él.

Se había convertido en toda una mujer que sabía muy bien lo que quería y a lo que aspiraba. Él estaba convencido de que ella conseguiría todo lo que se propusiera en la vida, porque tenía capacidad y una gran personalidad. Pero también sabía que esa decisión la alejaría de él tarde o temprano. Ya no era la niñita que le escuchaba embelesada cuando él le enseñaba a distinguir las estrellas del firmamento y las constelaciones y le contaba historias bonitas sobre su formación en el cielo. Recordaba cómo le hacía repetir la historia de la constelación Aquila, su favorita. Ese tiempo ya no iba a volver, la había perdido como niña.

—Papá ¿no estás contento?

—Claro que sí hija, lo estoy por ti, porque has logrado lo que querías y porque si tú eres feliz yo también lo soy.

—Gracias, papi -le contestó rodeándole con sus brazos y dándole un sonoro beso.

La cena transcurrió con una algarabía inusual, sus hermanos la felicitaban y la colmaban de preguntas sobre su futuro. Laura hablaba sin parar. Tendría que incorporarse inmediatamente al cuartel donde le asignarían una misión. El uniforme militar y su correspondiente armamento la esperaban y ella estaba deseosa de comenzar su nueva etapa profesional. Había estudiado y practicado mucho para ello. Sabía desmontar un rifle G36 y montarlo con gran facilidad y maestría. Conocía todo lo que hay que saber sobre graduaciones, mandos intermedios, armamento pesado y personal del ejército en toda su plenitud. Sólo deseaba poner en práctica todos sus conocimientos y ponerse a las órdenes de sus superiores para empezar a trabajar.

¡Cuántas veces había soñado con ello!

\*\*\*

Laura miraba ensimismada el enorme socavón que se hallaba frente a ella. Restos de metal se esparcían en un radio de varios metros a la redonda. Jamás hubiera podido imaginar que aquello le impactara tanto, más que los disparos que se oían a lo lejos o los destellos por las explosiones que, en la noche estrellada, se veían en el horizonte. El destrozo que podían hacer las minas enterradas y que se activaban al paso

de cualquier vehículo pesado, era evidente. Laura se lo imaginó saltando por los aires, apagando vidas e ilusiones.

Llevaba cinco años en el ejército y aquella era su primera misión en el frente.

¡Afganistán! su destino soñado, se presentaba ante ella dramática, inquietante y fría. Una terrible angustia la contrajo produciéndole un fuerte dolor en el estómago que le hizo inclinarse hacia delante con una arcada.

—Soldado Torres ¿se encuentra bien? -preguntó el sargento Gómez.

—Sí, mi sargento -contestó inmediatamente Laura, intentando ocultar la impresión que le había causado el socavón. Ha sido un mareo pasajero.

Continuaron haciendo su ronda sin más incidentes aquella mañana.

La misión que les había llevado hasta tan lejos, consistía en apoyar al pueblo afgano en la reconstrucción del país y concretamente, su cometido radicaba en posibilitar los movimientos civiles comerciales y militares y proteger las vías de comunicación.

Era una misión de paz. Nada malo le iba a suceder. Llevaba mucho tiempo deseando aquel destino y había sido duro, muy duro. Años de entrenamiento realizando tareas logísticas, administrativas (que ella tanto odiaba) y tácticas entre otras, al igual que el resto de sus compañeros pues no había ninguna diferencia a las tareas que realizaban ellos. Formaban un equipo y aunque soportaba con estoicismo sus bromas, existía una relación entre todos muy especial.

Era la única mujer destinada en aquel grupo de la Brigada Ligera Aerotransportable, BRILAT, que partía para el frente.

Su destino: la Base Ruiz González de Clavijo, situada en Qala-i-Naw, en la provincia de Badghis.

Durante los cuatro meses que iba a durar la expedición tendría que soportar el crudo invierno de Afganistán. El intenso frío era el causante de que tuviera los pies continuamente helados, a pesar de los gruesos calcetines que llevaba dentro de las botas. El viento cortaba como navajas afiladas y en ocasiones las intensas nevadas la hundían en la nieve hasta las rodillas.

Cuando no patrullaba, mantenía largas conversaciones con una alférez enfermera que estaba a punto de volver a España. Iba a casarse.

—Te echaré de menos cuando te marches -dijo Laura.

—Siempre tendrás con quien hablar -respondió Beatriz Arroyo con la serenidad de quien ha cumplido con su labor y ahora iba a dedicarse a organizar su vida personal. —Además, -continuó Beatriz- me he dado cuenta del buen ambiente que tienes con tus compañeros de destacamento. En el mío hay muchas más chicas y eso nos resulta más fácil para acceder a la población civil, por eso no tardarán en venir más.

—Sí, a veces observo cómo se os acercan mujeres totalmente enfundadas en sus burkas, con niños en los brazos para que las atendáis.

—Es lógico, ellas no pueden visitar a médicos varones -siguió hablando Beatriz-. Algunas vienen desde lejos andando porque no tienen medios de transporte y cuando las vemos y les damos un tratamiento desaparecen y no las volvemos a ver.

—Dios mío, qué locura -suspiró Laura con tristeza.

—La mayor parte de las veces nos traen a sus hijos para que les curemos y no permiten que nos acerquemos a ellas, aun sabiendo que están enfermas. A través de su indumentaria, vislumbramos sus ojos temerosos, huidizos, tristes... y eso te

deja una enorme sensación de rabia y de impotencia. Pero poco más podemos hacer.

—Te he oído hablar en pastún ¿dónde lo aprendiste? -preguntó Laura.

—Aquí, por supuesto, es la quinta vez que vengo como voluntaria y en mis ratos libres practico las dos lenguas, tanto el pastún como el darí. Estas misiones no las cambiaría por nada del mundo. Para mí es lo más gratificante que existe, sobre todo cuando me aproximo a alguna de esas mujeres y le pregunto en su idioma qué le duele o qué necesita. La primera impresión de ellas suele ser de sorpresa pero luego agradecen que alguien se dirija a ellas en su propia lengua.

—¿Alguna vez te has visto en primera línea de fuego? inquirió Laura deseosa de que su compañera le contara más historias de aquel país.

—Varias, y en algunas ocasiones he sentido miedo, incluso una vez pensé que no saldría viva de allí, pues me encontré entre fuegos cruzados, pero también te digo que esta es la mejor experiencia de mi vida y que volveré sin dudarlo.

—¿Cómo fue? -preguntó Laura, curiosa.

—El ataque se inició a mediodía, volvíamos de una misión de transporte de suministros, cuando un grupo de hombres armados, no sabría decir cuántos, abrieron fuego y lanzaron granadas de mano desde distintos puntos. Nos quedamos en medio de aquel infierno y aunque respondimos con nuestras armas, algunos vehículos se vieron seriamente dañados y murieron siete personas, ninguno de los nuestros, pero no te puedes imaginar el caos que se desató en un momento. Mi teniente médico y yo nos lanzamos a ayudar a la gente, eran civiles, ¡por el amor de Dios!, pero sin pensar que alguno de los balazos podría ser para nosotros. Fue horrible.

El recuerdo de aquel infausto día se reflejó en su cara con tristeza y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Eso es algo con lo que tendrás que vivir el resto de tu vida, pero es una consecuencia de nuestro trabajo -le tranquilizó Laura, intentando darle ánimos.

Cambiaron de conversación para comentar los preparativos de la boda de Beatriz que se celebraría durante el próximo mes, a la que Laura no podría asistir por motivos obvios.

—Mañana patrullamos por la zona de guerra y tengo que descansar para estar al máximo de energía —dijo Laura para finalizar la conversación.

–Hasta mañana Laura. Ten cuidado.

–Hasta mañana Beatriz. Lo tendré.

Fueron cuatro meses tranquilos y sin sustos. La presencia de la BRILAT daba apoyo y seguridad a la Base, hacían guardias, patrullaban la zona y acompañaban, como protección, a miembros de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, a hacer su trabajo sin que, en ningún momento tuvieran que utilizar las armas.

Se acercaba la hora de volver y aunque Laura añoraba a su familia, y sobre todo a su novio Luis, lamentaba dejar Afganistán. Por fin había conseguido sentirse plena con su trabajo e identificarse con aquella gente, con el conflicto, sin emitir juicios, tratando de entender...

\*\*\*

**D**esde que volvió a España la vida de Laura se había convertido en monótona.

Sólo pensaba en regresar a Afganistán. Se había informado de que necesitaban conductores de carros en el frente. Se puso de acuerdo con su novio Luis para sacarse el carné especial durante el verano y poder conducir aquellos "bichos", como

ella los llamaba. Estaba entusiasmada. Había conocido a un teniente cuando estuvo en la Base de Qala-i-Naw y le había asegurado que era muy fácil, incluso le había dado unas cuantas clases y ya tenía una ligera idea. Su ímpetu desbordaba y su ilusión era contagiosa.

Luis miró el reloj. Había quedado con Laura y ella no solía retrasarse. Hoy iban a dar la gran noticia y estaba nervioso. La vio aparecer serena, con paso seguro, el pelo suelto y esa sonrisa tan dulce que tanto adoraba. Llevaba un vestido rojo que resaltaba su bonita figura. Estaba espectacular.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome? -preguntó al tiempo que le daba un tierno beso en la boca.

Desprendía un suave olor a lavanda y a artemisa que hicieron evocar en Luis unos momentos muy íntimos.

—Ya me conoces -contestó Luis, me gusta llegar siempre el primero.

Se dirigieron felices al encuentro con los padres de ella,

—Os hemos reunido para daros una gran noticia -dijo Laura.

—Nos hemos prometido -informó Luis, mostrando los anillos que ambos llevaban en sus dedos anulares.

Las sonrisas que se dibujaron en los rostros de su familia pronto se ensombrecieron cuando se enteraron que la fecha de la boda sería justo después de su regreso.

—¿Regreso? ¿Es que vais a alguna parte? -preguntó Pilar, recelosa.

—Sí mamá. Partimos en mayo a Afganistán. Nos han destinado allí para una misión.

—¿Otra vez? No me lo puedo creer Laura. ¿Habéis solicitado esa misión voluntariamente? -preguntó angustiada Pilar.

—No Pilar -se adelantó Luis. El ejército necesita conductores en la zona y vamos destinados en misión de apoyo a los equipos italianos. Tranquila, son sólo cuatro meses. Volveremos en septiembre y nos dará tiempo para preparar la boda. Queremos casarnos en octubre, si a vosotros no os parece mal.

A nadie le pareció mal. Todos les felicitaron pero con el corazón encogido, el semblante preocupado...

Afganistán era un territorio infame, los talibanes seguían su encarnizada guerra y sobre todo es que la gente moría. Con frecuencia se escuchaban en las noticias cómo se sucedían los

atentados, cómo sobrevivía el ejército en aquel territorio inhóspito, árido y desabrido, que en verano se transformaba en montaraz y asfixiante.

Esta vez, Luis iba destinado a Qala-i-Naw y Laura a la base de Apoyo Avanzado de Herat. Laura conduciría un carro BMR, ambulancia, él un Pizarro.

La abuela de Laura se acercó a ella el día de su despedida y le entregó un detente.

— Llévalo siempre, te protegerá -le dijo.

— Gracias abuela, lo tendré cerca de mi corazón y nada me ocurrirá. Quédate tranquila.

Miró por última vez a su familia y les prometió volver sana y salva.

\*\*\*

— **¿D**iga? -preguntó adormilado el padre de Laura, pensando que se trataba de algún gracioso con ganas de broma en plena noche.

— Le llamo desde el Ministerio de Defensa.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alberto. Sabía lo que le iban a decir, lo presentía.

—¿Es usted el padre de Laura Torres? -preguntó la voz al otro lado del teléfono.

Se había presentado pero Alberto no se quedó con el nombre, no podía articular palabra. Se oyó responder un sí ¿qué pasa? con voz temblorosa.

—Se ha producido un accidente en la Base de Herat donde estaba destinada su hija Laura, y lamentablemente he de informarle que ha fallecido en un ataque...

No pudo escuchar más, soltó el teléfono y un grito ahogado, sin fuerza, escapó de su garganta, mientras Pilar, su esposa, que no necesitaba las explicaciones que seguían proporcionándole desde el teléfono caído, ya lloraba amargamente. Su niña adorada, la princesa de sus estrellas, muerta.

Más tarde supieron cómo había sido la desgracia, de qué manera la peor de sus pesadillas se había trocado en realidad y cómo su hija se había convertido en la primera militar española que moría en una zona de conflicto.

Una mina talibán, una desgraciada e infame mina, activada desde la distancia por algún malnacido, había sido la causante de que el vehículo que conducía Laura saltara por los aires. Ella era la única víctima. Había heridos, pero ninguno revestía peligro de muerte.

—¿Por qué ella? -no hacía más que preguntarse Pilar. Iba a casarse.

—He perdido a mi hija -repetía una y otra vez Alberto, sin poder creérselo.

El consuelo de saber que ella murió haciendo lo que más le gustaba no les aliviaba. Hubieran deseado morir en aquel momento, morir en su lugar. Nadie debería sobrevivir a un hijo, la angustia que se siente atenaza el corazón y oprime el alma y nada puede aplacarla.

Su novio Luis, con la amargura y el dolor reflejados en su rostro, así como toda la familia, se hallaban presentes cuando el avión del ejército la trajo de vuelta a casa.

Las lágrimas corrían y velaban los ojos de todos los presentes, mientras era impuesta la cruz al mérito militar amarilla a la soldado Laura Torres Moya a título póstumo.

Descanse en paz.



## *¿Vale la pena?*

M<sup>a</sup> Dolores Tobarra Pérez

**E**n el trascurso de los años, el destino, valiéndose de hechos más o menos importantes, ha venido a truncar caminos ya trazados en mi vida, cambiándolos por otros inesperados.

Esta vez fue el sonido del teléfono. Al descolgar, escuché al otro lado una voz desconocida, que al hablar, me devolvió a tiempos de mi juventud donde ambos éramos amigos y no llegamos a nada más por decisión mía. Cuando quise cambiar de opinión, ya fue demasiado tarde, siguiendo nuestras vidas derroteros diferentes. En la actualidad, estábamos unidos por la misma desgracia. Ambos habíamos perdido, hacía pocos años, a nuestras respectivas parejas, condenándonos a un dolor y una soledad que cada cual paliaba como podía. En mi caso, trabajando sin parar y en el suyo, cuidando y disfrutando de los nietos.

Quedamos para vernos una tarde y frente a una taza de café, fuimos desgranando algunos de los hechos más importantes acaecidos en nuestras vidas, a lo largo de los años.

Nuestros encuentros se repitieron volviendo a renacer la vieja amistad, que poco a poco, fue transformándose en algo más profundo, dando lugar a un sentimiento que yo creía perdido para siempre: amor. Y también apareció para mi sorpresa, la pasión.

Con el tiempo fuimos conociendo nuestros entornos familiares y de amigos y con ilusión comenzamos a planear un futuro juntos.

Pero de nuevo el destino volvió a intervenir. ¿El instrumento?, una simple revisión médica.

Conmocionada, llegué hasta el coche apoyándome en él. Pero no era ese apoyo el que yo necesitaba en esos momentos, sino el de unos brazos amorosos que me confortaran. Abrí la portezuela y me dejé caer en el asiento, sin dejar de contemplar el sobre blanco que llevaba en las manos. Con los ojos llenos de lágrimas pensé en mis hijas. ¿Cómo les iba a contar aquello? ¡Y precisamente en sus actuales circunstancias!

Celia, la mayor, se encontraba desde hacía seis días en Inglaterra. Iba a trabajar tres meses en una universidad, algo que llevaba planeando mucho tiempo y que ahora se había hecho realidad. Había alquilado una casa y más tarde su marido iría a reunirse con ella. Pero en esos momentos estaba sola.

Cristina, mi otra hija, andaba todo el año haciendo sustituciones y preparando oposiciones que serían convocadas en un mes. Sólo hacía dos días que había tomado posesión de su nuevo destino. También estaba lejos y sola.

Angustiada, pensé también en mi madre, en Daniel... ¡Qué lejos estaban de sospechar lo que estaba pasando! Y todo por mi culpa, por mi inconsciencia al no querer hacer caso de las pequeñas señales que enviaba mi cuerpo y dejar cómodamente pasar el tiempo.

Con una amarga sonrisa recordé lo tranquila que había ido esa mañana a la consulta, sin suponer siquiera que podía tener aquel resultado.

Empecé a preocuparme cuando vi la cara que ponía la ginecóloga mirando la pantalla del ecógrafo.

— María, ¿Cuánto tiempo hace que no ha pasado revisión?

Después de pensarlo, contesté: — Unos seis o siete años.

— Y en todo ese tiempo, ¿no sintió ningún dolor?

— Pues..., alguna vez, pero no le di importancia.

Cabeceando un poco, siguió examinándome, y al fin dijo: — Bueno María, con este sobre tiene usted que ir al hospital.

Entra por urgencias y lo entrega en ginecología. Verá..., tienen que operarla y cuanto antes mejor.

Me quedé mirándola. Aunque no se había pronunciado la palabra temida, yo ya intuía de lo que se trataba.

—Esa operación, ¿valdrá la pena? Quiero decir, ¿con el tiempo que ha pasado, no será un poco tarde?

—No diga eso -contestó la doctora-. Primero tiene que hacerse las pruebas y, de todas formas, la última palabra la tienen los análisis que hagan después de la intervención. Y, poniéndonos en lo peor, hoy en día hay muy buenos tratamientos.

—¿Y cómo le digo yo esto a mi familia? Mis hijas están trabajando fuera, mi madre es muy mayor y mi pareja perdió a su mujer porque murió de cáncer.

—Pues espere y cuando esté segura, entonces lo dice. Tiene que tener mucho ánimo y pensar que ahora, con todos los adelantos que hay, vale la pena luchar. Bueno, María, téngame al corriente; me gustará mucho saber cómo le va todo.

Sobreponiéndome, arranqué el coche y me dirigí al hospital. Enseguida me citaron para volver al día siguiente y empezar a someterme a los distintos exámenes. Al final,

vinieron a confirmar un cáncer de ovarios, con lo cual llegó el temido momento de tenerlo que explicar.

Mis hijas vinieron inmediatamente y se enfadaron por no saberlo desde un principio y así haber tenido que afrontarlo todo yo sola.

Y en cuanto a Daniel se quedó callado y yo continué diciéndole que rompía nuestro compromiso, pues no me parecía justo que volviera a pasar conmigo todo lo que ya había sufrido con su mujer.

Cuando reaccionó, se empeñó en que continuáramos juntos. Pero con las visitas al hospital se reavivaron los amargos momentos del pasado que tanto quería olvidar y que vinieron a poblar sus solitarias noches. Así que, de mutuo acuerdo, rompimos nuestra relación definitivamente. De esta forma acabó otra etapa de mi vida, pero no así el dolor.

Con mucha valentía, aunque muy debilitada física y emocionalmente, me dispuse a enfrentar la siguiente, eso sí, contando con el apoyo y el cariño de mi familia. También con el de la gente que me quería y apreciaba, que resultó ser mucha. Fue lo positivo de esta situación y para mí un gran consuelo.

Sin estar repuesta de la intervención, comencé el tratamiento que transcurrió con sus consiguientes altibajos. Por mí misma y sobre todo por mis hijas, intenté ser una enferma positiva, tomándome las cosas con buen humor. Así, cuando empezó a caérseme el pelo, tranquilamente cogí una hoja de periódico y, delante del espejo, me lo fui quitando a puñados. Cuando mi hija entró, con el consiguiente sobresalto, pues sólo me quedaban unos mechones que se habían resistido, empecé a reírme, y Cristina, después de unos instantes, unió su risa a la mía. Luego, entre bromas, me cortó los cuatro pelos y me puso un pañuelo con tanta gracia, que me vi hasta guapa.

La reacción de mi familia cuando les enseñé la melena en el periódico fue un — ¡Jesús, José y María! -de mi madre y un — ¡Válgame Dios! -de mi hermano. Nunca olvidaré sus caras.

Las largas horas de soledad, cuando la debilidad no me permitía hacer nada, las llenaba con los recuerdos de mi tiempo con Daniel. Rememoraba, entre otras cosas, los largos paseos cogidos de la mano, la ópera y las palabras susurradas en mi oído al ritmo de boleros que tanto nos gustaba bailar.

Más tarde, cuando supe que esas palabras eran susurradas en oídos ajenos, el dolor, poco a poco, fue remitiendo y los

recuerdos recientes fueron sustituidos por otros más lejanos en el tiempo, pero más verdaderos.

Al acabar la terapia, me sentí renacer. Poco a poco, con ayuda de mis amigas, fui incorporándome a todas las actividades que me producían una gran satisfacción, disfrutándolas mucho más que antes.

Pero al cabo de año y medio, no por más posible menos esperada, volví a llevarme una sorpresa. En la revisión el radiólogo encontró “algo” en el TAC. El tumor fue confirmado mediante una prueba nuclear.

No puedo explicar lo que sentí en aquellos momentos. Todo se derrumbó. Había que volver a la quimioterapia.

Me sometí a la primera sesión. Por si fuera poco, cogí un virus y tuvieron que llevarme al hospital.

De nuevo en casa, hecha un despojo, les dije a mis hijas que no quería seguir. No estaba dispuesta a volver a pasar varios meses así. No podía. Se quedaron calladas mirándome y de pronto Cristina rompió a llorar. Al final, tuve que prometerle que seguiría adelante.

De modo que, sacando fuerzas de donde no había, volví a pasar por todo otra vez.

Conseguí acabar el tratamiento con total éxito. El tumor desapareció y fui retomando otra vez mi vida. Volvió a crecerme el pelo, eso sí, un poco más endeble. Pero bien.

Han pasado ya dos años y me encuentro fenomenal. Me siento agradecida por esta nueva oportunidad y por todas las cosas que he podido hacer.

Una de ellas, la que más paz y sosiego me proporciona es pasear por la orilla de la playa. Ayer, mientras la espuma bañaba mis pies y la suave brisa me envolvía acariciando mi piel, fui feliz. Y por un momento, levantando el rostro para sentir con más fuerza esa caricia, cerré los ojos y pensé: ¡Sí ha valido la pena luchar!

# *Llámame payasa*

Yolanda Toledo Villar

**E**l secreto de una buena paella, según decía mi madre, estaba en la calidad de las verduras y en un buen sofrito, de nada sirve un buen pollo o conejo, si las verduras no son excelentes, pues estas pueden hacer que hasta el más maravilloso de los conejos parezca cartón piedra si están pochadas o no son realmente frescas. La compra, siempre en el mercado de abastos, nunca había que fiarse de las verduras plastificadas del supermercado, aunque sea un supermercado de barrio, pues según decía mi madre, las etiquetas engañan, y donde pone recién cogidas, puede que en realidad quiera decir, cogidas hace dos días y metidas en una nevera industrial; y es que mi madre odiaba las etiquetas y los empaquetados, siempre decía que un buen paquete podía esconder un mal género, o al menos no acorde con el envoltorio. No, a mi madre no le gustaba guiarse por los envoltorios, hasta que no los desenvolvías, no sabías en realidad lo que te esperaba dentro. De ahí la importancia de comprar en el mercado, la verdura no engaña cuando no hay un plástico entre ellas y tú, puede intentar engañarte el

vendedor, pero para eso ya está ahí la verdura, para decir sin palabras lo que ni una etiqueta ni un mal vendedor intentan hacerte creer.

Mi abuela, sabia entre las sabias, y conocedora de todos los secretos y misterios de la paella, también tenía algo que decir sobre la mejor manera de hacer una paella: el agua. Sin más, el agua. Ni la mejor verdura, ni la mejor carne o el marisco más fresco servían de nada si el agua no era la adecuada, y siempre decía que había que hervirla una vez antes de añadirla a la paella o sartén, para que luego, con el segundo hervor, cuando esta cubría la carne y la verdura, se obrase el milagro de la paella. Un sabor inigualable. Mi abuela pensaba, que hoy en día el agua estaba tan adulterada o más que las verduras y el conejo de supermercado, que hasta el agua hoy en día, había dejado de ser agua ¿Qué nos queda si el agua ni siquiera es ya agua? Así que al menos habría que engañar a la paella haciéndole creer que utilizábamos un agua virgen y pura, y para ello estaba el primer hervor. Si no tenemos lo mejor a nuestro alcance, al menos hemos de aparentar que lo es.

No se trata de una mentira o una farsa, se trata de hacer lo malo menos malo, y ponerle un bonito lazo a un regalo sencillo. Sí, mi madre y mi abuela no eran capaces de ponerse de acuerdo ni en la forma de hacer una buena paella, una adoraba los paquetes, la otra los detestaba, pero en el fondo

tenían algo en común, las dos buscaban el mejor sabor para la paella.

Y aquí estoy yo ahora, heredera de tan ancestral conocimiento, de tanta sabiduría y poder, y tengo una bolsa de verdura congelada en la mano, y un brick de caldo para paella ya elaborado en la otra, y no puedo evitar preguntarme si soy una traidora o una innovadora. Eso sí, la paella es la misma que utilizaban mi abuela para sus arroces, mi madre para los suyos, creo que yo también en el fondo busco lo mismo que ellas, quedarme con lo mejor de cada casa y obtener el mejor sabor, aunque en esta ocasión con el menor esfuerzo.

Y no es porque sea perezosa, es que creo que el tiempo es demasiado valioso para utilizarlo solo haciendo paellas, ¿Por qué renunciar a un buen arroz y a hacer una vida fuera de la cocina? Lo quiero todo, y lo quiero bueno, aunque tenga que conformarme con lo aparentemente bueno.

Siempre quise estudiar Bellas Artes, me encantaba la pintura, el dibujo, crear a partir de un lienzo o una hoja en blanco, pero no pudo ser, me tuve que conformar con un cursillo en el Centro de Amas de Casa, donde empezamos a pintar botellas de cristal a las que llenábamos de flores de colores, y por fin un día pudimos empezar a pintar en un lienzo; mi primera "obra de arte" fue un campo de amapolas

sobre las cuales revoloteaban mariposas de colores, creo que era el cuadro más hermoso que había visto nunca, y no porque lo hubiera hecho yo, sino porque cuando lo miraba veía exactamente lo que quise plasmar: envoltorio y contenido en concordancia, Realidad y Sueños de la mano.

Por eso mi paella ya está medio elaborada antes siquiera de ponerme a cocinarla. Porque si esa es mi realidad, la de cocinar para mi familia, mi sueño siempre fue ser una gran pintora, pero al igual que el agua para la paella de mi abuela, lo más parecido a un agua clara y pura es ese primer hervor, en mi caso, un curso en la Asociación de Amas de Casa. No tengo lo mejor, pero es lo más parecido. Este es un bonito envoltorio para mi regalo.

Mi familia piensa que a mi edad, superados los cincuenta, no debería estar pintando florecitas por las mañanas en lugar de estar ocupándome de la casa, descansando o paseando para bajar el colesterol, pero lo que ellos no saben es que mis florecitas son la mejor manera de envolver un paquete que cuando me quedo a solas con él, lo destrozaría en mil pedazos de lo horrible que me parece, que esta es mi manera de poner un buen papel de regalo para este paquetito pocho y de poca frescura. Pintar me hace ver la vida con otros colores que no sabía que podrían existir.

Mi profesor de “Arte Doméstico” como yo lo llamo, un joven extraño, larguirucho, de largas melenas y barba desaseada, me dijo un día, que los mejores colores no se plasman en un lienzo, ni una hoja, que los mejores colores son los que se pintan sobre la piel humana, pues esta, lienzo vivo donde los haya, crea con su calidez y su humedad una gama cromática imposible de igualar en ninguna superficie muerta; Braulio, el melenudo profesor, dice que un mismo rojo, según en la piel en la que se pinte, adquiere una u otra tonalidad, en concordancia con el alma que habita esa piel, y que el rojo precisamente, hacía de mi rostro el mejor de los lienzos, pues un mismo tono carmesí, adquiriría diferentes tonalidades en mis mejillas, mi nariz o mis orejas.

La primera vez que Braulio pintó mi cara como la de un payaso y me miré al espejo, me sentí realmente ridícula, y ahí frente al espejo, mirando mi rostro pintarrajeado, pensé que tal vez mi familia tenía razón, y que estaba perdiendo el tiempo, ese tiempo que yo consideraba tan valioso, y que ahora malgastaba disfrazándome de payaso, con 56 años, “jugando” con un veintañero que iba de profesor y que tal vez, solo tal vez, se estuviese riendo de mí y de mis locuras, ya que dejarme pintar de esa manera por un crío, me hacía más cría que él. Pero entonces, Braulio me dijo:

—No te sientas ridícula, el ridículo no está en quien hace algo, sino en quien lo mira. Un payaso, al igual que un cuadro, ha de ser visto en el sitio adecuado; un Velázquez podría pasar desapercibido, incluso resultar patético si es exhibido en un descampado, rodeado de escombros y chatarra. Igual pasa con los payasos, fuera de un ambiente divertido y distendido, resultan grotescos.

Y tenía razón, ese payaso que yo veía en el espejo era grotesco porque no me sentía como tal, solo me veía como uno. Así que no lo pensé dos veces, cuando Braulio me propuso ir con él al Hospital Oncológico Infantil, a “hacer el payaso”, supe que sin duda eso iría conmigo, pues siempre me había sentido un poco payasa, y que ahora tenía la oportunidad de poder serlo del todo, totalmente payasa, y sin sentirme ridícula. O al menos no parecerlo aunque me sintiera la persona más ridícula del mundo.

Pero no fue así, en absoluto. En mi vida me había sentido menos ridícula que vestida y pintada de payaso, nunca. Conforme entraba en cada habitación del hospital, con mi nariz roja de espuma, mi cara pintada, mi ropa ancha y colorida y unos enormes zapatones, olvidaba por completo mi envoltorio y no podía dejar de ser más que lo que sentía, un payaso encantado de serlo; todos esos niños, con sus ojos brillantes por la emoción, sus bonitas sonrisas, sus carcajadas,

sus aplausos y su desinteresado cariño hacia ese curioso payaso, que no podía agacharse sin que le crujiesen todos los huesos, y que no necesitaba una “carraca” para simular tal efecto, como hacía Braulio, pues ya lo llevaba de serie.

Todos esos niños mirándome divertidos, olvidando su dolor durante una hora y haciéndome olvidar mis problemas durante días después de haberles visitado, eso me hacía sentirme realmente satisfecha con lo que veía en el espejo y lo que sentía por dentro.

Y me encanta cuando llego al hospital y un montón de voces infantiles gritan sin parar:

— ¡La payasa, viene la payasa! ¡bieeeeeeen!

Me encanta. No puedo evitarlo, me gusta mucho que me identifiquen como la Payasa del Hospital. Reme, la Payasa.

A mi familia le encanta verme vestida de payaso, no pensé que me apoyarían tanto, ni que compartirían esto conmigo, pero lo están haciendo, y están disfrutando con ello tanto como yo. Mamá payasa dicen mis hijas, abuela Payasa me llaman mis nietos ¡oficialmente soy ya toda una Payasa!

Ahora, cuando vuelvo a casa tras una de mis “actuaciones” en el hospital, ya ni siquiera me cambio antes de salir, la

mayoría de las veces, me meto en el coche vestida de payasa, a excepción de los zapatones que no me dejan conducir, llevo hasta mi colorada nariz de goma espuma y me divierte ver la reacción del resto de conductores al cruzarse conmigo, muchos de los cuales ya me conocen al coincidir en un semáforo siempre los mismos días, y casi siempre a las mismas horas, y dicen mientras sonrían:

— ¡Mirad, es la payasa! ¡holaaaaaaa, buenas noches!, y me saludan mientras sonrían.

Sí, todos sonrían, todos, ninguno se ríe de lo que ve, sonrían por lo que sienten al verme. Y es que me he convertido en una experta en risas y sonrisas, y sé cuando alguien se ríe de mí y cuando ríe conmigo ¿Y cómo estoy segura de esto? Nadie se ríe de mí si yo no siento que lo están haciendo, y yo ya, yo ya no me siento ridícula, en absoluto.

Cuando llego a casa, entro en el baño, me despojo del enorme traje de colores, de la peluca naranja de rizos, del maquillaje y de mi nariz roja, y allí sola ante el espejo, me siento como una paella hecha con verdura fresca, y me siento orgullosa de lo que veo y de lo que siento; luego, tras la cena, cansada de todo un día de pintar flores y de hacer de carraca andante, entro en mi cuarto, me quito la ropa y la dejo sobre la silla del rincón. Sentada en la cama me quito la peluca y la dejo

en el maniquí, peluca que peino y cepillo cuidadosamente, como he hecho toda la vida con mi pelo natural, como me enseñó mi madre, como me hacía mi abuela cada noche... me quito el sujetador y lo dejo en el primer cajón de la mesita, dejo mis pechos de silicona sobre la mesita, los de gel siliconado que me dieron tras la mastectomía, me pongo mi camisón rosa, el ancho y largo, y dejo mi dentadura en un vaso de agua, con unas gotas de colutorio de fresa, me gusta su sabor en mi boca al día siguiente por la mañana, como he hecho siempre antes de perder mi verdadera dentadura con la quimioterapia.

Y entonces me quedo sola frente al espejo, y veo el envoltorio, un paquete sin adornos ni florituras, un paquete hecho con verdura congelada, con carne de cartón piedra, un paquete que envuelve una gran paella, lo sé, sé que debajo de este paquete sin lazo hay un gran regalo. Lo sé, porque no me siento como lo que veo, me siento como lo que sé que soy, una Mujer que no necesita envoltorios para sentirse mujer aun sin parecerlo. Soy una buena paella, y hasta que encuentre agua fresca y pura de nuevo, herviré la que tengo una primera vez, antes de echar el arroz.

Y me meto en la cama, y ya no lloro, cierro los ojos y sonrío... estiro mi brazo y abro el cajón de la mesita, saco mi

nariz de goma espuma y me la pongo. Estoy hirviendo el agua.

Estoy hirviendo el agua. Y duermo de un tirón.

# *Los mitos del amor ideal*

Paloma Varea Milán

Cuando era pequeña, siempre me quejaba porque mi padre me mandaba hacer más cosas que a mi hermano, era más exigente conmigo y no me permitía hacer cosas que no creía dignas para mí.

Mi madre me aseguraba, y sigue haciéndolo, que mi padre sólo quería lo mejor para mí, que no pretendía menospreciarme ni nada por el estilo. Pero a ella le molestaba que me quejase tanto, y un día, cansada de mis lloros me dijo que tenía que ser paciente, agachar la cabeza y obedecer, porque era mi deber y lo último que tenía que hacer era incomodar a mi padre y a mi hermano. Además me aseguró que si seguía este consejo al pie de la letra, encontraría a un hombre que quisiese compartir su vida conmigo, vamos, que si quería ser alguien en la vida (o por lo menos no ser una solterona), tenía que ser una estupenda y perfecta mujer florero.

Yo he intentado seguir estos consejos con el pretexto de que mi madre sólo quiere lo mejor para mí. Pero en este consejo

solo me dijo que era lo que yo tenía que hacer, se le olvidó mencionar la cantidad de cosas que tendría que aguantar, tanto de mi padre, de mi hermano, de futuras parejas, incluso de la sociedad. Si me hubiese puesto en situación desde ese momento, hubiese tenido toda mi infancia y parte de mi juventud para prepararme física y psicológicamente para lo que me esperaba.

Años más tarde, conocí a un hombre el cual, en un primer momento, se mostró amable, agradecido, atento, cariñoso, pero un tanto aburrido. Y después de estar un tiempo con él me di cuenta de que no era el tipo de relación que quería tener. Decidí ser valiente y decirle que no quería estar con él, que tenía inquietudes que él no entendía y que tenía que tomarme en serio a mí misma y realizar todo aquello que me apetecía.

El no se tomó muy bien la ruptura y decidió demostrarme lo que me quería y lo bien que estábamos juntos componiendo una canción para mí representando lo que para él había sido nuestra relación. En la letra decía esto:

*Quién te llena de alegría*

*Como yo*

*Quién te besa y quien te mima*

*Sólo yo*

*Quién te da tanto cariño*

*Como yo*

*Quién te da lo que tu pides*

*Sólo yo*

Pues sí, nadie me besaba, ni me mimaba, ni me daba tanto cariño como él, pero, ¿acaso me preguntó alguna vez si a mí me gustaba que estuviese besuqueándome todo el rato, en cualquier lugar y delante de quien fuese? ¿Me preguntó alguna vez si me gustaba que cada cinco minutos estuviese preguntándome si tenía frío, calor, hambre, si quería agua, un cojín o un vestido? Y claro, todo el tiempo me recuerda que es él, sólo él. Porque ¿quién iba a ser si no?

*Te juro amor*

*Que por ti daría todo en la vida*

*Seguro estoy*

*Que jamás nadie te ha querido como yo*

Sí, ahora me dice, no, me jura, que por mí daría todo en la vida, pero en realidad, cuando estábamos juntos no dio nada por mí, ni su despacho, lugar sagrado e intocable donde pasaba su tiempo libre, tenía su ordenador, sus libros, sus revistas...; ni siquiera renunció a los ratos de limpieza y abrillantamiento del coche, su precioso y reluciente coche en el que tanto esfuerzo, tiempo y dinero invierte; ni tampoco renunció a sus amigos, con los que tanto disfruta viendo el

fútbol y el baloncesto, bebiendo y comiendo aperitivos que, por supuesto, era yo la que preparaba y yo la que me esperaba para recoger y dejarlo todo impecable. Pero no recuerda que yo sí tuve que renunciar a mis amigas y a mis cosas, y ni siquiera pudo ser una elección o una demostración de amor como él jura que haría.

*Quién te quiere y te cuida*

*Como yo*

*Quién te alegra los días*

*Como yo*

*Quién te da desayuno en la cama*

*Y te hace sentir una dama*

Me pregunta que quién me quiere y me cuida como él, pues perdona que te diga pero más que yo me quiero a mí misma, ni me quiere ni me querrá nadie en la vida, ni siquiera mis padres. ¿Que sólo tú me alegras los días? Mira, al cabo de 24 horas me cruzo con muchas personas que hacen que me ría, que me divierta y que disfrute mucho.

Aparte, no sé qué falso prototipo o manía es esa de ser caballero y traerte el desayuno a la cama, porque para empezar es muy incómodo comer tumbada o sentada en un colchón, con una bandeja que no deja de moverse e intentando no tirar el café por toda la cama, y todo eso recién despierta

que de lo único que tienes ganas es de volverte a dormir. Luego, por la noche, como se te haya olvidado “espolsar” las sábanas del dichoso desayuno, te toca dormir con un montón de miguitas de las tostadas con mermelada alrededor de tu cuerpo produciendo un desagradable e insoportable picor, y rascando como una loca a las 3 de la mañana te aseguro que no parezco una dama.

*Quién te admira*

*Como yo*

*Quién te piensa y te ama*

*Como yo*

*Quién te lleva a conciertos*

*Mas viajes en barco a cruzar nuevos mares*

Encima me echa en cara que me haya llevado a conciertos y de viaje en barco, cuando siempre me ha costado una barbaridad convencerlo de que salgamos, de que nos divirtamos, conozcamos gente nueva... Pero él ha preferido quedarse en casa viendo la tele, y ahora va y me dice que mira como me quiere que me saca de casa y de paseo... venga hombre por favor.

*Quién te respeta tu espacio*

*Quién te entiende tus días de cambio*

*Quién saca lo bueno de ti*

*Por favor no te olvides de mí*

Asegura que ha respetado mi espacio, pero lo que él ha entendido por mi espacio es la cocina, lugar lleno de trampas ocultas, fantasmas y agujeros negros del espacio, en el cual nunca ha puesto un pie, ni siquiera para prepararse un aperitivo y una cerveza los sábados antes de comer. Aunque claro, con todos estos peligros es normal que no se acerque. Pero, ¿y yo?, ¿acaso yo no tengo miedo de todas esas cosas, o es que las mujeres tenemos un poder especial que alejamos a todos los seres que viven en nuestras cocinas? No sé, hay algún detalle que no encaja en todo esto.

Y espero que con lo de quién entiende tus días de cambio no se refiera a los días que tengo la regla, porque estoy harta de que utilicen esa excusa para defenderse ante un enfado o ante un comportamiento que no consideren apropiado o no entiendan, como llorar. Me parece horrible que incluso haya mujeres que se aprovechen de la regla para excusarse en algún momento de algún gesto no aceptado. Es demasiado sencillo echarle la culpa a la regla con lo mal que algunas mujeres lo pasan con la semejante danza de hormonas que se produce durante esos días. Hay que asumir los errores e intentar tener un poco más de empatía a la hora de utilizar un argumento como este.

Y perdona que te diga, pero con esta canción no estás sacando lo bueno de mí.

*Quién te besa en las mañanas*  
*Como yo*  
*Quién te cura cuando enfermas*  
*Sólo yo*  
*Quién te escuchara las penas*  
*Como yo*  
*Quién te ama y quien te alegra*  
*Sólo yo*

Que sí, que solo tú me has besado y besado, pero no solo por las mañanas, sino en cualquier momento. Pero eso de que tú me curas cuando enfermo es discutible, porque son las medicinas que me manda el médico las que me curan, medicinas que he ido yo a comprar aunque estuviese con una gripe de miedo y tu estuvieses viendo la tele en el sofá.

Siento decirlo así, pero las penas me las he tenido que tragar como puños porque no he tenido un compañero dispuesto a escucharme ni a apoyarme, el cual pongo en duda que me ame, o por lo menos que me ame bien, y que no es que me haya dado muchas alegrías.

*Quién te respeta tu espacio*  
*Quién te entiende tus días de cambio*  
*Quién saca lo bueno de ti*  
*Por favor no te olvides de mí*  
*Por favor no te olvides de mí...*

Tranquilo, que nunca voy a olvidarme de ti ni de nuestra relación. Todo esto me ha servido para madurar, crecer y darme cuenta de que no tendría que haber seguido consejos de nadie, aunque viniesen de una de las personas más importantes de mi vida. Me he dado cuenta de que no necesito a nadie a mi lado para ser alguien en la vida, solo necesito quererme para ser feliz y quitar de mi alrededor todo lo que no me respeta o lo que no me deje avanzar. Además, todo esto me ha servido para identificar a las personas como tú y alejarlas rápido de mi vida, porque ninguna persona se merece ser un florero.

Así que...

*Me voy, qué lástima pero adiós,*

*Me despido de ti,*

*Y me voy.*

*Canción "Quién te quiere como yo" de Carlos Baute, del álbum "Amarte bien", y "Me voy" de Julieta Venegas del álbum "Limón y sal".*





# Las mujeres cuentan

XII CONCURS LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES

- Dorita de piel dorada. **Andrea Díaz Barrón**
- La caja de madera. **Isabel Torres Limiñana**
- Mare Magnum. **Cristina Martínez Alarcón**
- Los tulipanes azules y el vestido negro. **Susana Almazán Talavera**
- Flores en mi ventana. **Antonia Amores Vicente**
- El plan Kristof. **Eva Apaolaza Alm**
- Miércoles cocina. **M<sup>a</sup> Carmen Arbiol Agustí**
- Ensueños. **Ester Barberá Heredia**
- Victòria. **Rosana Calatayud Vila**
- Efecto verano. **Berta Chulvi Ferriols**
- JoanaJuan. **M<sup>a</sup> Pilar Doñate Vicen**
- Relato casi anónimo. **M<sup>a</sup> José Fabregat Mestre**
- El próximo lunes. **Charo García García**
- Mater... **Berta Gil Alonso**
- Formigues roges. **Amparo Grafiá Hernández**
- Els vells arbres. **M<sup>a</sup> Isabel Marín Royo**
- Algo que recordar. **M<sup>a</sup> Paz Martínez Cervera**
- Las 4 y 10. **Susana Mefford Pritchard**
- Carla María. **Verónica Palomares Langa**
- Sueños rotos. **Paqui Pérez Gallego**
- ¿Vale la pena?. **M<sup>a</sup> Dolores Tobarra Pérez**
- Llámame payasa. **Yolanda Toledo Villar**
- Los mitos del amor ideal. **Paloma Varea Milán**



GENERALITAT  
VALENCIANA

CONSELLERIA DE JUSTÍCIA I BENESTAR SOCIAL